Museum Internacional

FRENTE A LA HISTORIA:
LOS MUSEOS Y EL PATRIMONIO EN LOS PERÍODOS DE CONFLICTO Y POST-CONFLICTO

Vol LV, n°3-4 / 219-220, diciembre de 2003

museum INTERNATIONAL

219-220

DICIEMBRE 2003

| FRENTE A LA HISTORIA: LOS MUSEOS Y EL PATRIMONIO EN LOS PERÍODOS DE CONFLICTO Y POST-CONFLICTO

4 | EDITORIAL

10 | LAS GUERAS Y SUS CONSECUENCIAS

Historia robada: saqueo y comercio ilícito

Neil Brodie | **10**

La función educativa del Museo Nacional de Antropología de Luanda durante la guerra civil de Angola

Fernando Vuvu Manzambi | **26**

Una función para los "santuarios" en la región del Mar de Timor

James Bennett | **35**

El Museo Nacional del Líbano de Beirut

Joseph Pharès y Joanne Farchakh | **45**

El Segundo Protocolo de la Convención de La Haya de 1954 y los avances del derecho humanitario internacional

Jan Hladik | **52**

61| LA SITUACIÓN EN AFGANISTÁN

Imagen y patrimonio en Afganistán

Reza Deghati | **61**

Conocimiento y salvaguardia del patrimonio afgano: el papel del Museo Guimet

Pierre Cambon | **64**

Más allá de Afganistán y el presente: un panorama histórico del patrimonio islámico de la región

Flemming Aalund | **72**

El inventario del Museo de Kabul: intentos de restaurar el orden

Carla Grissmann | **83**

El mandato de la UNESCO y las actividades de rehabilitación del patrimonio cultural de Afganistán

Christian Manhart | **90**

La cooperación internacional en el Afganistán: estrategias, financiación y modalidades de acción

Louise Haxthausen y Jim Williams | **98**

105 | PATRIMONIO EN LA TORMENTA : IRAQ

La comunidad museística: Algunos ejemplos de solidaridad en la investigación internacional

Annie Caubet | **105**

Historia breve del Museo Nacional de Iraq

Usam Ghaidan y Anna Paolini | **112**

La destrucción del Museo Nacional de Iraq

Selma Al-Radi | **117**

De las medidas preventivas a la misión de investigación

McGuire Gibson | **123**

La función de las organizaciones no gubernamentales en las actividades de emergencia internacionales

Mickaël Petzet y Jacques Perot | **135**

Establecer el marco de la cooperación internacional

Mounir Bouchenaki | **145**

Editorial

Frente a la Historia: Los museos y el patrimonio en los períodos de conflicto y post-conflicto

Este número pretendía ser un hito en la reflexión sobre las destrucciones patrimoniales y sus repercusiones en el ámbito internacional, así como sobre la posibilidad de considerar estas destrucciones de manera distinta a la de pérdida de identidad cultural y de sus símbolos. Nuestro propósito era reflexionar sobre sus significados a lo largo de la historia, en la línea de los trabajos de Darío Gamboni[1], por un lado, y en el sentido de la dinámica de los conflictos del último decenio del siglo XX y de sus componentes culturales, siguiendo el segundo informe mundial sobre la cultura[2], por otro. La historia reciente, con sus acontecimientos, ha recuperado esta intención y este deseo primeros.

Así pues, la preparación de este número de MUSEUM Internacional ha sido lenta, triste y difícil.

Lenta, pues el tema figura desde hace ya varios años en los planes de publicación de la revista. Hace tres años, cuando estábamos trabajando en la elaboración del nuevo enfoque editorial, se admitía implícitamente que la comunidad de museos y del patrimonio acababa de pasar un período difícil. El último decenio del siglo veinte había aportado su carga de destrucciones y de interrogantes sobre la función del patrimonio en los conflictos. Tras la destrucción de los Budas de Bamiyán, era lógico pensar que no se podía ir más lejos en los delitos contra el patrimonio y que la reacción unánime de la opinión internacional mostraba un umbral infranqueable en la conciencia de la función instrumental del patrimonio durante los conflictos. Pensábamos, pues, que había llegado el momento de una reflexión común y prospectiva en torno a los motivos y los contextos de estas destrucciones.

Pero se produjeron el saqueo del Museo Nacional de Bagdad y la destrucción de una cantidad impensable de testimonios culturales y símbolos de las civilizaciones y la historia ancestral del Iraq.

El ejercicio de reflexión pacientemente previsto para el número de la revista se transformaba una vez más en un lamentable inventario de sucesos nuevos o que había

que clasificar todavía más arriba en la lista de destrucciones, saqueos, robos y desapariciones del patrimonio cultural. Teníamos pues que modificar el contenido del número sobre los conflictos para responder a las demandas legítimas de información sobre la función de la UNESCO y de la comunidad de expertos en la salvación y protección del patrimonio cultural del Iraq, pero también de Afganistán.

Fue entonces cuando empezaron las dificultades.

En primer lugar, porque la mayoría de los expertos mejor informados estaban trabajando en actuaciones sobre el terreno y muy pocos estaban en condiciones de redactar un enésimo artículo sobre su trabajo. MUSEUM Internacional, en nombre de la UNESCO, agradece especialmente a los expertos su colaboración en este número pese a la gran cantidad de trabajo urgente que tenían. En segundo lugar, ¿era la situación lo suficientemente clara, especialmente en Iraq, para que las colaboraciones fueran algo más que condenas unánimes de lo ocurrido, siempre necesarias desde luego, o meras expresiones de buenos deseos? Por otra parte, la calidad e intensidad de la cobertura de los acontecimientos de Afganistán e Iraq por parte de la prensa internacional para el gran público y la comunidad profesional ponían en entredicho el interés del número en sí mismo.

Pero la UNESCO, con el apoyo de las organizaciones no gubernamentales, es el principal organismo intergubernamental del mundo para la salvaguardia del patrimonio cultural. Por ello tiene la responsabilidad, ante los Estados Miembros y sus comunidades profesionales y ante la opinión pública internacional, de mostrar, explicar y difundir lo más ampliamente posible los objetivos y las modalidades de sus actuaciones de salvaguardia.

Éste es el motivo esencial para la publicación de este número de MUSEUM Internacional. Un segundo motivo, no menos importante, es plantearse la siguiente pregunta: ¿qué experiencia se puede sacar de la historia reciente para la reflexión sobre la protección de los museos y del patrimonio en situación de conflicto y post-conflicto?

Creemos que las destrucciones de patrimonio, aunque se inscriben en una larga práctica en el curso de la historia, son indicio actualmente de un punto de inflexión en la relación de las sociedades con los testimonios de las culturas, con el patrimonio. Si bien el último decenio del siglo XX se ha caracterizado por destrucciones de patrimonio a una escala simbólica inigualada desde hace varios siglos, también es cierto que en él se han producido innovaciones que han conducido a una renovación profunda de las

categorías del patrimonio. La emergencia y afirmación de la noción de patrimonio inmaterial es el epítome de estas transformaciones. ¿Se podría ver una relación entre estos dos hechos relativos al patrimonio? ¿Podrían ser una señal de que la atención exagerada que se ha prestado al aspecto físico de los objetos patrimoniales, en un proceso de patrimonialización excesiva, ha alentado las destrucciones materiales?

Esta relación de causalidad, si existe, es sin duda difícil de demostrar. Pero la hipótesis tiene el interés suficiente para tratar de entender el porqué de una tendencia a malograr aquello que al mismo tiempo nos esforzamos en conservar en sus aspectos más diversos. Desde luego, es mucho lo que se ha conservado gracias a la ayuda de la tecnología y de un mejor conocimiento de los materiales y de los contextos; pero, ¿se ha fomentado del mismo modo la comprensión del significado, tanto estético como histórico y cultural, del patrimonio?

La adopción en la Conferencia General de la UNESCO[3] por unanimidad y en la misma sesión, de la *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*[4] y de la *Declaración relativa a la Destrucción Intencional del Patrimonio Cultural* no obedece a un azar del calendario, sino a la necesidad, reconocida por la totalidad de la comunidad internacional, de trabajar sobre los significados –educativos, intelectuales y políticos- del patrimonio. Estamos convencidos de que se trata de una coincidencia significativa en la práctica y la historia del patrimonio.

Es cierto que la adopción de una convención cuyo objeto es recuperar las prácticas, las representaciones y los conocimientos teóricos y prácticos permite ante todo a muchos países poner en pie de igualdad absoluta sus testimonios culturales con los de los países de tradición occidental, monumental, arquitectónica y arqueológica. Pero la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial ofrece, además de esta afirmación fundamental de la diversidad de contenidos del patrimonio, otras posibilidades: una refundación de las políticas patrimoniales a partir del significado y las funciones del patrimonio.

Por el momento, el patrimonio está sometido, en las situaciones de conflicto y post-conflicto, a una tensión contradictoria entre sanción y reconciliación. La *Declaración relativa a la Destrucción Intencional del Patrimonio Cultural* viene a reforzar un corpus abundante en el que ya hay dos convenciones y dos protocolos que establecen las obligaciones jurídicas para la protección del patrimonio cultural. Por otra parte, la experiencia adquirida por la UNESCO en Camboya, Europa del sureste,

Afganistán, Oriente Medio y Timor Oriental, hoy Timor-Leste, entre otros, justifica y autoriza la puesta en marcha de un programa de protección del patrimonio cultural que tenga por objetivo el diálogo y la reconciliación comunitaria. Ahora bien, aquí surge el problema de saber cómo un elemento del patrimonio, cuya destrucción habrá suscitado la condena de la comunidad internacional, podrá convertirse, en situación de post-conflicto, en materia de un programa de reconciliación. Aunque no sea comparable a los temas de los grandes debates de la historia y de los derechos humanos –como los genocidios- el patrimonio no es ya un objeto neutro de las políticas de la memoria. El historiador del patrimonio, David Lowenthal[5], ve precisamente en su falta de neutralidad el motivo esencial de su carácter irreconciliable con la historia.

Se podría salvar esta contradicción buscando un resquicio en el aspecto inmaterial de lo material, es decir, en el contenido histórico y en el significado, así como en el aspecto simbólico de los usos, para elaborar programas relativos al patrimonio que tengan por finalidad el diálogo y la reconciliación. Esto tal vez signifique prestar menos atención a la materialidad del patrimonio o, al menos, hacer una inversión igual en las expresiones patrimoniales inmateriales que le son inherentes. El empleo de las artes vivas como agentes instigadores de una conciencia patrimonial ha dado buenos resultados en situaciones de post-conflicto en las que el patrimonio cultural ha desempeñado un papel aglutinador de las comunidades. Es el caso de la revitalización del Ballet Real y del Festival Ramayana en el marco del programa de salvaguardia de Angkor[6]. Su éxito, materializado por el lanzamiento este año del decenio del desarrollo de Angkor, anima a buscar en la complementariedad de los enfoques entre lo material y lo inmaterial, las claves de los programas de reconciliación comunitaria basados en la valoración y la protección del patrimonio cultural.

Este número doble de MUSEUM Internacional se ha realizado en tres tiempos. En una primera parte se agrupan los textos que aluden a los diferentes elementos de una situación de post-conflicto: búsqueda de las obras de arte robadas o desaparecidas, aplicación de los instrumentos jurídicos internacionales, reapertura de los museos y formulación de los nuevos programas museográficos. En la segunda, partiendo del caso de Afganistán, se aborda la situación de reconstrucción y transición del conflicto al post-conflicto por medio de la reposición de estructuras administrativas, las primeras medidas de salvaguardia y la puesta en marcha de proyectos de restauración a corto y medio plazo y, por último, los esfuerzos interrumpidos de las instituciones museísticas y

de sus colaboradores extranjeros para salvaguardar, más allá de los objetos, la memoria del trabajo científico acumulado en varios siglos. Iraq ocupa la última parte, la del tiempo de conflicto y la vuelta a una hora cero de la memoria patrimonial.

El patrimonio no es la historia. Es cierto. Pero su destrucción nos confronta con nuestra historia.

Notas

1. Ver Gamboni, Dario, *The destruction of Art, Iconoclasm and Vandalism since the French Revolution*, Yale, University Press, 2002, y "World Heritage: Shield or Target?" en Conservation, the Getty Conservation Institute Newsletter, volumen 16, nº 2, 2001
2. Ver "Diversidad cultural, conflicto y pluralismo", Informe Mundial sobre la Cultura 2000, Ediciones de la UNESCO, 2000.
3. La adopción de la *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial* y de la *Declaración relativa a la Destrucción Intencional del Patrimonio Cultural* tuvo lugar en la 32ª reunión de la Conferencia General de la UNESCO celebrada del 29 de septiembre al 17 de octubre de 2003.
4. La definición completa del patrimonio inmaterial figura en el artículo 2 de la Convención. Se puede consultar el texto de la Convención así como el de la Declaración en: http://portal.unesco.org/culture en el apartado "Acción normativa".
5. Ver Lowenthal, David, *The heritage crusade and the spoils of history*, Cambridge University Press, 1998.
6. *MUSEUM Internacional* ha publicado un artículo sobre este tema, ver "El festival Ramayana, patrimonio inmaterial de Angkor" en *Angkor, un museo vivo*, MUSEUM Internacional vol. 54, nº1-2, 2002.



El Vaso de Warka, de alabastro, es la más antigua vasija ritual de piedra tallada del mundo, datable alrededor de 3000 a.C. Fue sustraído del Museo Nacional de Iraq y posteriormente devuelto. La decoración en relieve representa una ceremonia ritual en cuatro secciones. © Himmer Verlag

Historia robada: saqueo y comercio ilícito[1]

por Neil Brodie

Neil Brodie, graduado por la Universidad de Liverpool, es desde 1998 Coordinador del Centro de Estudios sobre Antigüedades Ilícitas del McDonald Institute for Archaeological Research de Cambridge. Es autor de muchas publicaciones sobre antigüedades ilícitas y realiza arqueología de campo en Grecia.

En los días siguientes al saqueo de los museos de Bagdad, la primera pregunta que se hacía era: ¿por qué los estrategas y jefes militares de la coalición no habían hecho más por impedirlo? Contemplando los sucesos de abril de 2003 y más allá, otra pregunta más fundamental es: ¿por qué no ha habido una acción internacional concertada para impedir el tráfico y la compraventa de material sustraído de sitios arqueológicos e instituciones culturales en tiempo de guerra? La sencilla respuesta parece ser que ha faltado la voluntad política necesaria.

Saqueos en tiempo de guerra

En el pasado la guerra ha sido quizá el peor enemigo del patrimonio cultural, y ésa es la razón que llevó a redactar una larga serie de acuerdos y convenciones internacionales. Las repercusiones dañinas de la guerra pueden producirse de tres maneras. En primer lugar está lo que los militares llamarían daños colaterales: daños accidentalmente causados en un monumento o institución cultural, o en un yacimiento arqueológico, en el curso de un ataque a un objetivo militar legítimo. Lo segundo es la inveterada costumbre de tomar botín: la traslación forzosa de material cultural con fines de lucro o de engrandecimiento. Por último está la destrucción deliberada de edificios o artefactos que tienen importancia religiosa o cultural con el propósito de hacer desaparecer los símbolos materiales de un grupo étnico o religioso, lo que hoy llamaríamos limpieza cultural. Quizá toda destrucción en tiempo de guerra sea resultado de una confluencia de las tres causas, pero en algunos conflictos recientes no cabe duda de que ha estado en primer plano el saqueo en busca de material vendible, que ha exacerbado una situación ya antes desastrosa. Dos casos, en particular, están bien documentados: el Afganistán y Camboya[2].

Tras la retirada soviética de Kabul en 1992, las distintas facciones de mujahidines empezaron a combatir entre sí por el control de la ciudad. El Museo Nacional fue repetidamente alcanzado por fuego de cohetes o artillería, y fue también intensamente saqueado. En 1996 faltaba ya más del 70 por ciento de las colecciones del museo, quedando sólo las piezas de menos valor, señal segura de que el expolio respondía a móviles mercantiles y no a razones de limpieza cultural[3]. Una vez que tomaron conciencia del potencial comercial de los restos arqueológicos afganos, los jefes de las milicias locales también empezaron a patrocinar excavaciones ilegales de los yacimientos arqueológicos y a emplear el dinero obtenido de la venta de artefactos en pagar a sus soldados o comprar municiones[4].

Pero no todo el daño perpetrado en el Afganistán se puede achacar a la búsqueda de material vendible. En 1996 los talibanes fundamentalistas se hicieron con el poder en Kabul y emitieron un edicto que prohibía todas las formas de representación figurativa, pero también decretaron que los objetos culturales antiguos estaban exentos y debían ser protegidos. A pesar de ello, en 1997 un jefe talibán que sitiaba Bamiyán amenazó con destruir los dos Budas monumentales por los que es famosa la ciudad[5]. El gobierno central volvió a desautorizar tal vandalismo, pero en 1998 se dinamitó la cabeza del más pequeño de los dos Budas, en un acto premeditado de iconoclasia. Ese hecho motivó que en julio de 1999 se promulgara un nuevo decreto que declaraba ilegal la excavación de sitios históricos, pero en marzo de 2001 el jefe de los talibanes dio orden de destruir todos los “ídolos” religiosos, y por tanto se procedió a la voladura con explosivos de alta potencia del mayor de los dos Budas de Bamiyán.

En Camboya las facciones militares han saqueado templos y monumentos jemeres. Se dice que sólo en Angkor Vat había un millar de estatuas de Buda, pero ahora sólo quedan dieciocho[6]. Muchos fueron vandalizados bajo el régimen de los jemeres rojos (1975-1979), pero desde entonces han sido rapiñados y vendidos. En 1999 se encontraron más de veinte toneladas de material arqueológico escondidas en el cuartel general del último comandante de los jemeres rojos, y no mucho después el templo de Banteay Chmar fue atacado y despojado de sus famosos bajorrelieves por unidades insurrectas del ejército regular. El material de Camboya se transporta clandestinamente a Tailandia y se vende en la zona River City de Bangkok para su exportación al extranjero; los relieves de Banteay Chmar, sin embargo, fueron

interceptados en el lado tailandés de la frontera, y en marzo de 2000 se exhibieron en el Museo Nacional de Tailandia antes de regresar a Camboya[7].

El ejemplo de estos dos conflictos demuestra claramente que, cuando la autoridad central desaparece, la existencia de un mercado internacional intensifica el saqueo, buscándose entonces y vendiéndose el material y aplicándose el producto obtenido a mantener soldados en campaña. La ocasional recuperación o devolución[8] no puede ocultar el hecho de que en tiempo de guerra el dinero inyectado en el mercado por los coleccionistas occidentales no sólo alimenta la destrucción arqueológica, sino que también contribuye a financiar el conflicto, y por lo tanto a prolongarlo.

Pero no toda destrucción deliberada de bienes culturales en tiempos de disturbio civil o guerra obedece a móviles comerciales. El conflicto de la antigua Yugoslavia ha visto la destrucción masiva de edificios y monumentos religiosos y de otra índole. Se calcula que en Bosnia se destruyeron en los combates más de 12.000 mezquitas, así como 300 templos católicos y 100 ortodoxos[9], y desde los bombardeos de la OTAN sobre Serbia en 1999 también se han dañado o destruido mezquitas y templos ortodoxos en Kosovo. En 1993 un tanque croata-bosnio destruyó deliberadamente el puente del siglo XVI sobre el río Neretva en Mostar, que durante mucho tiempo había sido el símbolo de un estado multiétnico. Es una medida de la importancia que puede atribuirse a esa clase de símbolos arquitectónicos el que la comunidad internacional y el gobierno de Bosnia-Herzegovina hayan decidido reconstruir el puente empleando para ello las piedras originales.

La *Convención de La Haya sobre la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado* de 1954 se elaboró pensando en las dos guerras mundiales, pero la mayoría de los conflictos recientes han adoptado la forma de guerras civiles o acciones de guerrillas. En vista de ello se adoptó en 1999 el Segundo Protocolo de la Convención, para los conflictos armados “sucios”. Pero el hecho de que todos los estados de la antigua Yugoslavia fueran partes de la Convención de La Haya de 1954 no fue óbice para la destrucción[10]. Durante los bombardeos serbios de Dubrovnik en 1991-1992 parecen haberse escogido como blanco casas protegidas por la Convención de La Haya[11]. En conflictos como éste, cuando la obliteración cultural es un objetivo de guerra primario, se hace difícil imaginar cómo podría ser efectiva la legislación protectora internacional.

Las terminologías de la cultura

Desde el punto de vista jurídico, Merryman (1996) ha definido tres imágenes alternativas del debate internacional sobre el material cultural, incluido el material arqueológico. La primera sería la imagen nacionalista, el discurso de naciones "fuente" que subraya la relación entre los bienes culturales y un patrimonio nacional, y que espera que esa clase de bienes permanezcan en su país de origen. La segunda sería la imagen internacionalista, que sostiene que el patrimonio cultural es internacional y que sus bienes deben poder circular libremente. La tercera, en fin, sería la imagen objeto/contexto de los arqueólogos y los etnógrafos, que pone el acento principal sobre la información o el significado que presumiblemente reside en la relación del objeto con su contexto.

Ahora bien, a través de una lente arqueológica esas imágenes se refractan en discursos alternativos, con diferentes conceptos que requieren diferentes terminologías. Las imágenes nacionalista e internacionalista de Merryman son en realidad manifestaciones de un discurso de propiedad centrado en los objetos, mientras que los arqueólogos y los etnógrafos sólo son parte de un discurso académico más amplio (quizá occidental) que concede más valor al conocimiento que a la posesión.

Coleccionistas, marchantes, políticos y juristas ponen sus miras básicamente (aunque no sólo) en cuestiones de propiedad (como Merryman). Esto se ve muy claramente en el uso de la expresión "propiedad cultural" (*cultural property*) para referirse al material de que se trata. El concepto de propiedad privada tal como aparece consagrado en la *common law* del Reino Unido y los Estados Unidos es un concepto eminentemente europeo (en última instancia inglés), que implica derechos de propiedad irrestricta, derechos del propietario a explotar, enajenar y excluir[12] sin sujeción a ningún interés público superior. Las concepciones de la propiedad en otras tradiciones culturales varían, y pueden reconocer otros derechos sobre el objeto además de los del propietario o negar la enajenabilidad. Hay que tener en cuenta las diferencias entre la *common law* y el derecho civil. En la *common law* el concepto de propiedad privada exclusiva es un concepto fuerte porque, al menos desde finales del siglo XVII, se ha considerado fundamental para la constitución de la sociedad liberal[13], y toda apelación a los derechos del propietario privado tiene garantizada una buena acogida.

En contraste, como Merryman señala con acierto, muchos arqueólogos (aunque no todos) suscriben un ideal de conocimiento, y la relación, rica en información, entre

objeto y contexto. Vitelli ha expresado sin rodeos esta posición: "Francamente, lo que principalmente me interesa no ha sido nunca quién sea el propietario o el poseedor de un objeto arqueológico, dónde resida el objeto, o, si vamos a eso, si ha pasado por una compraventa lícita o ilícita. Lo que realmente me interesa es la información, que en el caso de los objetos arqueológicos se deriva de su contexto original"[14].

Vitelli habla de dos cosas. En primer lugar está expresando su insatisfacción ante los conceptos vigentes de propiedad centrada en objetos, en su aplicación a la arqueología y a los debates sobre propiedad que llenan la literatura no arqueológica. Pero Vitelli también cuestiona la propia naturaleza de la indagación. Está subrayando la importancia de relaciones intangibles, el contexto arqueológico en el que reside la información, y restando valor al papel de los artefactos, de los objetos materiales en sí.

Se ha propuesto la conveniencia de sustituir la expresión "propiedad cultural" por la menos ideológica "patrimonio cultural", escogiendo la palabra "patrimonio" como más expresiva de la idea del objeto cultural como algo que hay que compartir y conservar, no algo que se pueda comprar y vender, utilizar de modo exclusivo e incluso, llegado el caso, consumir[15]. Este cambio terminológico se ha aplicado ya en algunos sectores. La expresión "propiedad cultural" se empleó por primera vez en la Convención de La Haya de 1954, y posteriormente en la Convención de la UNESCO de 1970, pero ya en 1972 fue sustituida en la *Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural* de la UNESCO, y ahora también en la *Convención sobre la protección del patrimonio cultural subacuático* de la UNESCO. La *Convención sobre objetos culturales robados o exportados ilícitamente* de Unidroit (1995) evita ambas expresiones.

Con todo, el discurso de la propiedad es el dominante, y los arqueólogos se ven obligados a entrar en el debate sobre el material cultural en unas condiciones que son literalmente de desventaja. Hay en circulación enormes cantidades de antigüedades descontextualizadas de las que sólo se puede hablar como objetos, y que se categorizan sobre la base de su valor monetario.

Antigüedades ilícitas

Se cree que buena parte del pillaje de yacimientos arqueológicos e instituciones culturales responde a móviles mercantiles. La preocupación que despertaba ese pillaje a finales de la década de 1960 llevó a elaborar la *Convención sobre las medidas que*

deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales, que fue adoptada por la UNESCO en 1970, pero desde entonces la situación se ha descontrolado totalmente. Las razones parecen ser dos. La primera es que los medios de destrucción son ahora mucho más poderosos. Durante milenios las herramientas del saqueador de tumbas consistieron en poco más que sencillos útiles de cavar y varas de sondeo, pero en los dos últimos decenios se les han añadido bulldozers y excavadoras mecánicas, dinamita, detectores de metales, sierras mecánicas y taladros motorizados, y, en operaciones subacuáticas, deflectores de flujo. La segunda es que los avances tecnológicos también han abierto áreas que hasta hace poco no eran accesibles; ahora los vehículos todoterreno se internan en el desierto, los helicópteros planean sobre la jungla y, en las profundidades submarinas, los sumergibles de control remoto localizan naufragios antiguos. El acceso a los sitios se ha facilitado asimismo con el abaratamiento de los viajes internacionales y la erosión de las barreras políticas. Esta nueva combinación de capacidad destructiva y comunicaciones fáciles se ha revelado desastrosa para el patrimonio arqueológico y cultural del mundo, y parece que ya no hay yacimiento o museo que pueda verse libre de las atenciones de los bandidos arqueológicos, *tombaroli* o huaqueros, a los que se unen buscadores de tesoros, milicianos y ladrones comunes.

Pero esta calamidad no es un fenómeno puramente tecnológico, desligado de cualquier matriz sociocultural. El material robado necesita un mercado, y en este caso el mercado lo ponen los coleccionistas privados e institucionales que consideran los objetos arqueológicos o etnográficos como obras de arte, oportunidades de inversión o incluso decoraciones elegantes. El problema tiene también un aspecto global, un desequilibrio, ya que el mercado –museos, coleccionistas y salas de subastas– se concentra en los países de Europa y Norteamérica, lo que se denomina países “de demanda”. Los países cuyo patrimonio cultural se encuentra en grave peligro de saqueo, los países llamados “fuente”, pertenecen en su mayoría al mundo en desarrollo, aunque tampoco estén a salvo la arqueología y la cultura de los propios países demandantes.

A los objetos arqueológicos que han sido arrancados de monumentos, robados de museos o desenterrados y/o exportados de forma ilegal se los ha bautizado como “antigüedades ilícitas”. No es una expresión jurídica, sino acuñada por los arqueólogos para poner de relieve una característica singular del tráfico de esta clase de material, que es que aunque en la mayoría de los países del mundo (con excepciones importantes,

como los Estados Unidos y el Reino Unido) el patrimonio arqueológico haya pasado a ser de propiedad pública, de suerte que su exhumación o exportación no autorizada es ilegal, su posterior venta en país distinto del de origen no tiene por qué serlo. Por consiguiente, las antigüedades ilícitas lo son en la medida en que lo fue el método de su adquisición original, pero eso no quiere decir nada en cuanto a la legalidad o ilegalidad de su subsiguiente comercialización.

Una antigüedad ilícita puede cambiar de manos varias veces antes de ser comprada por un coleccionista institucional o privado, y entretanto los pormenores de su origen ilícito se pierden o se borran. Al final se vende sin procedencia, sin indicación de quiénes fueron sus propietarios anteriores o dónde fue hallada. Sin embargo, una vez que se publica en un artículo científico o en un catálogo de exposición, o incluso en un catálogo de venta, adquiere un nuevo y respetable pedigrí como objeto de interés erudito o de estimación[16], y su origen ilícito se olvida tranquilamente. El material ilícito es, en efecto, "blanqueado" por su venta o publicación en Europa o Norteamérica. Así ocurrió, por ejemplo, cuando en 1997 dos kylikes áticos que habían sido robados del Museo de Corinto en 1990 salieron a la venta en una importante casa de subastas de Nueva York como pertenecientes a un coleccionista privado estadounidense.

Aunque sean robadas, la mayoría de las antigüedades ilícitas, y en especial las que proceden de excavaciones clandestinas, escapan a la detección porque no fueron registradas en ningún inventario de museo o de excavación con anterioridad a su sustracción y traslado. Los kylikes de Corinto estaban inventariados y eran identificables, y por consiguiente fueron recuperados. La mayor parte del material no lo está. Aun en el caso de que una pieza sea reconocida como procedente de un país que reclama su propiedad, no se considera robada a menos que dicho país pueda demostrar que se exportó en fecha posterior a la correspondiente ley del patrimonio nacional. Es obvio que si una antigüedad ha sido desenterrada y sacada del país clandestinamente no cabe esperar que se divulgue la fecha de su exportación. Un ejemplo es el caso de la estatua romana de "Hércules cansado". Su mitad superior apareció en los Estados Unidos a comienzos de la década de 1980, y en la actualidad es propiedad conjunta del Museo de Bellas Artes de Boston y un coleccionista privado estadounidense. La mitad inferior fue desenterrada en 1980 cerca de la ciudad turca de Antalya. A pesar de ello, los propietarios estadounidenses de la mitad superior insisten en que no hay pruebas de que fuera robada, porque pudo ser sacada de Turquía muchos años, siglos incluso, antes

de la correspondiente ley del patrimonio de 1906. Sin pruebas que demuestren lo contrario, el gobierno turco ha desistido de su reclamación.

La situación se enturbia aún más debido a lo que se ha calificado de "laguna" en la legislación internacional. Muchas antigüedades y otros objetos culturales se venden en países de derecho civil de la Europa continental, donde las leyes de propiedad difieren de la *common law* estadounidense y británica en que el título de propiedad de un objeto robado se obtiene mediante la compra "de buena fe". Por lo tanto, aunque se pueda demostrar sin lugar a dudas que una antigüedad fue sacada ilegalmente de su país de origen, si después fue comprada de buena fe en un país como Suiza ya no se le puede dar la consideración jurídica de objeto robado.

Las antigüedades ilícitas se mueven erráticamente, cruzando muchas fronteras y jurisdicciones nacionales. Ello permite blanquearlas fácilmente, pero también facilita la entrada de falsificaciones en el mercado. Sin una procedencia verificable, es fácil hacer pasar por auténticos objetos falsificados en todo o en parte, y la tarea de determinar su autenticidad queda para el entendido o para el análisis científico; uno y otro se han demostrado falibles en el pasado. Son muchas las falsificaciones que ahora se encuentran en colecciones privadas e institucionales de todo el mundo. Probablemente la cifra real no se conocerá nunca, aunque se ha calculado que cerca del 80 por ciento de las estatuillas de terracota que han salido de Mali desde la década de 1980 pueden ser falsas[17]. Mientras las falsificaciones permanezcan sin detectar, quizá incluso insospechadas, el efecto sobre el saber es incalculable.

Pero no todas las antigüedades son ilícitas. Los marchantes suelen hacer hincapié en que grandes cantidades de antigüedades salieron de sus países de origen durante el "Grand Tour" o en la época colonial, y que la prueba documental de su procedencia original se perdió hace mucho tiempo. Tienen razón, y el quid de la cuestión está en esto: a falta de procedencia, ¿cómo se puede distinguir el material lícito del ilícito? En las subastas es muy frecuente la indicación "Procedente de una antigua colección europea", pero lo mismo puede ocultar un viejo tesoro de familia que una pieza recientemente saqueada o falsa. ¿Quién lo sabe? La única respuesta prudente es considerar sustraído todo material que carezca de procedencia.

Los malentendidos que surgen de este conflicto de terminologías sólo podrán ser resueltos por arqueólogos que adopten una actitud más positiva o activa hacia la educación del público.

Arqueología y participación del público

El entusiasmo del público por la arqueología en los países de demanda tiene su origen muchas veces en la idea romántica de la caza de tesoros, y el desafío que se plantea a los arqueólogos es reorientar ese entusiasmo, sin apagarlo, hacia una comprensión del pasado más matizada.

Aunque muchas técnicas arqueológicas modernas requieren capacidades o instrumentación especializadas, sigue habiendo margen para la participación activa del público y su empleo en el trabajo de campo, sobre todo en los llamados países fuente. En varias ocasiones se ha demostrado que es una estrategia efectiva para combatir el pillaje. En Agua Blanca (Ecuador) se adiestró en técnicas arqueológicas a huaqueros locales[18], y en Sipán (Perú) también se empleó a huaqueros en la excavación. En el Reino Unido cada vez se recurre más a la capacidad técnica de los buscadores de metales. Hay dos razones que explican el éxito de estos experimentos. La primera es que desmienten la creencia frecuente de la población local en que a los arqueólogos (de fuera) sólo les interesa llevarse su patrimonio; se revela la verdadera naturaleza del interés arqueológico y se acepta su validez. Se ve la arqueología como algo que hay que comprender y cuidar más que consumir. La segunda es que el trabajo es legal, probablemente menos arriesgado que saquear tumbas de noche, y la remuneración está asegurada[19]. También las interpretaciones pueden salir beneficiadas de las perspectivas múltiples que se generan a través de estos tipos de cooperación.

Turismo cultural

Está comprobado que los yacimientos y museos arqueológicos pueden actuar como resorte del desarrollo turístico, con los consiguientes beneficios económicos. En Turquía se fundó un museo arqueológico en Bodrum en 1959, cuando la ciudad prácticamente no recibía turistas, pero en 1990 era ya el segundo museo de Turquía por orden de popularidad y la población de la ciudad se había triplicado. En la ciudad chipriota de Kyrenia el número de visitantes se duplicó en tres años tras la apertura de un museo para exhibir los restos de un naufragio del siglo IV a.C[20]. Los diversos museos y monumentos del litoral de Kenya atrajeron a 167.000 visitantes extranjeros en 1989, y siguen teniendo un efecto beneficioso sobre el conjunto de la economía de la región[21]. En Chiclayo (Perú), la ciudad importante más próxima al yacimiento arqueológico de Sipán, un sitio mochica espectacularmente rico (y en parte saqueado),

en los diez años siguientes al saqueo y posterior excavación del yacimiento el número de turistas aumentó de "un puñado" a entre 40.000 y 70.000 al año[22].

Los beneficios a largo plazo del turismo cultural para una economía deprimida rara vez se han cuantificado, aunque se ha calculado que en Sipán, tras una excavación cuidadosa, la subsiguiente exhibición tanto de artefactos como del yacimiento genera actualmente alrededor de 14 millones de dólares al año en ingresos por turismo, muy lejos de los 250.000 dólares que se cree que ganaron los saqueadores con sus hallazgos iniciales. El Consejo de Turismo de Suecia ha calculado que los restos del buque de guerra del siglo XVII *Vasa* reportan cada año varios cientos de millones de dólares para la economía sueca[23]. La realidad económica es que la conservación y la exposición imaginativa de material arqueológico en museos locales, así como el desarrollo de sitios arqueológicos para su presentación al público, pueden crear un recurso que ayude a atraer el turismo y como consecuencia generar empleo sostenible.

Es esencial que los ingresos derivados del turismo se utilicen en beneficio de las comunidades inmediatamente vecinas de los yacimientos, y no sean desviados a un gobierno central y quizá distante, o a intereses comerciales externos. Siempre que sea posible se debería dar empleo a personas de la zona, y el desarrollo de la infraestructura necesaria se debería hacer bajo dirección local y de acuerdo con las necesidades o aspiraciones locales.

¿Comercio libre?

Marchantes y coleccionistas que suscriben la ideología liberal de la imagen internacionalista de Merryman exigen libertad de comercio para el material arqueológico y otros bienes culturales. Se desestima la idea de que el comercio tenga un efecto perjudicial sobre el patrimonio arqueológico y cultural del mundo, y frente a ella se afirma que el libre comercio favorece al interés común: lleva dinero a los bolsillos de los pobres, conserva material valioso para la posteridad y promueve la apreciación universal de una variada gama de formas artísticas. A esa aseveración se puede responder desde la posición teórica señalando que hay desigualdades sociales hondamente arraigadas que no es tan fácil subsanar, y que el concepto de interés común carece de fundamento en la realidad. Ahora bien, a medida que se divulgan más estudios de casos y se publican datos cuantificables, cada una de esas proposiciones es más susceptible de análisis empírico.

La primera es la aseveración de que el comercio se justifica por razones económicas. A menudo, sobre todo en los países en desarrollo, el dinero que reporta la excavación ilícita puede suplementar unos ingresos modestos e inseguros. Por ejemplo, hace muchos años que el cementerio de an-Naq' en Jordania viene siendo saqueado por la población pobre de la zona, y ese fenómeno no es nada infrecuente, pero los excavadores se ven defraudados del valor real de sus hallazgos por los intermediarios que organizan el tráfico y los marchantes que efectúan la venta final. Los estudios indican que los excavadores suelen recibir menos del 1 por ciento del precio de venta final de la pieza[24].

Lo que según baremos occidentales es una pequeña suma puede representar una cantidad importante para un pequeño agricultor de subsistencia. Pero es una ganancia a corto plazo. Una vez separados de su contexto original, las piezas arqueológicas y otros objetos culturales pasan a ser mercancía en el mercado de arte, y presumiblemente su valor monetario sigue subiendo, o al menos se cree que ha sido así en los tiempos recientes. Pero también esa apreciación, o beneficio, se pierde para el descubridor original y para la economía del país de origen. Y también redunda en beneficio a largo plazo para las economías occidentales, en tanto en cuanto ese material expropiado genera puestos de trabajo e ingresos. La realidad, pues, es que los excavadores originales se ven defraudados por partida doble: primero del valor monetario inicial de su hallazgo, y después de su potencial económico a largo plazo. Los gobiernos que autorizan la búsqueda de tesoros en sus aguas territoriales a cambio de una parte del tesoro encontrado son víctimas de una estafa análoga, ya que ceden un recurso económico a largo plazo a cambio de un pago único y escaso.

La segunda proposición esgrimida para justificar el libre comercio es que el mercado "rescata" lo que eufemísticamente se llama "hallazgos accidentales", producidos en el transcurso de obras de desarrollo industrial o agrícola, o de ampliación o renovación urbana. Si no existiera el mercado esas piezas se desecharían y destruirían sin más, pero su valor monetario garantiza su recuperación, y su venta y coleccionismo final garantiza su supervivencia.

La última proposición es la de que el comercio libre de materiales arqueológicos y culturales de diversa índole puede contribuir a promover una apreciación universal de la creatividad humana y a engendrar respeto mutuo. Pero para que eso fuera verdad tendría que haber un intercambio *equitativo* de materiales, mientras que en el presente el

intercambio es manifiestamente desigual. El material circula de los países fuente a los países de demanda, sin que exista un flujo inverso ni intercambio equitativo. Por lo tanto el libre comercio, lejos de promover la armonía internacional, no hace sino sostener la desigualdad económica y crear resentimiento entre aquellos con cuya cultura se trafica.

Coleccionistas y marchantes sostienen que, aunque puede ser que sus acciones en primera instancia sean dictadas por el interés individual, acaban teniendo consecuencias beneficiosas. Pero es difícil encontrar respaldo empírico para esta posición. La libertad de comercio para el material arqueológico y cultural parece acarrear poco o ningún beneficio a largo plazo para quienes son realmente sus víctimas en los países de origen.

Convenciones y ética

Ningún país dispone de los recursos necesarios para proteger su arqueología. Hasta naciones ricas, como los Estados Unidos y el Reino Unido, sufren el pillaje. Es inútil pedir que países grandes como Mali o la India protejan su patrimonio de las depredaciones inducidas por coleccionistas ricos e instituciones del extranjero. Países como éstos dependen de la comunidad internacional para asegurar el cumplimiento de su propia legislación doméstica, que en la práctica significa hacer cumplir instrumentos como la *Convención de la UNESCO sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales*.

Hasta el día de hoy sólo dos de los países con mercados importantes (los Estados Unidos y Francia) han ratificado la Convención, aunque Suiza tiene en proyecto su aplicación legal y en marzo de 2001 el Gobierno del Reino Unido anunció su intención de suscribirla. La aplicación de la Convención por estos dos países hará posible su participación con los Estados Unidos en futuros acuerdos multilaterales, eventualidad contemplada por los Estados Unidos en la fecha de su ratificación[25].

Cabría sostener que el efecto principal de la Convención de la UNESCO ha sido más moral que material. Durante mucho tiempo los museos han sostenido el tráfico al comprar material en el mercado abierto y aceptar colecciones privadas en calidad de legado. Los intereses de investigación personales de los conservadores han influido en la composición de las colecciones museísticas en el pasado, pero ahora las

actitudes parecen estar cambiando. Ello se debe en no pequeña medida a la introducción de códigos éticos que exigen la adopción de políticas de adquisición conformes con los principios que establece la Convención de la UNESCO. La sección 3.2 del Código de Ética Profesional del ICOM, por ejemplo, declara: "Un museo no debe adquirir ningún objeto o espécimen por compra, donación, préstamo, legado o intercambio sin que el órgano rector o el director estén seguros de poder obtener un título de propiedad en regla. Se deben desplegar todos los esfuerzos necesarios para asegurarse de que dicho objeto no ha sido adquirido o exportado ilegalmente de su país de origen o de un país en tránsito en el que ha podido ser poseído legalmente (incluido el país en que se encuentra el museo). . . . Además de las precauciones indicadas, un museo no debe en modo alguno comprar piezas si el órgano rector o el director tienen razones para pensar que su descubrimiento ha podido causar un daño o destrucción ilegal, intencionada y no científica a monumentos antiguos, o sitios arqueológicos o geológicos y hábitats naturales, o que no se ha comunicado el descubrimiento de los objetos a los propietarios u ocupantes del terreno o a las autoridades jurídicas gubernamentales competentes".

También los arqueólogos están respondiendo. En 1988 el Congreso Internacional de Arqueología Clásica recomendó, en la Declaración de Berlín, que los arqueólogos no brindaran asesoría ni consejo a marchantes o coleccionistas privados. El Principio nº 3 de los Principios de ética arqueológica adoptados en 1996 por la Society for American Archaeology advierte que los arqueólogos deben ser conscientes de que la comercialización de objetos arqueológicos redunda en destrucción de sitios arqueológicos y de información contextual, y recomienda que los arqueólogos desalienten y eviten las actividades que acrecientan el valor comercial de un objeto. El Código deontológico de 1990 (corregido en 1997) del Archaeological Institute of America también requiere que sus miembros no alienten el tráfico de antigüedades de procedencia no especificada ni participen en el mismo. En el Reino Unido la British Academy aprobó en 1998 una resolución que afirmaba su adhesión a los principios establecidos en la Convención de 1970, y en 1999 el Institute of Archaeology de Londres fue el primer departamento universitario en adoptar una política ética basada en principios similares. Estos principios presiden también las políticas editoriales de algunas revistas académicas, como la *American Journal of Archaeology*.

La *Convención sobre objetos culturales robados o exportados ilícitamente* de Unidroit (1995), concebida como extensión de la Convención de 1970 de la UNESCO,

parece estar llamada a ser igualmente influyente sobre el desarrollo de códigos de diligencia debida, cuya finalidad consiste en ayudar a impedir la compra inadvertida de material cultural ilícito.

Sin embargo, y en absoluta contravención de cualquier código ético, muchos museos siguen coleccionando o exhibiendo material de procedencia no especificada, aunque el hacerlo los exponga al riesgo de descrédito público y perjuicio financiero.

Conclusión

Gill y Chippindale (1993) han escrito acerca de las consecuencias materiales e intelectuales del coleccionismo. Por consecuencias intelectuales entienden la "corrupción del conocimiento fiable" que resulta de la reevaluación y reinterpretación de los objetos descontextualizados en un marco moderno. Aquí hemos hablado más de las consecuencias materiales, del daño que el coleccionismo irresponsable ocasiona al registro material, y por una buena razón: porque parece que los que se benefician del comercio ilícito, los marchantes y coleccionistas, están en un estado de negación. La escala del comercio se minusvalora con frecuencia, y se pasa por alto el daño que ocasiona. Por eso los testimonios de testigos oculares y los datos factuales, preferiblemente cuantitativos, tienen un valor inapreciable para lo que viene siendo un debate abierto. Recientemente la aplicación por los Estados Unidos de la Convención de la UNESCO fue debatida en el Senado estadounidense, y en el Reino Unido tanto el Parlamento como el Gobierno han llevado a cabo investigaciones sobre el tráfico de material ilícito. Se adoptaron el Segundo Protocolo de la Convención de La Haya y la *Convención de la UNESCO sobre la Protección del Patrimonio Cultural Subacuático*. Son signos positivos de la voluntad de modificar la realidad presente del pillaje arqueológico y poner fin al expolio antes de que conduzca a la extinción.

|Referencias

Bahn, P. G., "Khmer artefacts return to Cambodia", *Antiquity*, 74, 2000, págs. 753–754.
Boylan, P. J., "Illicit trafficking in antiquities and museum ethics", en K. W. Tubb (comp.), *Antiquities Trade or Betrayed*, Londres, Archetype Publications, 1995, págs. 94-104.
Brent, M., "Faking African Art", *Archaeology*, 54, 2001, págs. 27-32.
Brodie, N. J., " Pity the poor middlemen", *Culture Without Context*, nº 3, 1998, págs. 7-9.
Burnham, B., "Architectural heritage: the paradox of its current state of risk", *International Journal of Cultural Property*, 7, 1998, págs. 149-165.
Chapman, J., "Destruction of a common heritage: the archaeology of war in Croatia, Bosnia and Hercegovina", *Antiquity*, 68, 1994, págs. 120-126.
Clément, E., "UNESCO: some specific cases of recovery of cultural property after an armed conflict", en M. Briat y J. A. Freedberg (comps.), *Legal Aspects of International Trade in Art*, La Haya, Kluwer Law International, 1996, págs. 157-162.

Dodds, J. D., "Bridge over the Neretva?", *Archaeology*, 51 (1), 1998, págs. 48-53.
Dupree, N. H., "Museum under siege", *Archaeology*, 49 (2), 1996, págs. 42-51.
Dupree, N. H., "The plunder continues", *Archaeology online*, http://www.archaeology.org/online/features/afghan/update.html , 1998.
Gill, D., y Chippindale, C., "Material and intellectual consequences of esteem for Cycladic figures", *American Journal of Archaeology*, 97, 1993, págs. 601-659.
Howell, C. L., "Daring to deal with huaqueros", en K. Vitelli (comp.), *Archaeological Ethics*, Walnut Creek, AltaMira, 1996, págs. 238-242.
ICOM, *Looting in Angkor*, París, ICOM, 1993.
Kouroupas, M. P., "United States efforts to protect cultural property: implementation of the 1970 UNESCO Convention", en K. W. Tubb (comp.), *Antiquities Trade or Betrayed: Legal, Ethical and Conservation Issues*, Londres, Archetype/UKIC, 1995, págs. 83-93.
Lee, D., "History and art are being wiped out", *Art Newspaper*, nº 101 (marzo), 2000a, pág. 31.
Lee, D., "A small step forward", *Art Newspaper*, nº 107 (octubre), 2000b, pág. 6.
Macfarlane, A., "The mystery of property: inheritance and industrialization in England and Japan", en C. M. Hann (comp.), *Property Relations: Renewing the Anthropological Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, págs. 104–123.
Merryman, J. H., "A licit international trade in cultural objects", en M. Briat y J. A. Freedberg (comps.), *Legal Aspects of International Trade in Art*, La Haya, Kluwer Law International, 1996, págs. 3-46.
Prott, L. V., y O'Keefe, P. J., "'Cultural heritage' or 'cultural property'?", *International Journal of Cultural Property*, 1, 1992, págs. 307-320.
Rooney, S., "Tomb raiders", *Times Magazine*, 6 de enero de 2001, págs. 44-48.
Seeden, H., "Archaeology and the public in Lebanon: developments since 1986", en P. G. Stone y B. L. Molyneux (comps.), *The Presented Past: Heritage, Museums and Education*, Londres, Routledge, 1994, págs. 95-108.
Throckmorton, P., "The world's worst investment: the economics of treasure hunting with real life comparisons", *Underwater Archaeology Proceedings from the Society for Historical Archaeology*, 1990, págs. 6-10; reimpreso en L. V. Prott e I. Srong (comps.), *Background Materials on the Protection of the Underwater Cultural Heritage*, París y Portsmouth, UNESCO/Nautical Archaeology Society, 1999, págs. 179-183.
Vitelli, K. D., "An archaeologist's response to the draft principles to govern a licit international traffic in cultural property", en M. Briat y J. A. Freedberg (comps.), *Legal Aspects of International Trade in Art*, La Haya, Kluwer Law International, 1996b, págs. 109-112.
Watson, P., "The lessons of Sipán: archaeologists and huaqeros", *Culture Without Context*, nº 4, 1999, págs. 15-20.
Wilson, T. H., y Omar, A. L., "Preservation of cultural heritage on the East African coast", en P. R. Schmidt y R. J. McIntosh (comps.), *Plundering Africa's Past*, Londres, James Currey, 1996, págs. 225-249.

Notas

1. Este artículo es un resumen de dos publicaciones escritas por Neil Brodie: "Spoils of War", publicado en *Archeology*, julio-agosto de 2003, y la introducción al volumen colectivo *Illicit Antiquities: The Theft of Culture and the Extinction of Archeology*, publicado por Routledge en 2001. Se han hecho algunas modificaciones para tomar en cuenta cambios introducidos en los programas de la UNESCO desde 2001.
2. Véase el tratamiento especial del Afganistán en este número de *Museum Internacional*. La revista presentó un estudio pormenorizado de la situación en Camboya en el número doble de mayo de 2002 dedicado al sitio de Angkor.
3. Dupree, N. H., "Museum under siege", *Archaeology*, 49 (2), 1996, págs. 42-51.
4. Lee, D., "History and art are being wiped out", *Art Newspaper*, nº 101 (marzo), 2000a, pág. 31.
5. Dupree, N. H., "The plunder continues", *Archaeology online*, http://www.archaeology.org/online/features/afghan/update.html, 1998.
6. Rooney, S., "Tomb raiders", *Times Magazine*, 6 de enero de 2001, pág. 45.
7. Bahn, P. G., "Khmer artefacts return to Cambodia", *Antiquity*, 74, 2000, págs. 753.
8. La publicación por el ICOM de la primera edición de su *Looting in Angkor* en 1993 condujo a recuperar seis piezas, dos de las cuales se habían vendido en Sotheby's de Londres y una en Sotheby's de Nueva York (ICOM 1993: 10-11).

9. Chapman, J., "Destruction of a common heritage: the archaeology of war in Croatia, Bosnia and Hercegovina", *Antiquity*, 68, 1994, págs. 120-126, y Dodds, J. D., "Bridge over the Neretva?", *Archaeology*, 51 (1), 1998, págs. 48-53.
10. Clément, E., "UNESCO: some specific cases of recovery of cultural property after and armed conflict", en M. Briat y J. A. Freedberg (comps.), *Legal Aspects of International Trade in Art*, La Haya, Kluwer Law International, 1996, pág. 159.
11. Burnham, B., "Architectural heritage: the paradox of its current state of risk", *International Journal of Cultural Property*, 7, 1998, pág. 153.
12. Prott, L. V., y O'Keefe, P. J., "'Cultural heritage' or 'cultural property'?", *International Journal of Cultural Property*, 1, 1992, pág. 310.
13. Macfarlane, A., "The mystery of property: inheritance and industrialization in England and Japan", en C. M. Hann (comp.), *Property Relations: Renewing the Anthropological Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pág. 104.
14. Vitelli, K. D., "An archaeologist's response to the draft principles to govern a licit international traffic in cultural property", en M. Briat y J. A. Freedberg (comps.), *Legal Aspects of International Trade in Art*, La Haya, Kluwer Law International, 1996b, pág. 109.
15. Prott, L. V., y O'Keefe, P. J., *op. cit.*, pág. 311.
16. Gill, D., y Chippindale, C., "Material and intellectual consequences of esteem for Cycladic figures", *American Journal of Archaeology*, 97, 1993, págs. 601-659.
17. Brent, M., "Faking African art", *Archaeology*, 54, 2001, págs. 27-32.
18. Howell, C. L., "Daring to deal with huaqueros", en K. Vitelli (comp.), *Archaeological Ethics*, Walnut Creek, AltaMira, 1996, págs. 238-242.
19. Seeden, H., "Archaeology and the public in Lebanon: developments since 1986", en P. G. Stone y B. L. Molyneux (comps.), *The Presented Past: Heritage, Museums and Education*, Londres, Routledge, 1994, págs. 95-108.
20. Throckmorton, P., "The world's worst investment: the economics of treasure hunting with real life comparisons", *Underwater Archaeology Proceedings from the Society for Historical Archaeology*, 1990, págs. 6-10; reimpreso en L. V. Prott e I. Srong (comps.), *Background Materials on the Protection of the Underwater Cultural Heritage*, París y Portsmouth, UNESCO/Nautical Archaeology Society, 1999, págs. 179-183.
21. Wilson, T. H., y Omar, A. L., "Preservation of cultural heritage on the East African coast", en P. R. Schmidt y R. J. McIntosh (comps.), *Plundering Africa's Past*, Londres, James Currey, 1996, pág. 241.
22. Watson, P., "The lessons of Sipán: archaeologists and huaqueros", *Culture Without Context*, 4, 1999, pág. 16.
23. Throckmorton, P., *op. cit.*, pág. 181.
24. Boylan, P. J., "Illicit trafficking in antiquities and museum ethics", en K. W. Tubb (comp.), *Antiquities Trade or Betrayed*, Londres, Archetype Publications, 1995, pág. 103, Brodie, N. J., "Pity the poor middlemen", *Culture Without Context*, nº 3, 1998, págs. 7-9.
25. Kouroupas, M. P., "United States efforts to protect cultural property: implementation of the 1970 UNESCO Convention", en K. W. Tubb (comp.), *Antiquities Trade or Betrayed: Legal, Ethical and Conservation Issues*, Londres, Archetype/UKIC, 1995, págs. 83-93.

La función educativa del Museo Nacional de Antropología de Luanda durante la guerra civil de Angola

Por Fernando Vuvu Manzambi

Manzambi Vuvu Fernando, angoleño, conservador de museos, investigador en el Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Oporto, Miembro del Consejo del ICROM, Miembro del Consejo de Administración de la Escuela del Patrimonio Africano (EPA), Benin, y Miembro fundador del Africom.

Desde los primeros años de la independencia de Angola, se ha venido desarrollando una política museística en la que se daba prioridad a la función educativa del museo a la hora de abordar la exhibición de los fondos museísticos que, durante los años de la colonización, había sido relegada a un segundo plano. Era necesario liberar a los museos de su política colonial para ponerlos al servicio de las poblaciones angoleñas, artífices de su patrimonio, que durante muchos años se han visto privadas de su derecho fundamental a la libertad en todas sus formas. En efecto, los museos que surgieron en Angola en el decenio de 1930 fueron reglamentados según los instrumentos normativos de la administración del gobernador José Mendès Ribeiro Norton de Matos (1912-1915). En una de estas ordenanzas, ley nº 266/1912, el gobernador había decidido crear el Museo Etnográfico de Angola y del Congo[1] con el fin de que los estudiosos, los colonos, los hombres de negocios y los funcionarios que venían a instalarse en el territorio, aprendieran a conocer "el tipo de poblaciones semicivilizadas cuyas características se consideraban tan curiosas y estaban mal estudiadas"[2]. En este mismo orden de ideas, se adoptaron otras disposiciones legales para el estudio de las instituciones tradicionales, usos y costumbres indígenas que permitieran conocer mejor a los autóctonos para colonizarlos mejor. Sobre la base de estas disposiciones, se definieron las funciones de los museos coloniales y se determinó la orientación de la política colonial portuguesa en lo referente a la estrategia de una colonización cultural. Esta política retrógrada, llevada a cabo durante la

colonización efectiva de Angola, es una de las causas del estallido de la guerra de liberación que llevó al pueblo angoleño a la independencia en noviembre de 1975. Desgraciadamente, el período poscolonial ha sumergido al país en una guerra civil que lo ha llevado a la deriva total.

La finalidad de este artículo es descubrir la función del Museo Nacional de Antropología en su calidad de institución de educación cultural, la incidencia de la política museística en la educación sociocultural de las poblaciones que directa o indirectamente han vivido el trauma de la guerra que ha perdurado durante muchos años y desterrar, por medio del mensaje de las exposiciones, la desconfianza y el odio que reinan en la sociedad angoleña como consecuencia de esta guerra.

¿Ha creado el Museo, a través de su función educativa, las premisas necesarias para una cultura de tolerancia, de diálogo para la aceptación de la diferencia, y de acercamiento entre los pueblos de diferentes grupos étnicos, preconizando por medio de su mensaje cultural una cultura de paz en la Angola de posguerra?

Las poblaciones angoleñas frente a la guerra civil

El fenómeno de la guerra es tan complejo de definir que lo abordaremos aquí dentro de un enfoque antropológico. Varios autores, Descola e Izard entre otros, consideran la guerra como una forma de ajuste sangriento de un conflicto que enfrenta a unidades políticas independientes y localizadas en el espacio cuyo tamaño es extremadamente variable. Puede tratarse de comunidades (clanes, tribus), reinos o estados-nación, pero todas tienen la característica común de ser capaces de controlar, al menos temporalmente, el empleo de la violencia en su seno para volverlo contra un enemigo exterior[3]. Esta definición del concepto de guerra nos lleva a distinguir dos categorías: una convencional y otra salvaje, según que los adversarios en presencia compartan o no una concepción común de lo que está en juego y de las modalidades del conflicto en el que se embarcan[4].

Digamos que en esta definición, la guerra no es otra cosa que un conflicto armado en el cual los grupos que se enfrentan tratan de resolver sus diferencias por medio de la violencia. Michel Adam, consciente de las dificultades que entraña definir el concepto de guerra, parte de la definición generalmente admitida que considera la guerra como una expresión violenta de una relación de fuerzas entre grupos humanos[5]. Se caracteriza por sus actos de violencia. Pero, pese a su carácter violento, se define

como un hecho social, concomitante y quizá, como dice Michel Adam, correlativo a la existencia en sociedad. Siendo un hecho social que implica un acto de violencia, admitimos que se sitúa también fuera del pacto social. Así, la guerra sobreviene, ya sea en ruptura de este pacto, ya sea más allá del mismo, en un ámbito político exterior a su influencia[6].

En efecto, el autor mantiene que la guerra no es una relación de hombre a hombre. Michel Adam, que cita a J.J. Rousseau[7], considera la guerra como una relación de Estado a Estado en la cual los particulares solo son enemigos accidentalmente, no como hombres, ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados[8]. En su reflexión, Michel Adam abunda en la opinión de que cada Estado sólo puede tener por enemigos a otros Estados y no a hombres. En este caso, la guerra responde a unas normas preestablecidas que deben ser observadas por las partes en conflicto y es la guerra que se define como convencional. Contrariamente a ésta, existe otra categoría de guerras llamada salvaje que se compone a su vez de dos subcategorías: la guerra civil y la guerra de liberación.

En nuestro caso, Angola ha pasado por estas dos categorías de guerra: entre 1961 y 1974 la guerra de liberación; y entre 1975 y 2002 la que se ha dado en llamar guerra civil[9]. La guerra civil que ha vivido Angola es un conflicto armado entre grupos y ciudadanos de un mismo Estado, que ha involucrado a los partidarios de distintos grupos, dentro de movimientos de liberación, que estaban ya enfrentados por sus objetivos o por su ideología política desde el período de la guerra de liberación. Esos movimientos basaron su lucha más en los antagonismos ideológicos y en las ambiciones de los grupos que en el noble objetivo de liberar al país del yugo colonial. Los efectos de este antagonismo entre los movimientos de liberación se han transformado en un conflicto que, ya en la independencia, ha enfrentado a ramas armadas de los movimientos de liberación (MPLA, FNLA, UNITA) apoyadas por poblaciones civiles, militantes y simpatizantes, repartidas sobre bases sociales regionales. Esta guerra ha involucrado a apacibles ciudadanos que han sido enfrentados consciente o inconscientemente y puestos al servicio de intereses de grupos políticos que, pese a su fundamento común nacionalista, se identificaban sobre bases regionales repartidas entre el norte para el FNLA, el centro norte para el MPLA y el sur para UNITA.

A diferencia de una guerra convencional, la guerra civil no obedece a normas y en ella la violencia está fuera de control. Es una guerra feroz y despiadada. En Angola ha involucrado a la población civil y ha fomentado el odio entre los grupos hasta tomar un carácter regional y violento en las regiones de tradición política, a saber, el norte y el centro del país. La politización de las poblaciones y la formación de milicias armadas para defender los intereses del país, y el reclutamiento de otros grupos de población para apoyar a los grupos políticos enfrentados han alimentado durante mucho tiempo la guerra civil angoleña.

En los países multiétnicos, como Angola, el desgarro del tejido social ha llevado a una violencia sangrienta y a un odio que ha arraigado en los grupos de población. Todo ciudadano que ha participado en esta guerra se encuentra confrontado a un doble estado de violencia. En primer lugar, por haber participado en actos violentos, como matanzas, de manera deliberada; en segundo lugar porque el cambio de su estado de ánimo le lleva a vivir al margen de su propia sociedad a la que él maltrata.

En efecto, el estado de guerra que ha vivido Angola ha creado una situación de tensión que ha desgarrado el tejido social. Es a este estado de guerra al que Michel Adam ha llamado situación de contra-sociedad, situación que ha sido fomentada por la tensión interna y la propensión revulsiva. La duración de este conflicto armado y sus consecuencias exigen a cada uno de los actores, ya sean individuales, colectivos o institucionales, o incluso, políticos, sociales o culturales, grandes esfuerzos para restablecer la cultura de paz.

El Museo Nacional de Antropología, entre otras instituciones, había tomado medidas para contribuir a restablecer la situación de no-violencia y a sentar las bases necesarias para fomentar todo proceso que pueda llevar a la sociedad angoleña hacia el camino de la paz. La paz no se define necesariamente por el silencio de las armas, menos aún por la firma de acuerdos de paz, si bien son, desde luego, un paso determinante hacia el camino de la paz. Los acuerdos que se han sucedido desde Alvore (Portugal) hasta Lusaka (Zambia) son pruebas irrefutables. La paz es un proceso que involucra primero al individuo, que debe cobrar conciencia de lo absurdo de los actos de violencia y debe renunciar a ella. El individuo tiene que alcanzar la paz consigo mismo, reencontrar su propia paz interior para poder contribuir a una paz social. Esta toma de conciencia individual debe ser socializada para que se convierta en un acto de toma de conciencia colectiva que permita a la sociedad renunciar a la violencia.

El fondo museístico del Museo Nacional de Antropología y la base multiétnica de la sociedad angoleña

En los primeros años de la independencia, los documentos que expresaban las orientaciones políticas del país, tal y como lo concebía el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), reconocían la existencia de diferentes culturas en la extensión territorial del país, basadas en características etnolingüísticas que definían la especificidad cultural de cada grupo que debería constituir la unidad de la nación angoleña. Siendo esto así, Antonio Agostinho Neto, primer presidente de Angola, consciente de la complejidad cultural del país recién liberado, advertía ya en esos primeros años de independencia de "que era fácil hacer la interpretación política del momento que se vivía, pero era más difícil penetrar la intimidad del pensamiento de las diversas ex -naciones que constituían Angola"[10].

Esta toma de conciencia ha permitido a los organismos de coordinación cultural y a los actores culturales como los museos, concebir programas de educación cultural y patriótica para la construcción efectiva de la nación angoleña. Los programas deberían tener en cuenta la unidad nacional en su diversidad. Las diferencias culturales solo podían constituir una riqueza para este vasto país. Esta línea de acción ha sido la base de la cohesión del pueblo angoleño basada en los principios esenciales de la guerra de liberación y que ha hecho hincapié en la reafirmación de la voluntad de un pueblo que, al precio de su sangre, ha conquistado la soberanía. El discurso cultural implícito en el mensaje de las exposiciones tenía el objetivo de hacer que las poblaciones cobraran conciencia de una etapa reciente de la historia del país, la de la liberación, y de los esfuerzos que se requieren para la construcción de la unidad nacional. Así, en la exposición permanente del museo encontramos, por ejemplo, representaciones de las instituciones políticas de diferentes sociedades tradicionales, sus actividades socioeconómicas y culturales, los usos, costumbres y los fundamentos religiosos de estas mismas sociedades.

El mensaje de la exposición pone de relieve el fundamento cultural bantú común a los kongo, cokwe, ambundu, ovimbundu, nyaneka, ambo, helelo y los pueblos ngangela (mbwela, lwimbi, nyemba y otros) y al grupo Khoïsan, cuya buena convivencia une a las dos grandes familias lingüísticas. Esta exposición transmite el mensaje de la unidad, rompe las barreras culturales entre los grupos y pone de relieve que hay más elementos de unión que de división. Las exposiciones muestran a las

poblaciones que, aunque haya una distribución geocultural de los grupos etnolingüísticos, el fundamento cultural es siempre más fuerte que las fronteras entre los grupos. Este mensaje tenía el objetivo de desterrar la división y el regionalismo de la mentalidad de las poblaciones y preparar a éstas para la nueva era de una Angola libre y unida en su diversidad.

La función del Museo Nacional de Antropología en la educación de las poblaciones

El Museo Nacional de Antropología, objeto de nuestro trabajo, se encuentra en la capital angoleña, Luanda. El hecho de dedicarle este artículo no se debe a las consecuencias directas de la guerra que durante al menos veintiocho años ha destruido las infraestructuras físicas y arruinado a las comunidades de su riqueza cultural: humana, material e inmaterial. El Museo Nacional de Antropología de Luanda no ha sido nunca víctima de esta destrucción ni del vandalismo procedente de los actos destructores de la guerra civil que implicarían la intervención de las instituciones competentes en materia de protección de bienes culturales en caso de conflicto armado. Esta situación exigiría la aplicación de los instrumentos legales en este ámbito. Nuestra reflexión en este artículo trata de la revalorización del contenido de las colecciones etnográficas del Museo y su importancia para la educación, el mantenimiento de la cohesión y del equilibrio social en un país en el que el fundamento multiétnico del tejido social estaba amenazado por las secuelas de la violencia de la guerra civil. El Museo Nacional de Antropología cuenta en sus colecciones con una gran representación de objetos kongo, kimbundu, umbundu pertenecientes a regiones a las que la historia política reciente atribuye las claves de la tradición política. Aparte de estas colecciones, el Museo cubre la representación del resto de la tradición geocultural con objetos cokwe, nyaneka, ambo, helelo y objetos de grupos de pueblos ngangela. Esta gran diversidad de objetos hace que este Museo sea el más representativo del país. Podemos afirmar que, pese a su posición cultural de pertenencia al área kimbundu y teniendo en cuenta el éxodo de las poblaciones del interior del país hacia la capital, Luanda, provocado por la guerra, este fenómeno ha hecho que Luanda sea una ciudad aglutinante de las representaciones de todos los grupos étnicos. Lo que justifica el carácter unificador de las poblaciones diversas de la ciudad de Luanda.

Las exposiciones del Museo Nacional de Antropología y el mensaje de unidad en la diversidad

Es cierto que el Museo es un espacio de la representación que una sociedad se hace de sí misma puesto que pone en él los valores que desea mostrar para la educación de su público para la totalidad de las poblaciones. En la educación de las poblaciones, el patrimonio se expone a las miradas de aquellos que comparten los valores contenidos en los objetos patrimoniales[11].

Los museos son instituciones culturales que desempeñan una función importante en la educación de la población y garantizan, como dijo en su discurso de 1992 Oumar Konaré, Presidente del ICOM, estas tres misiones fundamentales: conservar las colecciones que gestiona, exponerlas y crear puntos de referencia identitarios para su público en general y para los habitantes de la zona de influencia de estos museos, a escala local. Uno de los factores más importantes que caracterizan los museos es la utilización del mensaje del contenido de sus colecciones.

La programación anual de una o dos exposiciones temporales en el decenio de 1990, sobre la especificidad de los grupos Khoïsan, Umbundu, Ngangela tenía la finalidad de reforzar los vínculos histórico-culturales entre los pueblos angoleños. Las exposiciones se acompañan de un catálogo y de una gran actividad de animación cultural para una amplia divulgación de la información cultural.

Estos mensajes que constituyen la materia y el material didáctico para informar y formar al público, convierten a estas instituciones en escuelas populares a todos los niveles de la sociedad. Estas escuelas de educación popular están abiertas a los niños, a las mujeres, a los hombres sin distinción de edad ni de sexo y menos todavía de su nivel de instrucción. Son el fundamento de la escuela de la vida. El mensaje que emana del estudio de los objetos de la colección y del contexto sociocultural de los grupos de procedencia es una manifestación del fundamento de la filosofía y del código sociocultural de estas mismas sociedades. Las poblaciones se identifican fácilmente con estos mensajes y los asimilan para su bienestar pues estos mensajes forman parte de las enseñanzas que garantizan el equilibrio social. Así la educación de las poblaciones en los museos ha sido considerada durante el período de guerra como una de las más importantes tareas del Museo para garantizar la cohesión de la sociedad angoleña en su diversidad.

En el Museo Nacional de Antropología de Luanda, los valores inscritos en su programa de exposiciones temporales son: transmitir el mensaje de unidad nacional, de tolerancia, de aceptación de la diferencia y establecer el diálogo entre las poblaciones de diferentes grupos étnicos que constituyen el país. Este programa, que ha sido elaborado en condiciones de guerra civil desde 1976, no podía sino responder a las exigencias de una cultura de paz. El mensaje que surge de las enseñanzas del museo emana de los objetos de las colecciones expuestas y constituye la clave del éxito de la aportación del Museo Nacional de Antropología a la educación de su público y de las poblaciones angoleñas en general.

El gobierno ha movilizado a una milicia que apoyaba al ejército gubernamental en sus esfuerzos para la defensa de la integridad del territorio angoleño contra el movimiento rebelde al servicio de lo que durante la guerra fría se consideraba imperialismo y contra otros grupos que trataban de incorporar a la guerrilla a poblaciones civiles y a jóvenes menores de edad para conquistar el poder. El conflicto angoleño ha tomado la forma de una guerra civil durante la cual ha habido incorporación de civiles a los dos bandos beligerantes. Esto ha mantenido a esta sociedad multiétnica al borde del desgarro del tejido social angoleño.

Conclusión

A modo de conclusión, podemos afirmar que, pese al peligro de desintegración que amenaza a las sociedades multiétnicas de Angola, el Museo Nacional de Antropología ha realizado esfuerzos considerables para garantizar una educación cultural a través del mensaje de sus exposiciones. Las exposiciones permanentes, mostrando la vida socio-político-económica y cultural de los diferentes grupos étnicos, han hecho posible que las diferentes poblaciones se conozcan y cobren conciencia de la enorme riqueza cultural que posee el país. Las exposiciones temporales y temáticas han servido de material didáctico para enfocar las identidades locales tratando de mostrar los elementos comunes que necesariamente tienen que unir a las poblaciones. Gracias a estas actividades, el Museo Nacional de Antropología contribuye a la construcción de una cultura de tolerancia, de acercamiento, de aceptación del otro en la diversidad como requisitos básicos para la construcción de una unidad nacional en la diversidad y de una cultura de paz.



El Museo Nacional de Antropología de Angola, en Luanda, ha desempeñado un papel fundamental para promover la tolerancia y la diversidad cultural. © Fernando Manzambi

Notas

1. Congo es el nombre por el que la autoridad portuguesa designaba la parte norte de Angola que ha pertenecido al antiguo reino del Kongo. Durante la colonización efectiva, esta parte del territorio era conocida como "Congo português", Congo portugués.
2. Fernando Manzambi V., 2001 Estudos das Collecçoes Etnográficas nos museus de Angola, Dissertaçao para obtençao do título de Mestre em Estudos africanos pela Universidade do Porto, p. 27.
3. P. Descola y M. Izard, 1991, p. 313.
4. *Idem*, 313-314.
5. M. Abélès y H-P. Jeudy, Anthropologie du politique, París, Armand Colin, 1997. p. 91-126
6. *Idem*
7. J.J. Rousseau (Libro I, cap. IV)
8. *Ibídem*
9. La Guerra civil de Angola ha tenido características diferentes. Ha involucrado a antiguos movimientos de liberación armados y a milicias reclutadas entre las poblaciones. Por lo tanto, este conflicto se define como un conflicto salvaje o sin normas.
10. Neto, António Agostinho, 1998, Sobre a cultura nacional, discurso pronunciado por Agostinho Neto, Presidente del MPLA-PT y de la República Popular de Angola y de la Mesa de la Asamblea General de la UEA, el 8 de enero de 1979, p. 13.
11. E. Caillet, 1995, p. 38.

Una función para los “santuarios” en la región del Mar de Timor

por James Bennett

James Bennett es conservador de Arte y Cultura Material del Asia Sudoriental del Museo y Galería de Arte del Territorio Septentrional (Darwin), Australia.

La creación del Centro Cultural Uma Fukun[1], del que forma parte el museo público más reciente de la región del Asia australiana, repara las devastaciones que tuvieron lugar en el anterior Museo Estatal de Timor Oriental[2] en el curso de la fundación de la nueva nación de Timor-Leste en 1999. Los programas propuestos para este nuevo museo se llevarán a cabo en un contexto regional junto a varias instituciones homólogas de la Indonesia oriental y la Australia septentrional cercanas. En Indonesia, estarán asociados el Museo Estatal de Nusa Tenggara oriental, sito en la capital provincial de Kupang (Timor Occidental), el Museo de Nusa Tenggara Occidental, sito en Mataram (Lombok) y el Museo Siwalima, ubicado en Ambon (Maluku). En Australia septentrional, lo estarán el Museo y Galería de Arte del Territorio Septentrional, entidad cuya sede está en Darwin (Territorio Septentrional), además de museos comunitarios de zonas remotas.

Las fronteras de estos tres países convergen en torno a las aguas que comparten del Mar de Timor, que separa una distancia inferior a mil kilómetros. Indonesia oriental y Australia septentrional, desde la óptica de las respectivas capitales nacionales – Yakarta y Canberra- son consideradas a menudo regiones remotas y sólo se les presta atención cuando estallan crisis, como el conflicto que dio nacimiento a Timor-Leste. Indonesia y Australia pueden existir en tanto que países vecinos, pero, como ha observado el historiador Charles McKnight, la mayoría de sus habitantes vive en los extremos opuestos del edificio[3].

El marco histórico

Pues bien, este territorio, comprendido Timor-Leste, comparte un sustrato común por lo que se refiere al vigor y la variedad de sus numerosas culturas indígenas, a pesar del contraste existente entre el aislamiento histórico del continente australiano y la larga

experiencia de contactos cosmopolitas del archipiélago indonesio oriental adyacente. La identidad de "primera nación" de los pueblos aborígenes australianos se constituyó en un entorno radicalmente distinto del pluralismo cultural de Indonesia que, en palabras de Sedyawati[4], impide la aparición de una dicotomía entre una minoría y una mayoría. Ello no obstante, los pueblos indígenas de ambos lugares tienen hoy día problemas similares para conservar y hacer prosperar las singulares tradiciones culturales que constituyen su patrimonio.

En Indonesia oriental y Timor-Leste numerosos grupos étnicos que poseen identidades diferenciadas –por ejemplo, los sumbaneses, lio, atoni y tetum- siguen manteniendo una presencia dinámica en la sociedad contemporánea, a pesar de las incursiones anteriores del colonialismo europeo, de la llegada del islam y el cristianismo y de amplios movimientos de población. De modo similar, en Australia septentrional, los tiwi, yolngu, kundjey'mi y otros grupos lingüísticos regionales han sobrevivido a la devastación provocada por una invasión blanca con las consiguientes actividades de misioneros, industria minera y pastoreo. Hoy día, los aborígenes constituyen aproximadamente el 30% de la población del Territorio Septentrional y cada día reclaman con más fuerza sus derechos a la justicia social y económica.

A ambos lados del Mar de Timor estas sociedades albergan valores singularmente similares en lo fundamental, dimanantes de una continuidad que se remonta a la prehistoria y que tienen por eje creencias ancestrales expresadas mediante relaciones hereditarias con la tierra y prácticas consuetudinarias que impregnan todos los aspectos de la vida colectiva y privada. En la región del archipiélago indonesio oriental y en Australia septentrional los pueblos indígenas están reivindicando la autodeterminación, inclusive en lo que se refiere a la gestión del patrimonio y los derechos de propiedad cultural. En cierto sentido, la declaración de independencia de Timor-Leste y la posterior creación del Centro Cultural Nacional pueden entenderse como ejemplo especialmente notable de un fenómeno que está sucediendo en un ámbito mucho más amplio.

En las provincias vecinas de Indonesia oriental, la descentralización de la administración pública, a raíz del final, en 1998, de la época del Nuevo Orden, ha provocado una afirmación cada vez más acusada de la pertenencia étnica de sus habitantes al tiempo que se mantiene una adhesión constante a la unidad nacional. La autonomía regional (*otonomi daerah*)[5] está influyendo en todos los aspectos de la

sociedad indonesia, pero tiene consecuencias concretas en esta parte del mundo, donde la identidad social sigue estando estrechamente unida a tradiciones ancestrales. Las instituciones culturales provinciales deben definirse cada vez más con respecto a su pertinencia para las aspiraciones de la comunidad local y a la política oficial determinada en el plano nacional. Los museos de Indonesia oriental están tratando de hallar un papel en tanto que participantes con sentido en el desarrollo regional a fin de competir con otros órganos locales, como los de turismo y educación, por obtener financiación. Entre tanto, la proliferación de organizaciones no gubernamentales (*lembaga swadaya masyarakat*), como las cooperativas de artesanos tradicionales, refleja la existencia de una conciencia popular cada vez más aguda de los beneficios que puede acarrear el fomento de la práctica cultural étnica como instrumento de la autodeterminación gracias a la mejora social y económica.

A través de las aguas del Mar de Timor en Australia septentrional, el movimiento a favor de los Derechos a la Tierra que comenzó su labor en serio en el decenio de 1970 ha hecho que los indígenas asuman un papel muy activo en la autodeterminación. Un resultado de ello ha sido un asombroso renacimiento cultural, en particular en los terrenos de las artes visuales y la práctica de la artesanía. Los aborígenes están dando a conocer su auténtica condición de poseedores tradicionales del país ancestral a un público blanco exterior y hallando un instrumento de mejora económica. Las cooperativas de artistas de las comunidades se han convertido en un vehículo importante de promoción de los derechos de propiedad cultural indígenas y han influido en todos los aspectos de las artes y la práctica cultural australianas, inclusive en el mundo de los museos[6].

En los últimos decenios, ha habido indígenas para los cuales museos de todo el mundo se han convertido en sedes importantes del combate por la supervivencia cultural[7]. Los museos tienen una larga tradición en la región asiática australiana. El Museo Nacional de Indonesia se fundó en 1778 en tanto que Sociedad de Artes y Ciencias de Batavia. En 1914 las autoridades de las Indias Orientales Holandesas encargaron un estudio de viabilidad con el fin de crear un nuevo museo en Bali. En el informe correspondiente se instaba a crear una institución que fuese algo más que “una colección muerta de objetos dispares”, en una propuesta que se anticipaba a los modernos centros interpretativos con exposiciones interactivas. Ello no obstante, las colecciones etnográficas europeas fundadas durante el periodo colonial ponían

normalmente el acento en la "otredad" exótica de la cultura indígena, partiendo del supuesto de que los artefactos recogidos en ellas representaban a sociedades en vías de extinción inevitable o puntos anteriores de un sendero común hacia el progreso. Colecciones como el Museo Nacional de creación holandesa (Yakarta) y el Museo Sonobudoyo (Yogyakarta) influyeron profundamente en la evolución de la práctica museística indonesia tras la independencia de este país. La cultura de la nueva nación, según Joop Ave, nació oficialmente el 18 de agosto, un día después de la proclamación de la independencia el 17 de agosto. Como observó el mismo Ave, "teníamos una cultura que era una declaración política. De la noche a la mañana, eran indonesias las culturas de Aceh, Tapanuli, Ambon y Java"[8]. Posteriormente, los museos estatales centraron su labor en los dos temas primordiales de la historia y la variedad culturales. Durante la época posterior del Nuevo Orden, las colecciones documentaban las variaciones y semejanzas regionales de cultura material con el propósito de sensibilizar al público con respecto a la cultura indonesia en tanto que unitaria dentro de su diversidad[9]. Otras cuestiones contemporáneas están dejando ahora atrás ese planteamiento. Con todo, su pertinencia más amplia en momentos más recientes resulta visible cuando, por ejemplo, un portavoz de Timor Oriental, quien escribía desde el exilio poco antes de la independencia, decía que la diversidad étnica podía convertirse en la base de la identidad cultural nacional de la nueva nación de Timor Oriental[10].

A partir de esa visión, en los últimos decenios se han creado colecciones museísticas públicas en Maluku (1973), Nusa Tenggara occidental (1982), Nusa Tenggara oriental (1991) y la ex provincia de Timor Oriental (1995). La institución de Dili describió la colección como el "hálito del museo"[11]. La decisión inicial de consagrarse a la etnografía, la historia y la arqueología correspondía al reconocimiento de la necesidad apremiante de oponerse al inesperado ritmo acelerado de pérdida del patrimonio cultural a causa de los cambios de los modos de vida[12]. Esta política tenía además por finalidad proteger objetos del patrimonio mueble frente a su venta fuera de la provincia[13]. Todos los museos de la región siguen compartiendo este objetivo.

Nuevos problemas y tareas

A pesar de todo lo dicho, como ha indicado McLear[14], las poblaciones indígenas de Indonesia, Timor-Leste y Australia han estado en conflicto con los museos desde los inicios. En los tres países, se adquirieron colecciones etnográficas acumuladas

tempranamente a resultas de intrusiones forzosas, esto es, las actividades militares y misioneras europeas, las expediciones topográficas y las políticas de asimilación forzosa. En un informe de 1848 de la Sociedad de Artes y Ciencias de Batavia se describe como actividad perfectamente normal el acopio de objetos durante el saqueo del palacio de Buleleng por las tropas holandesas[15]. En Australia septentrional, expediciones científicas efectuadas en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX, como la visita efectuada por Herman Klaatsch en 1906 a la isla de Melville, llevaban a cabo sistemáticamente actividades como el saqueo de tumbas y la profanación de lugares sagrados indígenas[16].

Las finalidades de la investigación definidas desde la perspectiva "afuerina" colonialista europea fueron un motivo importante de la creación de muchas colecciones de objetos de la cultura material tempranas cuya justificación sigue influyendo, de manera sutil pero generalizada, en la práctica museística de esta región. La nueva ciencia de la antropología, con sus nociones de la evolución social, se basaba en los estudios de los objetos en tanto que tecnología, divorciados de la rica y sutil diversidad de su uso cotidiano real. Apenas se prestaba atención a los derechos de propiedad de los informantes indígenas. Los objetos, descontextualizados inevitablemente, se convertían en reliquias y su definición en tanto que "patrimonio" escindía su significado de la comprensión de su importancia contemporánea en las culturas de Indonesia oriental y Australia septentrional. La premisa idiosincrática de los europeos de que los objetos son "inanimados" impregnaba la práctica museológica, siendo así que en muchas culturas –comprendidas aquellas de las que ahora nos ocupamos- se parte de otras percepciones de la realidad para aprehender las "cosas reales"[17].

Una política de colecciones inspirada en consideraciones culturales locales emplearía un estilo muy diferente de demostración al que tal vez estemos acostumbrados en una práctica museística que tuvo su origen en la presentación de objetos etnográficos conservados junto con especímenes de ciencias naturales inanimados bajo un mismo techo. Pues son las poblaciones indígenas de esta región, constituida por las orillas del Mar de Timor, las principales interesadas directas en la propiedad de muchas colecciones públicas. En tanto que custodias del saber intelectual tradicional, son las más preparadas para eliminar la línea artificial que con tanta frecuencia establecen los especialistas en conservación cuando actúan como intérpretes

entre la manera en que los indígenas entienden el significado de un objeto y el público visitante de los museos.

La supervivencia de una selección única de 35 figuras ancestrales tras la destrucción en 1999 del Museo Estatal Indonesio de Timor Oriental en Dili pone de relieve los problemas a que se enfrentan los museos para presentar sus colecciones de una manera que articule las aspiraciones de los propietarios y hacedores tradicionales de esos objetos[18]. Al parecer, las esculturas habían sido confiadas al Museo Estatal de Timor Oriental por representantes de la comunidad después de que hubieran sido sacadas ilícitamente de sitios sagrados de la región montañosa de Bobonaro y de que se hubiese frustrado un plan para venderlas ilegalmente fuera de la provincia en aquellos turbados tiempos. Inesperadamente, las valiosas esculturas talladas en madera sobrevivieron al saqueo de Dili a pesar de la desaparición de buena parte de la colección del museo y de los destrozos provocados deliberadamente en lo que quedó. Cuando se efectuó en 1999 una operación de rescate del museo, varios informantes de Dili dijeron que acaso los saqueadores hubiesen sentido temor a llevarse figuras ancestrales que se creía que poseían poderes mágicos, a pesar de haber sido extraídas anteriormente de su escenario ritual para pasar a formar parte de la colección del museo. La supervivencia de las esculturas nos recuerda que rara vez llega el momento en que cabe dar por supuesto que se ha agotado la función espiritual de un objeto y que, por consiguiente, se ha transformado por entero en algo que se puede exponer prescindiendo totalmente de sus raíces religiosas.

Los museos de la región contienen tipos similares de objetos que encajan muy imperfectamente en el contexto de exposiciones basadas en la visión del mundo del racionalismo europeo histórico o en criterios estéticos. Las esculturas ancestrales, como las figuras de Bobonaro, se erigían tradicionalmente en lugares ceremoniales escogidos, por ejemplo, sepulturas, o en lugares de culto ancestrales denominados *uma lulik* (en idioma tetum). Hay variantes locales de esos edificios en todas sociedades aldeanas del archipiélago indonesio oriental. Los lugares de culto ancestrales, además de utilizarse para efectuar actividades rituales lo son para almacenar reliquias sagradas trasmitidas a veces de generación en generación durante siglos. Superficialmente, se podría pensar que se asemejan por su propósito a los museos aparecidos en el contexto occidental. En esos lugares se conservan objetos preciosos y se recuerdan historias heredadas. Ahora bien, la propiedad de las reliquias, llamadas *pusaka*, guardadas dentro de sus muros, se

define colectivamente y toda transferencia de ellas a personas ajena a la comunidad, por ejemplo mediante su venta a marchantes, suscita invariablemente acerbas controversias y disputas entre los miembros de las familias extensas. Esos artefactos, alejados del contexto inmediato de su posesión y uso y albergados en un museo, pasan a ser "patrimonio" de otras personas. Su preservación se lleva a cabo a menudo a expensas del "despojamiento" de aquellos a quienes pertenecieron anteriormente. Como ha observado McLear, los museos sitúan los objetos en el pasado y los separan del presente, mas las culturas indígenas "atribuyen más importancia a las continuidades entre el pasado y el presente y a su presencia ininterrumpida en la sociedad contemporánea"[19].

La decisión de los habitantes de Timor-Leste de denominar al nuevo centro cultural de Dili, del que forma parte el museo nacional, *Uma Fukun* (lugar de reunión en idioma tetum), en lugar de *uma lulik* (lugar de culto ancestral), plasma la esperanza democrática de que se convierta en un lugar en el que la gente se reúna para crear una comunidad[20]. El lugar de culto ancestral, poderoso ceremonialmente, en tanto que almacén del patrimonio común y espiritual, está vinculado asimismo por valores jerarquizados de edad, sexo y pertenencia a clanes encarnados en la sintaxis esotérica de sus rituales. Los ideales democráticos de la autodeterminación cultural pueden entrañar el deseo de afirmar prácticas tradicionales que en ocasiones resultan paradójicamente restrictivas para determinados grupos de intereses mediante la recuperación de la propiedad cultural de objetos, lugares y leyes consuetudinarias. Ahora bien, para modificar las expectativas del público de la región, los museos deben responder auténticamente a las aspiraciones de los pueblos indígenas locales. Así pues, reconocer los derechos de las sociedades indígenas de la región del Mar de Timor significa igualmente afrontar la cuestión de la orientación futura de los museos, lo cual puede alejar a esas entidades de los ideales de la "colecciones puras" y orientarlas en cambio hacia la presentación de las historias y las cuestiones, en ocasiones controvertidas, que ilustran[21].

Perspectivas de futuro

La experiencia contemporánea de los aborígenes australianos podría hacer una aportación significativa a la revaluación del papel que desempeñan los museos en la región en general. Al respecto, encierra grandes posibilidades la institución denominada

"el santuario" que está asentándose en las comunidades australianas indígenas. El primer santuario establecido lo fue en el Museo de los Hombres por los walpiri de Australia central en el asentamiento remoto de Yuendumu, al noroeste de Alice Springs en 1971. Descollaba en tanto que primer museo de una comunidad aborigen que albergaba objetos rituales secretos o sagrados que en épocas anteriores al contacto con los europeos se habrían guardado ocultos en lugares naturales remotos, por ejemplo en cuevas. Para la cultura aborigen, al igual que sucede en las sociedades rurales del archipiélago indonesio oriental, los tabúes que pesan sobre el acceso a los objetos que constituyen reliquias sagradas se oponen frontalmente al ideal habitual de los museos de que las colecciones se conserven en ellos en "fideicomiso" por el bien de una población nacional[22]. El problema a que se enfrentan los walpiri y otros pueblos, consistente en preservar adecuadamente sus objetos sagrados y protegerlos al mismo tiempo frente a posible pérdidas, encuentra un claro paralelo en la situación reinante en Indonesia oriental. La sustracción de reliquias ancestrales, comprendidas esculturas ancestrales, telas antiguas de las utilizadas en canjes y cerámicas extranjeras, o su venta obligada por la pobreza económica, sigue empobreciendo a las comunidades tradicionales de Timor, Flores, Sumba y otras islas[23].

En los dos decenios siguientes a la fundación del Santuario de Yuendumu, se han establecido unos 30 centros culturales similares en sendas comunidades y por lo menos otros 15 están en fase de creación[24]. Su aparición no ha resultado siempre fácil y muchas veces estas distribuciones tienen problemas de viabilidad financiera o de gestión, pero cabe ensayar y fomentar la institución del santuario en tanto que modelo afirmativo culturalmente de los pueblos indígenas del Mar de Timor y de Australia septentrional.

Jenkins define el santuario en tanto que lugar que abarca los ideales de "un almacén de lo especial, lo atesorado, lo respetado, lo reverenciado, lo protegido y lo celebrado"[25]. Habilita a las comunidades para negociar la manera de presentar sus propias historias en un contexto inmediato. El hecho que el santuario sea propiedad de la comunidad hace que se convierta en eje del cuidado local de las colecciones de la cultura material y de un abanico de actividades afirmativas culturalmente conexas, entre ellas de educación y turismo patrimonial. La facilidad de acceso a los santuarios contrasta con lo que sucede en los principales museos públicos, que a menudo están administrados por burocracias que intimidan a los aldeanos y situados a distancias que

exigen tiempo y dinero para visitarlos. Por tratarse de instituciones pequeñas, fomentan un sentimiento de adhesión a ellas de las personas interesadas por lo que albergan, en lugar de constituir una esfera exclusiva de los especialistas profesionales.

El santuario constituye un modelo alternativo a los extremos encarnados por el museo en tanto que institución académica y especializada o en tanto que parque temático popular. Tiene pertinencia lo mismo para Indonesia oriental y Timor-Leste que para los indígenas de Australia septentrional. En el curso de la historia, las pérdidas culturales padecidas por el archipiélago indonesio oriental se han producido en proporción similar a la expansión de las principales colecciones de ultramar alejadísimas de las personas a las que esos objetos más importan. La doctrina universal de la UNESCO de que el patrimonio cultural "pertenece a toda la humanidad"[26] sigue vigente hoy día, pero las concepciones de la propiedad responsable están cambiando a tenor de nuestra comprensión de las culturas y de los objetos. Cada vez más, los museos buscan las apreciaciones y la experiencia propias de los indígenas y se esfuerzan en superar las fronteras nacionales para idear maneras más significativas de conservar el patrimonio para las personas para las que más sentido tiene. La institución del santuario puede ser una solución.

El autor desea dar las gracias a sus muchos amigos de Biboki (Timor Centroseptentrional) empeñados en preservar las tradiciones culturales de Biboki y que han inspirado este artículo, así como a la Dra. Jeannie Devitt y a la Sra. Alison Gray por la ayuda que le han prestado al prepararlo.

Notas

1. Desde finales de 1999, la UNESCO –en cooperación con el Banco Mundial, la Administración de Transición de las Naciones Unidas en Timor Oriental (UNTAET) y el Gobierno de Portugal– ha prestado asistencia técnica para la restauración de Uma Fakun, el edificio colonial portugués más antiguo de Dili, que debe albergar el Museo y Centro Cultural Nacional de Timor-Leste. Otros proyectos de la UNESCO consisten en actividades de formación para mejorar los conocimientos especializados del país y la restauración de viviendas tradicionales, Uma Luliks, en la zona de Fataluka de Timor-Leste, con apoyo financiero de diversos asociados y en colaboración con la Universidad de Melbourne, Australia.
   Las obras rescatadas del antiguo Museo de Timor Oriental, que resultó gravemente dañado y esquilmado, se expondrán en Uma Fakun cuando haya sido restaurada. Con ayuda del Museo Australiano de Darwin y de la Universidad de Melbourne, la UNESCO ha salvado y restaurado una colección única de 476 piezas integrada por estatuas de madera ancestrales, fragmentos de cerámicas neolíticas y porcelanas chinas. Se espera enriquecer en un futuro próximo la colección con artefactos timorenses desperdigados por otros países.

2. El Estado recién independizado de Timor-Leste (anteriormente, Timor Oriental), pasó a ser Estado Miembro de la UNESCO en la 32ª reunión de la Conferencia General de la Organización, en octubre de 2003.
3. C.C. McKnight, "Outback to Outback: The Indonesian Archipelago and Northern Australia", *Indonesia: Australian Perspectives*, Vol. I, Canberra, Australian National University, 1980.
4. E. Sedyawati, "Indonesia's Multicultural Setup", *Unlocking Museums: Proceedings of 4th National Conference of Museums Australia*, Darwin, Museums Australia Inc., 1997, pág. 57.
5. Todas las palabras en bastardillas son indonesio bahasa Indonesia salvo que se diga otra cosa.
6. Diversas publicaciones nacionales, por ejemplo *Previous Possessions, New Obligations* del Council of Australian Museum Associations (1993) y *Valuing Art, Respecting Cultural Protocols For Working With Australian Indigenous Arts* (2001) respaldan la potenciación en las regiones de la autonomía de los indígenas en el sector artístico.
7. D. McLear, "First Peoples. Museums and Citizenship", en T. Bennett, R. Trotter y D. McLear, *Museums and Citizenship*: *A Resource Book*, Brisbane, Memoirs of the Queensland Museum, Vol. 39, Parte 1, 1996, pág. 79.
8. J. Ave, "Museum and Culture", en S. Kartiwa, B. Jonson y T. Tazir, *Empowerment of Museums – Problems and Solutions*, Denpasar, 1999, pág. 9.
9. S. Kartiwa, "Philosophy of Unity in Diversity 'Bhineka Tunggal Ika' in the National Museum of Indonesia", *Unlocking Museums: Proceedings of 4th National Conference of Museums Australia*, Darwin, Museums Australia Inc., 1997, pág. 65.
10. A. Pereira, "East Timor: A Historic Record and Cultural Survival in the Diaspora", en *Bensaun Tubarei Metin: Firmly Gripping the Earth*, Fairfield: East Timor Cultural Centre Inc., 1997.
11. *Acquisitions Report* (inédito), East Timor State Museum, 1994, pág. 2.
12. Esta pérdida cultural ya se estaba produciendo en Timor Oriental a rápido ritmo durante el período portugués en el decenio de 1960. Véase Glover, I. 1968 "Pottery Making in Oralan Village, Portuguese Timor", *Australian Natural History* The Australian Museum. Vol. 16, Nº 3 septiembre de 1968.
13. *Informasi Museum Negeri Timor Timur*, Dili, folleto, n.d.
14. McLear, 1996, pág. 80.
15. *Journal of the Indian Archipelago*, Vol. II, Singapore, 1848 (Kraus Reprint Nedeln/Liechtenstein, 1970).
16. *B. Stehlik, "Herman Klaatsch and the Tiwi", en Aboriginal History, Vol. 10, Canberra, Australian National University, 1986, pág. 69.*
17. P. Dellios, "Museums in the Global 'kampun': Mixed Messages", en S. Kartiwa, B. Johnson, T. Tazir, *Empowerment of Museums – Problems and Solutions*, Denpasar, 1999, pág. 62.
18. En enero de 2000, dirigí el equipo del Museo y Galería de Arte del Territorio Septentrional que rescató lo que quedaba de la colección del Museo de Timor Oriental. Agradezco a Virgilio Smit (Dili) los datos que entonces me proporcionó sobre estas esculturas. Véase mi artículo "East Timor Museum: A Past and No Future?", *Art Asia Pacific*, Nº 30, 2000.
19. McLear, 1996, pág. 83.
20. Mary Gissing, Dili, 2002 (comunicación personal).
21. W. Jonas, "Museums Beyond Mabo", *Museum National*, Vol. 7, Nº. 1, Fitzroy, Museums Australia Inc., 1998, pág. 6.
22. McLear, 1996, pág. 101.
23. Véase Forshee, J., "Tracing Troubled Times: Objects of Value and Narratives of Loss from Sumba and Timor Islands", *Indonesia*, Vol. 74, octubre de 2002, Cornell Southeast Asia, 2002.
24. Ahoy, 1995, pág. 45.
25. S. Jenkins, *Keeping Culture: Aboriginal art to Keeping Places and Cultural centres*, Canberra, National Gallery of Australia, 2002, pág. 2.
26. M. Makagiansar, "The Work of UNESCO", en L. Prott y J. Sprecht (comps.), *Protection or Plunder: Safeguarding the Future of Our Cultural Heritage. Papers of the UNESCO Regional seminar on the Movable Cultural Property Convention, Brisbane*, Canberra, Australian Government Printing Office, 1989, pág. 9.

El Museo Nacional del Líbano de Beirut

por Joseph Phares y Joanne Farchakh

El profesor Joseph Phares es doctor en geografía y sociología por la Universidad de Estrasburgo. Ha continuado su formación en ciencias políticas y urbanismo para dedicarse al estudio del patrimonio del Líbano y del Mediterráneo. Antiguo Vice-presidente del ICOMOS, posee una gran experiencia en las cuestiones del patrimonio en circunstancias de conflictos armados. Co-fundador del Forum UNESCO-Universidad y Patrimonio en Valencia, del programa COPAM (Cooperación para la Protección del Patrimonio Arquitectónico Mediterráneo, en Nápoles), preside el comité del patrimonio de la UATI (Unión de Asociaciones Técnicas Internacionales). Actualmente está trabajando en la preparación del Museo del Patrimonio Rural de Ghouma, Líbano.

Joanne Farchakh es diplomada en arqueología del Medio Oriente y reportera para la revista Archéologia *sobre esa región. Trata actualmente el Iraq, la Siria, la Jordania y el Líbano.*

Noviembre de 1995. En el corazón de Beirut, un ruido ensordecedor de máquinas y perforadoras invade el ambiente del Museo Nacional del Líbano. Los arqueólogos, secundados por técnicos, se afanan en romper las carcasas de hormigón armado con el que se cubrieron los objetos antiguos. Los paneles caen. Los sarcófagos fenicios y romanos, las estatuas y los mosaicos –sepultados- salen indemnes de diecisiete años de guerra y olvido. Un milagro. Este edificio, en otro tiempo remanso de paz y de historia, ha sido durante estos largos años lugar de confrontación, escondite para los francotiradores y cuartel para los ejércitos y milicianos. El tejado está hundido, las ventanas han volado en las explosiones y los muros están agujereados por los obuses, dando una impresión de desolación total tras los múltiples incendios y saqueos. Se inicia entonces una campaña para la restauración del museo y de los objetos arqueológicos. *"Olvidar la guerra y los años de infortunio para renacer de las cenizas del pasado"*. Tal parece ser el lema del equipo del museo que ha aceptado el desafío.

Nueve años después, la misión está cumplida. El museo vuelve a desempeñar su función de guardián de la historia milenaria del país de los cedros.



El Museo Nacional de Beirut tras su restauración. © Joseph Pharès.

Vida y supervivencia del Museo Nacional de Beirut

En 1919, el comandante Raymond Weill, oficial del destacamento francés, recoge en un piso de Beirut algunas antigüedades encontradas en el suelo libanés. Este acto presagia el nacimiento del Museo Nacional de Beirut. En 1923, un comité fundador emprende una colecta de fondos para la edificación de un museo en una parcela de terreno situada en la calle Damas, cerca del hipódromo. Dos arquitectos, Antoine Nahas y Pierre Leprince Ringuet, someten el proyecto del museo a la comisión encargada y obtienen su aprobación. Pero las obras tardan en empezar. Hay que esperar al año 1930 para que se inicie la construcción del edificio. Siete años fueron necesarios para finalizar las obras y otros cinco para la constitución de las primeras colecciones.

El 27 de mayo de 1942, Alfred Naccache, Presidente de la República Libanesa, inaugura oficialmente el museo. Durante treinta y tres años, el Museo Nacional de Beirut ha ido acogiendo las obras de arte procedentes de las excavaciones de todos los rincones del país de los cedros, de todos los períodos. Bajo el pico de los arqueólogos, las grandes ciudades fenicias, romanas, bizantinas, mamelucas... fueron entregando sus secretos y el Museo Nacional se fue enriqueciendo con obras de arte únicas en el mundo. En el plazo de unos años, el Museo de Beirut se convirtió en uno de los más

importantes de Oriente Medio por el valor de las piezas exhibidas. Pero, como la felicidad nunca es duradera, el 13 de abril de 1975, a unos cien metros de la entrada del museo, estalla la guerra civil.

El país entero se hunde en la violencia y la muerte. Los combates se desarrollan alrededor del Museo Nacional, que cierra sus puertas al público. El emir Maurice Chehab, con la ayuda de su mujer y de algunos funcionarios, aprovecha las treguas para vaciar las vitrinas y esconder las obras de arte en los depósitos del sótano cuyo acceso fue tabicado y bloqueado. En el interior de las galerías, sacos de arena y capas de cemento recubren las piezas grandes, demasiado pesadas para su transporte.

Los meses pasan, y los años, y la violencia de los combates aumenta, la guerra parece eternizarse y no se vislumbra la paz. Una línea de separación llamada "el paso del museo" divide a la capital libanesa en dos: Beirut Este y Beirut Oeste. En solo unos meses, este remanso de paz y de historia, se convirtió en símbolo de muerte, injusticia y secuestros. Durante más de 17 años, la palabra museo fue sinónimo de peligro de muerte. Ante su fachada, cientos de personas fueron acribilladas por las balas y miles de mujeres, niños y ancianos esperaron durante horas un permiso de paso. El museo pasó a ser un puesto militar estratégico continuamente disputado por ejércitos y milicianos. Transformaron las galerías de arte en hogares y cuarteles y utilizaron las estatuas y mosaicos como puntos de mira.

Esos años de desgracia llegaron a su fin con el cese de los combates. En 1991, los empleados de la Dirección General de Antigüedades vuelven al Museo. Las huellas de la guerra son terribles. Los graffiti de los milicianos y sus hogueras han ennegrecido las paredes de las galerías. Los depósitos que contienen miles de obras de arte, reunidas durante más de cincuenta años, están sumergidos. Miles de objetos nadan desde hace más de diez años en las aguas subterráneas de la capa freática sobre la cual se construyó el museo. El equipo del laboratorio ha sido robado. Los inventarios y fichas se han quemado en el incendio; del prestigioso museo no queda más que un recuerdo para servir de modelo en la reconstrucción. Como así fue.

Entre 1995 y 2000, el museo se transforma en una colmena: dos equipos paralelos comparten la tarea de la restauración del edificio por un lado, y la de las colecciones arqueológicas, por otro. La restauración y rehabilitación del Museo Nacional de Beirut han sido posibles gracias a los esfuerzos conjuntos del Ministerio de Cultura, la Dirección General de Antigüedades y la Fundación Nacional del Patrimonio.

En noviembre de 1977, las puertas del museo se abren por unos meses al público, ansioso de olvidar la guerra y reconciliarse con el pasado, el presente y el futuro. En julio de 1998 y hasta octubre de 1999, el Museo Nacional de Beirut vuelve a cerrar sus puertas para finalizar las obras y acondicionarlo del mejor modo para la exhibición de los objetos según las normas de la museología moderna. Con un mínimo de medios disponibles, la realización es notable. El acceso se realiza por dos ascensores panorámicos hacia el exterior del edificio. El museo está ahora dotado de un sistema de iluminación y acústica, así como de un sistema de seguridad a la altura de sus colecciones. Las vitrinas están equipadas con unas lupas adaptables y móviles que aumentan el tamaño de las piezas expuestas. Atendiendo a las necesidades pedagógicas, en una sala se proyectan permanentemente videos que cuentan la historia del museo, de su resurrección y muestran la riqueza del patrimonio libanés. Una tienda-librería se abierto en el museo.

El museo y la historia del Líbano

Entre 2.500 y 5.000 personas visitan todos los meses el Museo Nacional de Beirut. De ellos, pocos se dan cuenta del impacto de la guerra en este edificio de arquitectura grandiosa. Se han tapado los miles de agujeros hechos por los obuses y se han curado las ‘heridas’ externas del edificio. De esta forma se han borrado de la historia del monumento diecisiete años de infortunio. En el interior, la nueva museología pone de relieve la belleza de cada pieza exhibida. La iluminación, discreta y de color suave, produce una impresión de serenidad y da un carácter solemne a las dos plantas del edificio. La planta baja está dedicada a piezas grandes (sarcófagos, estelas funerarias y grandes estatuas) mientras que el primer piso está dedicado a objetos de pequeño formato. Por imperativos técnicos, los responsables del museo han optado por una ordenación no cronológica de los objetos, lo que puede complicar la visita y exige al visitante deseoso de seguir la cronología histórica una serie de idas y venidas entre las dos plantas.

Las obras de arte expuestas en las galerías ofrecen el testimonio de toda la grandeza de las civilizaciones y los pueblos que han vivido en esta tierra del Líbano. La prehistoria (paleolítico y neolítico) está poco representada. Las escasas muestras de herramientas de piedra y piezas de cerámica expuestas dan al visitante una rápida impresión de la vida de los hombres en esta franja de tierra. Por el contrario, la edad de los metales ocupa bastante más espacio. Dado que el proceso de urbanización ha sido

una constante a lo largo del litoral libanés, los objetos procedentes de Byblos[1] ocupan de hecho un lugar privilegiado en la primera planta. Las excavaciones emprendidas por Maurice Dunand y Jean Lauffray en el decenio de 1930 y hasta el de 1960 han enriquecido las colecciones nacionales con varios miles de objetos funerarios y rituales, y el sarcófago de Ahiram sigue siendo la joya indiscutible de las colecciones del museo. La inscripción grabada en la tapa en caracteres fenicios constituye la primera escritura fonética del mundo.



Estatua sumeria que data de 2500 a.C., aproximadamente, robada en las salas de depósito del Museo Nacional del Iraq y devuelta por la oposición iraquí. © Joanne Farchakh

Los exvotos procedentes del templo de los obeliscos y llamados hoy con el término *fenicios* son de hecho figuritas con caras muy esquemáticas cubiertas con un casco o un peinado de forma cónica que recuerdan los de los campesinos libaneses de los tres últimos siglos. Para los historiadores de arte, estos objetos de la Edad de Bronce son actualmente unos de los más significativos de la civilización fenicia que debía gran parte de su riqueza al comercio con el Egipto faraónico.

En la historia del Líbano, la Edad de Hierro corresponde a la edad de oro de las ciudades fenicias. Estas ciudades fortificadas, independientes y rivales, fueron capaces, pese a las numerosas invasiones (babilonias, asirias, persas) y dominaciones extranjeras,

de preservar su desarrollo económico. Extendieron el comercio por todo el Mediterráneo y establecieron colonias en casi todo su litoral. Estas ciudades idénticas, diseminadas entre África y Europa, aseguraron la continuidad de la exportación de piezas de lujo y la importación de materias primas. La orfebrería, la joyería y la cerámica de esta época dan testimonio del refinamiento de este pueblo marinero. Unas pequeñas esculturas de mármol, llamadas los *bebés de Echmoun*, dan prueba del gran dominio que tenían los artesanos de estas ciudades en la talla del mármol. Se trata de ofrendas hechas por los reyes y las familias adineradas de Sidon al dios Echmoun. Durante la guerra, esta colección de esculturas fue robada de los depósitos del museo y vendida en Suiza. Las autoridades libanesas, advertidas a tiempo por el arqueólogo que las descubrió, pudieron aportar las pruebas de su origen y propiedad y fueron restituidas al museo de Beirut.

La colección de sarcófagos llamados antropoides de Sidón, mezcla de arte fenicio, egipcio y griego, es otro plato fuerte del museo. La forma humana del féretro sigue el modelo egipcio, mientras que la escultura, realizada por artistas locales, tiene influencia griega. La presentación al público de estas obras maestras del arte funerario en las salas rehabilitadas del sótano, reservada al dominio de los muertos, está prevista para el año 2004.

En la planta primera, se exhiben en una vitrina objetos destrozados por la guerra. Una amalgama de metales, marfil, vidrio y piedra es lo que queda del incendio de un depósito alcanzado por los bombardeos. Esta vitrina es un testimonio de su historia y de la del Líbano, igual que las obras maestras del museo. En la actualidad se exponen unas 1.300 obras de una colección de 100.000 piezas.

El museo se encuentra ante serios problemas

El último inventario de la colección del Museo Nacional de Beirut ha finalizado. Miles de piezas cuyas fichas se habían destruido o perdido durante la guerra están catalogadas de nuevo y pueden ponerse a disposición de los investigadores. No obstante, su estado de conservación es crítico y todo trabajo de restauración es difícil debido al cierre provisional del laboratorio de restauración de la Dirección General de Antigüedades. *"Las autoridades locales están tratando por el momento de rehabilitar los depósitos del museo para poner las piezas en un entorno estable y frenar su deterioro,* explica Suzy Hakimian, conservadora jefe del museo. Desgraciadamente, debido a las limitaciones

presupuestarias, el Estado libanés prohíbe a todas las administraciones públicas contratar personal: *"Solo somos tres arqueólogos a cargo del museo y los depósitos. No somos restauradores ni lo vamos a ser. La única 'salvación' posible tendría que venir de una nueva ley sobre las antigüedades que previera la creación de un ente público de museos nacionales independiente a semejanza de la Dirección General de Antigüedades. Si este proyecto de ley se hace realidad con los fondos presupuestarios adecuados, podremos crear laboratorios especializados, emprender nuevos proyectos para el museo, presentar solicitudes de fondos, elaborar y poner en marcha con regularidad actividades pedagógicas y culturales y responder a todas las exigencias que un museo debería garantizar"*.

Evidentemente, esta gestión puede dar sus frutos y, en el plazo de unos años, el museo estaría en condiciones de responder a todas sus aspiraciones. Pero atreverse a contar con el éxito de una operación semejante es arriesgado. El patrimonio no es una prioridad para el gobierno libanés, y son esencialmente las ONG locales e internacionales las que están apoyando en gran medida las iniciativas emprendidas en este sector. Como todo país que sale de una guerra y sufre una crisis económica, el Líbano depende de la colaboración extranjera y de los fondos adelantados por los países desarrollados.

Hoy las dos plantas del museo están totalmente acondicionadas, pero las obras no han finalizado. La rehabilitación del sótano, como hemos visto, está prevista para el año 2004. Hay que ampliar el espacio que rodea al museo y organizar actividades lúdicas, pedagógicas y culturales. La misión no está terminada. Se ha dado un paso de gigante, pero el camino es largo y la falta de medios retrasa las actuaciones.

Visitar el Museo de Beirut en la web: www.beirutnationalmuseum.com

Nota

1. Byblos o Jbeil es el sitio arqueológico fenicio por excelencia. Esta ciudad, situada a unos treinta kilómetros al norte de Beirut y descubierta por casualidad en el decenio de 1920, ha aportado muchos tesoros reales, funerarios y rituales y ha hecho posible el estudio de la civilización fenicia en su tierra de origen.

El Segundo Protocolo de la Convención de La Haya de 1954 y los avances del derecho humanitario internacional[1]

por Jan Hladik

Jan Hladik es Especialista de Programas de la Sección de Normas Internacionales de la División del Patrimonio Cultural de la UNESCO (París). En su condición de jurista, tiene a su cargo la puesta en práctica de la Convención de La Haya de 1954 para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado y de sus dos Protocolos de 1954 y 1999. Ha publicado varios artículos sobre la Convención de La Haya y otras cuestiones conexas en publicaciones periódicas especializadas.

Al final de la Guerra Fría y la desaparición de la bipolaridad han dado lugar a una recrudescencia de varios conflictos armados en el mundo, en los que se ha puesto de manifiesto una flagrante indiferencia hacia el derecho de los conflictos armados y una pérdida de respeto por la vida humana y el patrimonio cultural. En ellos se han manifestado asimismo diversas deficiencias en la aplicación de la Convención de La Haya de 1954 para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado. Ya en 1991, la Secretaría de la UNESCO inició, junto con varios Estados Partes en la Convención de La Haya, la revisión de este acuerdo, con los objetivos fundamentales de: adaptar la Convención de La Haya a la realidad de los conflictos armados contemporáneos, comprendidos los conflictos armados no internacionales; armonizar los acuerdos de 1954 (la Convención de La Haya y el "Primer" Protocolo) con otros instrumentos de derecho humanitario internacional promulgados desde 1954, como los dos Protocolos Adicionales de 1977 a los cuatro Convenios de Ginebra de 1949 o el Estatuto de 1998 de la Corte Penal Internacional; y mejorar determinados aspectos de la Convención de La Haya, como el régimen de protección especial, su sistema de vigilancia o las disposiciones penales para la represión de sus violaciones[2].

La revisión de la Convención de La Haya –que duró ocho años- dio lugar a la adopción del Segundo Protocolo[3] de la Convención de La Haya por una Conferencia

Diplomática, convocada por el Gobierno de los Países Bajos y la UNESCO en La Haya del 15 al 26 de marzo de 1999.

En comparación con la Convención de La Haya original, el Segundo Protocolo representa un avance considerable en cuanto al grado de protección recogido en la Convención, gracias a las mejoras que a continuación se exponen.

Medidas preparatorias en tiempos de paz

Según la Convención de La Haya, la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado no se inicia cuando estallan realmente las hostilidades, sino mucho antes, en tiempos de paz, mediante la adopción y la adecuada puesta en práctica de medidas preparatorias frente a los efectos previsibles de un conflicto armado. Ahora bien, la Convención de La Haya no define esas medidas en su Artículo 3, dejando su determinación y posterior aplicación a la discreción de los Estados Partes. El Segundo Protocolo corrige esta omisión en su Artículo 5, pidiendo que se adopten las medidas siguientes: preparación de inventarios, planificación de medidas de emergencia para la protección contra incendios o el derrumbamiento de estructuras, preparación del traslado de bienes culturales muebles o el suministro de una protección adecuada *in situ* de esos bienes y designación de autoridades competentes que se responsabilicen de la salvaguardia de los bienes culturales. La puesta en práctica concreta de las medidas preparatorias dependerá de las estructuras administrativas, los recursos financieros y de otra índole, la política cultural y, en último lugar, pero sin que tenga menos importancia, la doctrina de defensa nacional de cada Estado Parte. Esas medidas pueden ser un arma sumamente eficaz contra el robo de objetos artísticos no sólo en caso de conflicto armado, sino también de catástrofe natural como inundaciones o terremotos. Por ejemplo, la experiencia de las inundaciones habidas en Alemania y la República Checa en el verano de 2002 demostró, entre otras cosas, que sus consecuencias en los bienes culturales hubiesen sido mucho peores de no haberse aplicado medidas de salvaguarda.

La protección reforzada

El Segundo Protocolo instaura una nueva categoría de protección reforzada del patrimonio cultural de la mayor importancia para la humanidad. Los motivos de esta decisión se entienden más fácilmente si nos remitimos brevemente al régimen de

protección especial posible en el marco de la Convención de La Haya y a sus inconvenientes.

Al elaborar la Convención de La Haya en 1954, sus redactores se basaron en la premisa de que, además de los bienes culturales protegidos generalmente, debería haber otra categoría, definida muy estrictamente, de bienes culturales que habría que proteger en cualesquiera circunstancias, motivo por el cual instauraron el régimen de protección especial.

La Convención de La Haya prevé que se otorgue protección especial a tres categorías de bienes (véase el párrafo 1) del Artículo 8): refugios destinados a preservar los bienes culturales muebles en caso de conflicto armado; centros monumentales y otros bienes culturales inmuebles de importancia muy grande. La concesión de la protección especial está sujeta en lo fundamental a las condiciones siguientes: el Estado Parte territorial debe formular una demanda específica de concesión de esa protección al Director General de la UNESCO; el bien en cuestión debe encontrarse a suficiente distancia de un objetivo militar de hecho; no se puede utilizar para fines militares; y todos los Estados Partes deben estar de acuerdo en que se conceda esa protección. Es de especial importancia la condición mencionada en último lugar, porque significa que la concesión de la protección no es un derecho de ese Estado Parte que éste pueda decidir a su plena discreción. Antes bien, la falta de unanimidad -fundada en que cuatro Estados Partes no reconocían al Gobierno de Camboya de entonces- impidió que se otorgase protección especial a varios sitios camboyanos en 1972.

Una vez otorgada la protección especial a un bien cultural, se inscribe en el *Registro Internacional de Bienes Culturales bajo Protección Especial* en poder del Director General de la UNESCO. Hasta la fecha, se han inscrito en el Registro bienes culturales situados en tres Altas Partes Contratantes (Alemania, los Países Bajos y la Santa Sede) a petición de esos Estados (cuatro refugios y la totalidad del Estado de la Ciudad del Vaticano). Dos Estados (Austria y los Países Bajos) han retirado sendas inscripciones.

Al evaluar el régimen de protección especial, debe subrayarse que hasta ahora no ha desarrollado plenamente su potencial, habida cuenta de que sólo tres Estados Partes han obtenido la protección especial para cinco sitios y de que la última inscripción en el Registro tuvo lugar en 1978. Además de la condición rigurosa de la unanimidad, puede haber otros motivos por los que los Estados se abstengan de proponer la concesión de

protección especial a bienes culturales, por ejemplo, la imposibilidad de cumplir la condición de que se encuentren a suficiente distancia de un objetivo militar en los casos de los países densamente poblados, problemas técnicos en lo que hace a presentar propuestas o el temor a facilitar objetivos a posibles terroristas.

La Conferencia Diplomática de marzo de 1999 añadió al régimen de protección especial recogido en la Convención de La Haya un régimen sustancialmente nuevo de protección reforzada en el Capítulo III del Segundo Protocolo. Los bienes culturales que podrán ponerse bajo protección reforzada deberán: i) ser de la mayor importancia para la humanidad; ii) estar protegidos por medidas nacionales adecuadas, jurídicas y administrativas; y iii) no ser utilizados con fines militares o para proteger instalaciones militares. En cuanto a esta tercera condición, se debe formular la pertinente declaración. Se otorga la protección reforzada mediante la inclusión del bien cultural de que se trate en la *Lista de Bienes Culturales bajo Protección Reforzada.*

¿Cuáles son las diferencias de mayor importancia entre los regímenes de 1954 ("protección especial") y de 1999 ("protección reforzada")? Cabe resumirlas del modo siguiente: es más fácil cumplir las condiciones necesarias para obtener la protección reforzada que las precisas para la protección especial; concede la protección reforzada el *Comité para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado* (en adelante "el Comité"), un nuevo órgano encargado de supervisar la ejecución del Segundo Protocolo y, de hecho, la Convención de La Haya original; ya no se precisa unanimidad, ya que puede conceder la protección reforzada una mayoría de cuatro quintas partes de los miembros del Comité, lo que facilitará el otorgamiento de esa protección.

La protección de los bienes culturales en caso de conflictos armados no internacionales

El Segundo Protocolo tiene asimismo por objeto mejorar sustancialmente la protección de los bienes culturales en los casos, cada vez más frecuentes, de conflictos armados no internacionales: dispone en el párrafo 1 de su Artículo 22 que se aplicará en caso de conflicto armado que no tenga carácter internacional y que se haya producido en el territorio de una de las Partes, lo cual constituye una mejora con respecto al párrafo 1 del Artículo 19 de la Convención de La Haya original, que se refiere a la misma cuestión y que sólo exige de las Partes en el conflicto armado no internacional "aplicar,

como mínimo, las disposiciones de esa Convención, relativas al respeto de los bienes culturales".

Cabe legítimamente formular la pregunta siguiente: ¿cuál es el ámbito de aplicación del párrafo 1 del Artículo 19 de la Convención de la Haya? ¿Abarca únicamente lo dispuesto en el Artículo 4 de la Convención de La Haya, es decir, la prohibición de cualquier acto de robo, de pillaje, de ocultación o apropiación de bienes culturales o, hablando más generalmente, de todos los actos de vandalismo perpetrados sobre bienes culturales? El profesor Toman, en su autorizado comentario artículo por artículo de la Convención, se inclina por una interpretación más lata del párrafo 1 del Artículo 19 de la Convención de La Haya que va más allá del ámbito abarcado por el mencionado Artículo 4 y se extiende a otras cuestiones como la difusión de las disposiciones de la Convención de La Haya o las sanciones penales por infracciones contra la integridad de los bienes culturales[4].

La intención de los redactores del Segundo Protocolo de aplicar plenamente este acuerdo a los conflictos armados no internacionales remite, por lo que se refiere a las obligaciones, únicamente a los Estados Partes, por su condición capaces –y obligados a hacerlo- de aplicar disposiciones como las referentes a la designación de bienes culturales para protección reforzada o a materias jurisdiccionales o institucionales, descartando con ello a otros agentes no estatales a los que no obliga esa aplicación.

Sanciones por delitos contra los bienes culturales

Para sancionar los delitos contra los bienes culturales, el Artículo 28 de la Convención de La Haya obliga a los Estados Partes a "dentro del marco de su sistema de derecho penal, tomar todas las medidas necesarias para descubrir y castigar con sanciones penales o disciplinarias a las personas, cualquiera que sea su nacionalidad, que hubieren cometido u ordenado que se cometiera una infracción de la presente Convención". Ahora bien, esta cláusula, de carácter muy general, no da ejemplo alguno de esas infracciones ni se ocupa de cuestiones de procedimiento como la asistencia jurídica recíproca, motivo por el cual el Segundo Protocolo desarrolla los aspectos penales de la protección de los bienes culturales en su Capítulo IV, estableciendo una categoría de delitos particularmente peligrosos denominado "violaciones graves", definiendo otros delitos y tratando pormenorizadamente otras cuestiones de procedimiento como la extradición o la asistencia jurídica recíproca.

El nuevo órgano supervisor

Una de las aportaciones más importantes del Segundo Protocolo a la mejora de la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado consiste en el establecimiento del *Comité para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado*, de carácter intergubernamental e integrado por doce miembros[5], cuyas funciones esenciales cabe resumir del modo siguiente: conceder, suspender o suprimir la protección reforzada; prestar asistencia para identificar los bienes culturales bajo protección reforzada; supervisar la aplicación del Segundo Protocolo[6] y examinar y distribuir asistencia internacional y la utilización del Fondo para la Protección de Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado.

El Comité cooperará con organizaciones internacionales y nacionales, gubernamentales y no gubernamentales, que tengan objetivos similares a los de la Convención de La Haya y sus dos Protocolos, como el Comité Internacional del Escudo Azul (ICBS)[7], el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y el Centro Internacional del Estudios de Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM).

El segundo Protocolo y los avances del derecho humanitario internacional

La contribución de mayor importancia del Segundo Protocolo al desarrollo gradual del derecho humanitario internacional comprende en lo fundamental, a mi juicio, dos aspectos: el desarrollo ulterior de disposiciones penales que sancionan las infracciones perpetradas contra bines culturales estableciendo nuevas categorías de delitos contra los bienes culturales y creando una base jurídica para la cooperación entre los Estados en el reforzamiento de las sanciones contra quienes cometan esos actos; y el establecimiento de un marco institucional para supervisar la aplicación del Segundo Protocolo y, de hecho, la Convención de La Haya original.

Conclusiones

A modo de conclusión de lo dicho acerca del Segundo Protocolo, debe observarse que este acuerdo complementa la Convención de La Haya y el Primer Protocolo y que no los sustituye en modo alguno. La Convención de La Haya original y el Primer Protocolo están todavía abiertos a su ratificación, adhesión y sucesión y seguirán proporcionando una valiosa protección de primer nivel a los países que no deseen o no puedan pasar a ser Partes en el Segundo Protocolo. La entrada en vigor del Segundo Protocolo[8]

facilitará un nivel de protección mayor a las Partes que lo deseen. Debe señalarse, por último, que únicamente los Estados Partes en la Convención de La Haya pueden serlo en el Segundo Protocolo.

La elaboración y la adopción del Segundo Protocolo refleja la determinación de la comunidad internacional de evitar que se reproduzcan hechos tristes -como los sucedidos en Sarajevo y con el puente de Mostar- estableciendo nuevas normas jurídicas de protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado. Por esta razón, es necesario dar a conocer este acuerdo y fomentar su ratificación, aceptación, aprobación o adhesión al mismo lo más amplias posibles a fin de acelerar su entrada en vigor. Aunque sería una equivocación creer que, por sí solo, este acuerdo podrá garantizar que en futuros conflictos armados no se destruya ningún bien cultural, el Segundo Protocolo reforzará sin duda alguna la protección de esos bienes.



El Puente de Mostar, en Bosnia, destruido durante el conflicto, fue restaurado por la UNESCO y el Banco Mundial, convirtiéndose en un factor de reconciliación nacional. © Bernard Béné

|Notas

1. El presente artículo se basa en mi artículo titulado "Diplomatic Conference on the Second Protocol to the Hague Convention for the Protection of Cultural Property in the Event of Armed Conflict, The Hague, Netherlands (*March 15 – 26, 1999*)", *International Journal of Cultural Property*, Vol. 8, Nº 2, 1999, págs. 526-529.

2. En este artículo, por haber sido escrito teniendo presentes sobre todo a profesionales de la protección del patrimonio cultural, omitimos las materias sumamente técnicas y jurídicas que plantea el Segundo Protocolo.
3. Se puede consultar en línea toda la información referente a las actividades de la UNESCO sobre la aplicación de la Convención de La Haya y sus dos Protocolos en http://www.unesco.org/culture/legalprotection/war/html_eng/index_en.shtml.
4. Jiří Toman, *The Protection of Cultural Property in the Event of Armed Conflict. Commentary on the Convention for the Protection of Cultural Property in the Event of Armed Conflict and its Protocol, signed on 14 May 1954 in The Hague, and on other instruments of international law concerning such protection*, Dartmouth Publishing Company/UNESCO, 1996, págs. 213-215.
5. En la Convención de La Haya original no se prevé la creación de un órgano de supervisión específico. El sistema de control de la misma se basa en tres elementos: los representantes de los Estados Partes que intervienen en un conflicto, las Potencias Protectoras y los Comisarios Generales de Bienes Culturales designados ante las partes en el conflicto por la Parte ante la que estarán acreditados y las Potencias Protectoras en nombre de las Partes en conflicto. Les presta asistencia la Secretaría de la UNESCO. Al igual que el sistema de las Potencias Protectoras, el de los Comisarios Generales sólo se ha aplicado una vez desde que se adoptó la Convención, en el seguimiento del conflicto de Oriente Medio de 1967. La inexistencia de un órgano de supervisión fue uno de los principales motivos por los que se revisó la Convención de La Haya.
6. Es muy probable que la práctica del Comité amplíe la supervisión de determinados aspectos de la aplicación de la Convención de La Haya, como la asistencia técnica que presta la Secretaría.
7. El Comité Internacional del Escudo Azul es una organización coordinadora creada en 1996 por representantes del Consejo Internacional de Archivos (CIA), el Consejo Internacional de Museos (ICOM) el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) y la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas (IFLA). Su misión principal consiste en coordinar las actividades de expertos y dar a conocer la Convención de La Haya, el Primer Protocolo y el Segundo Protocolo. Las palabras “Escudo Azul” que figuran en el nombre de esta nueva organización se refieren al emblema de la Convención de La Haya que se utiliza para designar bienes culturales. Si se desea más información acerca de la función del ICBS en la protección de los bienes culturales en el curso de hostilidades, consúltese J. Hladík, “Protection of cultural heritage during hostilities”, *Museum Internacional*, Nº 3, julio-septiembre de 2001, págs. 65 y 66.
8. Para que entre en vigor el Segundo Protocolo, hace falta que se depositen ante el Director General de la UNESCO 20 instrumentos de ratificación, aceptación, aprobación o adhesión. Al 31 de julio de 2003, 16 Estados habían ratificado el Segundo Protocolo o se habían adherido a él. Así pues, hace falta que se depositen cuatro instrumentos más de ratificación, aceptación, aprobación o adhesión ante el Director General de la UNESCO para que entre en vigor, y empiece a funcionar el Comité y se active el sistema de protección reforzada.

Imagen y patrimonio en Afganistán

Por Reza

Oriundo de Tabriz, en Irán, donde nació en 1952, Reza Deghati se graduó de arquitecto pero ha alcanzado fama mundial como reportero gráfico. Desde 1990 trabaja para la revista National Geographic y en el desempeño de sus funciones de fotógrafo ha recorrido el mundo, del Bósforo a la Gran Muralla de China, de Filipinas al Asia Central, de Líbano a Afganistán y de Rwanda a Sarajevo.

Más allá de su compromiso como ser humano y periodista, Reza nos ofrece una visión poética del mundo. Entre otros títulos, ha publicado recientemente Destins Croisés, en 2003, Eternités Afghanes, coeditado por Editions du Chêne y la UNESCO, y Le pinceau de Bouddha, en 2002. Por invitación del Senado de la República Francesa, realizó su última exposición, Destins Croisés, sobre la verja del Jardín de Luxemburgo, en París, de mayo a septiembre de 2003.

"La luna llena ilumina el acantilado de color beige, como un enorme proyector sobre un escenario cinematográfico.

Sobre el muro anfractuoso, esa iluminación natural revela, en un efecto sutil de luz y sombra, centenares de cuevas. Algunas de ellas están habitadas y en su interior también hay luz.

La mirada se queda prendida de una enorme concavidad que parece cortar en dos el acantilado: una grieta inmensa, que simula la sombra de un gigante proyectada desde el suelo.

El gigante permanece irremediablemente invisible, pero podemos ver su sombra. Uno recuerda entonces el mito platónico de la caverna.

Es el 12 de septiembre y estamos en Bamiyán, ante las estatuas de Buda.

Va a tener lugar otro acontecimiento histórico. Cientos de vecinos de Bamiyán y de las aldeas de los alrededores y otros, llegados de sitios aún más lejanos, están reunidos frente a una pantalla gigante de 3 x 5 metros, colocada delante del acantilado.

Un proyector y cuatro potentes altavoces van a proporcionarles a los espectadores un momento cumbre de su historia personal.



Proyección de una película en el valle de Bamiyán. © Reza

Se va a proyectar una película sobre el patrimonio cultural y los monumentos históricos de Afganistán: Mazar, Herat, Gazni... Sitios que muchos de los presentes tan sólo conocen de oídas.

En breves momentos, esas huellas de la historia van a cobrar forma y a convertirse en realidades para los afganos presentes.

En breve, algunos nombres célebres pero abstractos van a salir de una cajita mágica para cruzar el aire polvoriento en haces de luz ondulantes, hasta llegar a la pantalla.

Muchos de los espectadores presencian por vez primera este acontecimiento audiovisual.

En lo que a mí respecta, yo observo los rostros, las miradas. Examino detenidamente a los niños sentados en primera fila que, por fin, van a descubrir su país, absortos por esas imágenes que llevarán para siempre grabadas en la memoria.

De repente, el silencio invade la llanura y el acantilado. Los espectadores, niños y adultos, afganos y extranjeros, se quedan sobrecogidos y como paralizados.

En el curso de ese paseo mágico por un país rico en historia, surge la Bamiyán de antes, tal como figura en las imágenes de archivo. Las estatuas, hoy destruidas, aparecen en la pantalla y el tiempo parece suspendido, como por ensalmo.

El ambiente está cargado de emoción. Se oye un suspiro, como un murmullo que surgiera de la multitud conmovida, y el acantilado que se alza delante parece repetir el eco de una queja que habla de heridas, penas y nostalgias.

Ese eco, a guisa de respuesta, viene dirigido a nosotros. Es un grito común, universal, mientras imaginamos a ese hombre invisible escondido en su propia sombra."

Este trabajo forma parte del proyecto "Campaña de cine itinerante educativo", una de las iniciativas de la ONG Aina[1]. Ocho unidades móviles recorren el país, desde las aldeas más remotas a las ciudades más importantes, llevando consigo películas didácticas, todas escritas, interpretadas y dirigidas por afganos.

Los conocimientos difundidos gracias a estos filmes y a la educación visual señalan el inicio de una nueva era y auguran un porvenir que ha de construirse respetando el pasado. En las condiciones actuales, la imagen es el medio más eficaz de poner en práctica cualquier modalidad de educación o comunicación en Afganistán.

Kabul, septiembre de 2003.

|Nota

1. La organización no gubernamental Aina trabaja para extender y consolidar la democracia en Afganistán, mediante el desarrollo de los medios de comunicación y de expresión cultural. Si desea información adicional al respecto, consulte el sitio Web www.ainaworld.org y las informaciones disponibles sobre proyectos de imagen y sonido.

Conocimiento y salvaguardia del patrimonio afgano: el papel del Museo Guimet

por Pierre Cambon

Pierre Cambon ha sido director, a cargo el la colección afgana y la sección coreana, en el Musée Guimet desde 1982. Él era el coordinador de la exposición "Route de la Soie de les Collections du Musée Guimet à Paris, Chefs-d'oeuvres de la sculpture bouddhique sur la "Route de la Soie", *llevada a cabo en el museo de Idemitsi en Tokio, 1996, y la exposición* "Afganistán une histoire au-delà du temps", *sostenido en Barcelona, a Fundación catalana La Caixa, y en París, al Musée Guimet, en el 2001/2002. Como consultor de la UNESCO, él emprendió una misión a Kabul en 1995 y a la república popular democrática de Corea en 1999/2000.*

Los acuerdos concertados en 1922 a petición del rey Amanullah entre Afganistán y Francia hicieron del Museo nacional de arte asiático Guimet un museo hermanado con el Museo nacional de Kabul, hermanamiento plasmado en las colecciones afganas del periodo preislámico del Museo Guimet. El acuerdo entre ambos países comprendía la creación de la DAFA (delegación arqueológica francesa en Afganistán), con lo que la arqueología en Afganistán se convirtió en una labor conjunta, puramente franco-afgana, durante unos 30 años. En dicho acuerdo se contemplaba también una distribución de los hallazgos, que irían ya sea al Museo Guimet en París, ya sea al de Kabul -reservándose a la parte afgana los hallazgos realmente excepcionales. Al negociarse el acuerdo en los años cincuenta se suprimió la cláusula de exclusividad, pero se confirmó la que se refiere a la distribución (que se efectuó al llevarse a cabo las excavaciones del yacimiento de Surkh Kotal, aun cuando no se aplicara a los resultados de las excavaciones de Ai Khanoum porque los franceses desearon que así fuera).

Las colecciones afganas del Museo Guimet de París son pues como un complemento de las del Museo de Kabul y corresponden al programa de excavaciones iniciado en gran medida por Alfred Foucher, fundador de la DAFA, en estrecha colaboración con sus asociados afganos. Puede encontrarse un testimonio directo de la historia de las excavaciones en los archivos fotográficos conservados en París, que se refieren tanto a las piezas del Museo de Kabul como a las del Museo Guimet de París.

Joseph Hackin se encargaba, en los años treinta, tanto de la dirección del Museo Guimet como de las actividades de la delegación francesa sobre el terreno. Los grandes descubrimientos arqueológicos efectuados en Afganistán en los años 1920, 1930 o 1950 se han visto pues, de hecho, distribuidos entre ambos museos: la escuela greco-afgana de estucos de Hadda, el tesoro de Begram y sus marfiles indios, o la acrópolis dinástica del sitio de Surkh Kotal de la época de los grandes kushana (siglos I-III), y hasta, por lo que respecta a la Edad del Bronce, los descubrimientos del sitio de Mundigak no lejos de Kandahar, que muestran lo que era ya la originalidad del Afganistán en los albores de la historia.

La renovación del Museo Guimet en París en enero de 2001 permitió que se reestructuraran las salas dedicadas al Afganistán y se procediera a una reconstitución de los distintos conjuntos monumentales o arquitectónicos presentados en las salas. Con ese trabajo se intentaba -aun cuando la intervención directa sobre el terreno fuera imposible- preservar la memoria de una aventura común entre el Museo de Kabul y el Museo Guimet. Se ha realizado asimismo un programa de restauración sistemática de los marfiles y vidrios de Begram, que en su mayor parte seguían estando en el mismo estado en que se encontraban cuando fueron descubiertos en 1937 (o 1939), o bien de los bronces; se restauraron también los estucos y los objetos de caliza del sitio de Hadda, así como los de Surkh Kotal. Ironía de la historia, esta labor de restauración finalizó unos meses apenas antes de que el Museo de Kabul pasara a ser un rehén, en marzo de 2001. Mientras que se valorizaban las colecciones parisinas, las de Kabul parecieron en aquel momento definitivamente perdidas. Tras una historia común, y haberse albergado un momento la esperanza de volver a estudiar los resultados de las excavaciones de la DAFA mediante la colaboración entre ambos museos, cada institución pareció entonces seguir un camino opuesto. Situación tristemente irónica, que parecía poner de relieve la vanidad de los esfuerzos anteriores.

Y sin embargo, durante esos años noventa en los que el Afganistán se hundió en la guerra civil y las colecciones del Museo nacional fueron en gran medida saqueadas, el Museo Guimet reaccionó e intentó intervenir.

Los vínculos especiales que nuestro museo mantuvo antaño con el Museo de Kabul, y la experiencia adquirida durante su renovación, hicieron que el que esto escribe fuera enviado a Kabul por el Centro del Patrimonio Mundial en junio de 1995, bajo la autoridad de la Sra. Minja Yang. Nuestra misión tenía como objetivo hacer un

balance, ver cuál era la situación del Museo de Kabul, que sufrió mucho durante los combates del invierno anterior, en los que parte de la ciudad quedó destrozada, al oponerse distintas facciones de ex mujaidines que luchaban por el poder. Queríamos pues, en un contexto en el que todo eran rumores o intentos de desinformación, tener una idea lo más clara posible de lo que era la situación local para poder determinar cuanto antes medidas muy concretas y, en colaboración con las autoridades de Kabul, salvar todo lo que pudiéramos de lo que quedaba del Museo nacional. Esta misión, en la que se aprovechó un alto el fuego, se hizo en condiciones de emergencia; era el preludio de la segunda misión, en septiembre, en la que se intentó establecer en un mes un inventario numérico de las colecciones que quedaban, con la ayuda de los colaboradores del Instituto afgano de arqueología y del museo. Con la ayuda de un fotógrafo, el Sr. Marco Lavelli, y del Sr. Zemaryalaï Tarzi, antiguo director del Instituto afgano de arqueología, esta segunda misión vio cómo acababa bruscamente su recorrido en Islamabad, en vísperas de que saliéramos hacia Kabul... Los talibán acababan de entrar en Herat.

Pese a las solicitudes que reiteradamente presentó el Centro del Patrimonio Mundial durante los meses siguientes a fin de obtener las autorizaciones necesarias, la segunda misión nunca pudo realizarse... La prioridad era ahora humanitaria, y toda operación cultural fue suspendida, tras recibirse consignas de las Naciones Unidas... En septiembre de 1996 los talibán entraron en Kabul y el capítulo que empezó entonces parecía ser enteramente nuevo, puesto que el poder de los que ahora ocupaban la capital afgana no había sido reconocido por la comunidad internacional, ni por lo tanto por las Naciones Unidas.

Durante esos “años terribles”, el Museo Guimet, una vez más, siempre estuvo dispuesto a actuar en cuanto se le presentó la ocasión. La historia, los vínculos establecidos con el Museo de Kabul, hicieron que estuviera dispuesto a recibir como depósito, y de modo temporal, con el acuerdo de las correspondientes autoridades (el Ministerio de Cultura y la Dirección de los Museos de Francia), e informando claro está a la UNESCO, las piezas del Museo de Kabul que pudo recuperar la SPACH (Society for the Preservation of Afghanistan’s Cultural Heritage) en Peshawar en 1997, y después en Londres en 1999, y que le fueron entregadas por el Sr. Pierre Lafrance, antiguo embajador de Francia. Se trató en el primer caso de dos *emblemata* de yeso y de dos marfiles, procedentes del tesoro de Begram (los *emblemata* llegaron en pedazos,

pero sin que faltara nada); en el segundo caso, de fragmentos o restos de marfil que procedían también del tesoro de Begram. Se hizo pues lo mismo que ya se había hecho durante la guerra en Camboya, cuando se decidió albergar algunas piezas del museo de Pnom Penh en espera de que la situación llegara a estabilizarse.

La otra iniciativa del Museo Guimet consistió en reaccionar de inmediato cuando estalló la crisis de los Budas de Bamiyán en marzo de 2001: en plena crisis, el museo organizó una exposición sobre el patrimonio de Afganistán, en colaboración con la Fundación catalana La Caixa, a partir de una idea del Sr. Luis Monreal, director de la Fundación en aquella época, que la propuso aunque eso supusiera un trastorno para todo lo que ya se había programado. Queríamos que se comprendiera lo que estaba en juego en esa crisis que estalló ante medios de comunicación que apenas daban crédito a lo que veían y de periodistas del mundo entero. En un contexto de guerra, de manipulación y de confusión general -acrecentada por los rumores sobre lo ocurrido en el Museo de Kabul-, el objetivo de esta exposición, de la que acepté ser comisario para la Fundación catalana La Caixa, era tomar algo de altura y presentar lo que estaba en juego. Queríamos mostrar que había un patrimonio afgano o, más exactamente, que si se exploraban las fronteras de ese territorio que se convirtió en reino en 1747, podía verse que tenía una identidad propia indiscutible desde las épocas más lejanas (la Edad del Bronce) hasta los periodos más recientes (budistas o islámicos), que se trataba de un mundo situado entre la India e Irán que no se confundía con ninguno de estos países y que comunica con las estepas... La exposición nos permitió también presentar algunas de las piezas salvadas del Museo de Kabul, tanto en París como en Tokio (con la Fundación Hirayama).

Cuando la exposición se celebró en París (en febrero de 2002), seis meses después de la primera etapa en Barcelona (octubre de 2001), las autoridades del gobierno provisional del Afganistán, y en particular el Sr. Hamid Karzai, que la inauguró en compañía del Sr. Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa, manifestaron su agradecimiento, por tratarse de un planteamiento en el que, por vez primera, no se hablaba del Afganistán solamente para hablar de guerra, de dramas humanitarios o de terrorismo, sino que se reconocían debidamente su dimensión cultural y su identidad. Por fin se planteaba la cuestión en el terreno de la cultura, de la civilización o de la identidad –cuestión central ésta en todos los conflictos que ha vivido el Afganistán desde los años ochenta.

La exposición pudo organizarse durante seis meses en Barcelona, y de nuevo otros seis meses en París, siendo presentada medio año más tarde en Tokio, en la Universidad Nacional de Bellas Artes y Música (y, de nuevo, en el museo de Bellas Artes de Houston, apenas seis meses después). Pese a los imperativos que supuso respetar semejante calendario, pudimos estar a la altura de las circunstancias porque el Museo Guimet compartía con el Museo de Kabul aquellas colecciones fruto de las excavaciones de la DAFA de los años veinte hasta los años cincuenta. Y todo fue también posible porque se benefició de una colaboración inmediata tanto del Museo de arte indio de Berlín como del Museo de la Universidad Harvard (colección Sackler) -pero también del Ermitage, sin olvidar, en París, la Biblioteca Nacional de Francia, el Museo de Historia Natural o el Musée de l'Homme. Ante circunstancias tan excepcionales, otros coleccionistas privados aportaron también inmediatamente su contribución: la colección Ortiz, la colección Malraux, y otros que prefirieron no dar su nombre.

El homenaje al Museo de Kabul se transformó pues en una especie de museo virtual, de museo imaginario, reconstituido durante el tiempo que duró la exposición... Se mostraba así que la exposición, que era en cierto modo una reacción un tanto original ante lo que estaba ocurriendo, tenía un sentido cultural, político y humano, pese a su carácter por lo demás muy clásico, y reconocido como tal, ya se tratara de la exposición de Barcelona, que se realizó cuando la guerra en el Afganistán estaba a punto de estallar, o de la de París, que se inauguró cuando empezaba la reconstrucción. Se trató de un testimonio y de una voluntad de participar en ese momento histórico, con la participación del Museo nacional de Kabul, que envió algunas piezas a la exposición de Tokio.

No hay que olvidar, en efecto, que ese patrimonio no era sólo asunto que interesara a expertos o especialistas: fue, ante todo, una preocupación afgana. El rey Amanullah se dirigió espontáneamente hacia Francia, con un objetivo claro, esto es, la modernización de su reino y la exaltación de su identidad, arrastrado, como lo dijo Foucher con hermosas palabras, por el "contagio de la simpatía" ante las realizaciones francesas en el Cercano Oriente o en Persia. El juego de la política y la diplomacia hizo que las investigaciones arqueológicas se convirtieran durante un cierto tiempo en una aventura franco-afgana, antes de internacionalizarse en los años sesenta. Correspondía pues al Museo Guimet -aunque sitúe hoy en día su acción en un marco multilateral, en

el que la UNESCO desempeña un papel esencial- plantear de nuevo, en un periodo de crisis como éste, la cuestión del patrimonio con toda su amplitud, volviendo a señalar cuál es el marco, pero también el sentido, de esta aventura: en una palabra, reanudar esa relación bilateral que encontramos en los inicios de esta historia.

En 2002 se enviaron pues dos misiones al Afganistán, encabezadas por el Sr. Jean-François Jarrige, director del museo. Una de ellas, patrocinada por el Ministerio francés de Asuntos Exteriores, a fin de volver a establecer relaciones con los responsables afganos y restablecer una cooperación entre ambos países en el campo de la arqueología y los museos; y otra misión, por encargo de la UNESCO, a fin de participar en un seminario sobre la rehabilitación del patrimonio afgano, organizado en colaboración con el Ministerio de Cultura del gobierno provisional del Afganistán, a fin de que la intervención francesa se llevara a cabo en coordinación con lo que se hiciera en el marco de la ayuda internacional.

Esas misiones nos permitieron volver a visitar el Museo de Kabul, pero también ir a Bamiyán y a Balkh. Permitieron asimismo establecer de nuevo contactos con el Sr. Omar Khan Massoudy, director del Museo nacional, y con el Sr. Wasey Feroozi, director del Instituto arqueológico afgano, con quienes ya tuve la posibilidad de discutir durante aquel verano de 1995 en el que parecía que todo iba a volver a su cauce. En esta primera misión pudimos proporcionar al museo un grupo electrógeno, que necesitaba desde la época de mi primera visita... Las misiones tuvieron resultados muy concretos, ya que, gracias a la ayuda del Ministerio de Asuntos Exteriores, se pudo crear una nueva DAFA en Kabul, siendo nombrado su director, el Sr. Roland Besenval, en otoño de ese mismo año; permitieron asimismo establecer un programa de cooperación en el ámbito de la restauración, gracias a una consignación excepcional proporcionada por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se decidió también enviar en misión a dos restauradores para que el taller del Museo de Kabul pudiera volver a funcionar de nuevo, encargándome yo mismo de la puesta en práctica en mayo de 2003.

Un año antes, en un seminario celebrado en mayo de 2002, se presentaron las colecciones que el equipo del Museo nacional de Kabul había conseguido salvar, comprobándose que pese a los acontecimientos había podido conservarse un fondo importante (pinturas de Kakrak, modelados del Fondukistan o de Tapa Sardar). Se presentaron también los restos de los objetos destruidos deliberadamente en marzo de 2001: las dos esculturas de Surkh Kotal que se encontraban a ambos lados de la escalera

del recibimiento del museo, el príncipe kushana y la estatua de Kanishka, destruidas a golpe de martillo. En dos baúles metálicos se conservaron los fragmentos de cada una de las estatuas, mientras que en otro baúl se mezclaron los restos de ambas, ya sólo escombros. El bodhisattva de Tapa Marendjan, que podía verse antaño en el recibimiento, fue también voluntariamente destrozado. En una caja podían verse los restos informes de lo que de ella quedaba.

De acuerdo con el director del museo, se decidió que la intervención en el taller en mayo de 2003 estaría dedicada a esas piezas martirizadas, que rendían testimonio de un vandalismo absurdo y que antaño fueron el orgullo del museo. En efecto, la estatua de Kanishka era un emblema de ese imperio kushana (siglos I-III) cuyo centro estuvo en el Afganistán, un imperio nómada que logró tratar en pie de igualdad con la China de los Han o la Roma del emperador Augusto. En cuanto al bodhisattva de Tapa Marendjan, era una ilustración de lo que fue el budismo del periodo greco-afgano, en el momento en que las poblaciones que ocuparon el sitio de Hadda produjeron sus mejores frutos. Se trataba, en ambos casos, de piezas encontradas durante las excavaciones de la DAFA. Una de ellas estaba hecha de caliza, y la otra con barro sin cocer; en ambos casos los destrozos parecían no tener remedio.

Para iniciar un programa de cooperación de modo concreto, se estimó que convenía enfrentarse con los peores casos y mostrar que, con paciencia, aprovechando la experiencia de la renovación del Museo Guimet en París, reuniendo los archivos disponibles, era posible, al menos en parte, recuperar lo que parecía no poder serlo. Se escogió para esa empresa a dos restauradores que habían trabajo en el programa de las salas de Afganistán en París: la Sra. Béatrice Beillard, especialista de las “artes del fuego”, la cerámica y el vidrio, pero también el estuco o el barro sin cocer, y el Sr. Daniel Ibled, especialista de la piedra. Queríamos aportar una experiencia que difícilmente podían tener los restauradores afganos tras diez años de guerra y de aislamiento, y mostrar que podían hacerse cargo del relevo. Queríamos por último lograr que el taller de Kabul pudiera volver a funcionar partiendo de bases sanas y autónomas, y ventilar los productos que habían sido conservados sin respetar a veces las reglas más elementales de seguridad.

Desde el punto de vista logístico, los medios eran escasos, y el local remozado gracias al British Museum no disponía ni de agua corriente. Sin embargo, los restauradores supieron adaptarse al contexto local y, con la ayuda de sus colegas

afganos, lograron al cabo de tres semanas obtener resultados con lo que parecía ser un rompecabezas sin solución alguna. Si bien es verdad que se necesitaría una semana más para dar los últimos toques (tapaduras y nuevo modelado cuando los golpes han hecho perder formas y materia), la primera misión ha mostrado hasta qué punto es útil asociar la formación y la cooperación a partir de un caso sumamente concreto –tanto más cuanto que el bodhisattva de Tapa Marendjan planteaba otros problemas, como el de las restauraciones de la época soviética (resina insuflada en el centro de la estatua en vez de barro, a fin de mantener la coherencia del conjunto). El programa que se iniciaba así debería seguir llevándose a cabo en otoño, con una segunda misión, encargándose la DAFA de la logística en Kabul. Está así plasmándose una intervención coherente, en un marco global, puesto que una misión italiana ha intervenido ya durante los meses de invierno para encargarse de las piezas de Tapa Sardar.

En el futuro, podrían ponerse a la disposición de los investigadores, y en particular de los responsables del Museo de Kabul, los resultados de la informatización de las colecciones parisinas y las correspondientes publicaciones, a fin de permitir que pueda realizarse un programa de colaboración más estrecha en el ámbito de la investigación, los intercambios y las exposiciones -si bien es verdad que el problema más apremiante, hoy en día, es el que plantean las excavaciones ilegales y el tráfico de falsificaciones.



En la entrada de la Masjid al-Jami (gran mezquita) modificada por los timúridas, puede verse la decoración gurí primitiva de la bóveda y la fachada. © Flemming Aalund

Más allá de Afganistán y el presente: un panorama histórico del patrimonio islámico de la región

Por Flemming Aalund

Flemming Aalund es doctor en arquitectura y dirige en Copenhague un estudio privado especializado en la conservación del patrimonio cultural. En 1978-1979 trabajó en Herat como arquitecto restaurador, y posteriormente ha sido consultor de la UNESCO. Como miembro del Comité Científico Internacional sobre Turismo Cultural del ICOMOS, ha participado en la redacción de la Carta Internacional sobre Turismo Cultural del ICOMOS.

Encrucijada de culturas

La destrucción intencionada de patrimonio cultural tiene largos precedentes en la historia, pero la nueva tecnología y la globalización han propiciado consecuencias imprevistas y hechos incalificables en la estela de los conflictos internacionales. Son más de medio centenar los países que desde 1980 han padecido conflictos importantes, cuyo resultado en muchos casos ha sido una completa disgregación del estado.



El alminar de Jam, de 65 metros de altura, que data del siglo XII y está recubierto con un aparejo de ladrillos muy elaborado, se encuentra en un profundo valle testimonio de lo que fue la civilización gurí. © Flemming Aalund

Precisamente el Afganistán ha sido un escenario permanente de conflictos, ora impuestos por potencias imperialistas, ora por rivalidades entre grupos étnicos o religiosos locales. El historiador Arnold Toynbee utilizó la expresión "encrucijada de culturas" para describir la heterogénea identidad cultural del Afganistán, donde las influencias de las culturas persa, griega, budista, hindú y musulmana dieron lugar a un patrimonio arquitectónico extraordinario. Lamentablemente, el patrimonio material sólo se ha conservado en forma fragmentaria, y ello hace tanto más necesario conservar lo que ha sobrevivido a todos esos infortunios. La voladura de los Grandes Budas del Valle de Bamiyán y la destrucción deliberada de objetos artísticos preislámicos han vulnerado todos los principios elementales de respeto y tolerancia a la diversidad cultural, y por ende representan también una violación directa de los cánones éticos internacionales.

Cuando Robert Byron viajó al Afganistán en 1933, escribió una crónica literaria tan gráfica como erudita, *The Road to Oxania*, saturada de una idea romántica de las culturas perdidas del Asia Central, donde elogiaba las magníficas ruinas que habían sobrevivido a la ignorancia y la destrucción. Sería en los decenios siguientes cuando se constituyera una visión ampliamente aceptada acerca de la conservación y restauración del patrimonio cultural, sobre la base de la Carta de Venecia de 1964 y una sucesión de cartas, convenciones y declaraciones internacionales.

Al cabo de treinta años de vigencia, la Convención del Patrimonio Mundial es hoy un importante instrumento de cooperación internacional en el ámbito de la conservación del patrimonio cultural y natural. A juzgar por el número de sus firmantes, un total de 175, la Convención del Patrimonio Mundial es el acuerdo intergubernamental de la UNESCO que ha tenido mejor acogida. Lo que es más importante, se llegó a ese consenso sobre una definición según la cual el patrimonio cultural es de todos, y todas las naciones tienen la responsabilidad de proteger y cuidar el patrimonio natural y cultural existente en su territorio. Se han dedicado particulares esfuerzos a la protección de los monumentos y sitios sobresalientes inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial como testimonios de grandes logros culturales en la historia de la humanidad. Menos consideración se está prestando a la cláusula que estipula que cada uno de los Estados Partes tiene el deber de garantizar la adopción de medidas activas y efectivas para proteger, conservar y presentar los bienes patrimoniales que se encuentren en su territorio (art. 5). Esas estipulaciones ideales sólo en parte son

aplicables a las zonas en conflicto y posconflicto, donde el orden civil está roto y los recursos económicos son escasos. En esa situación caótica la primera prioridad son las necesidades básicas de la población, pero el restablecimiento de la sociedad civil y la unidad nacional también exige recuperar la confianza mutua de los grupos étnicos y religiosos. Mucha de la reconstrucción que ha seguido a conflictos se ha centrado en recomponer las infraestructuras, pero también es necesario ocuparse de las necesidades sociales y los valores culturales intangibles de la sociedad que venían siendo apreciados por las comunidades locales en la esfera de la sociedad civil.

Formalmente, el Afganistán ratificó la Convención del Patrimonio Mundial en 1979, con consecuencias sólo modestas durante un período de ocupación y guerra civil. La nueva Autoridad Provisional del Afganistán, que se constituyó como gobierno de transición tras la desintegración del régimen talibán, ha recibido un reconocimiento internacional que ha impulsado a la UNESCO a reanudar sus actividades en el país. Como medida inmediata, el Minarete y los restos arqueológicos de Jam, así como el paisaje cultural y los restos arqueológicos del Valle de Bamiyán, fueron inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial en 2002 y 2003, respectivamente. La oportuna inclusión de estos lugares es también un acto simbólico de llamada a la solidaridad internacional para la conservación del patrimonio afgano. El ser simultáneamente declarados sitios amenazados y puestos en la Lista del Patrimonio Mundial en Peligro los habilita para aspirar a la acción de emergencia y el posible apoyo económico del Fondo del Patrimonio Mundial. Por lo demás, la Convención del Patrimonio Mundial no otorga especial protección, aparte de sensibilizar sobre la importancia de esos lugares y establecer un plan para su gestión como parte del procedimiento de candidatura

La Convención de La Haya de 1954 relacionó con los ámbitos de competencia de la UNESCO el establecimiento de normas para la protección del patrimonio cultural en tiempo de guerra y conflictos armados. La protección del patrimonio cultural está también integrada en el derecho humanitario internacional, por ejemplo en los Convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales de 1977, y particularmente con arreglo a lo dispuesto en el artículo 22 de la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. El informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo *Nuestra diversidad creativa*, de 1995, esclarece aún más la interdependencia entre la cultura y el fomento del desarrollo sostenible a través de la libertad cultural y la tolerancia, sin excluir una perspectiva de género. Con esta nueva visión cabe esperar que la

conservación del patrimonio cultural se sitúe en un lugar destacado de la agenda para la reconstrucción posconflicto de la sociedad civil durante un período de transición. La situación es crítica y exige la solidaridad y la asistencia internacionales.

Una larga historia de conflictos

Una y otra vez los gobernantes despóticos han manifestado su ambición desmedida mediante la construcción de nuevos edificios y monumentos que testificaran una nueva era histórica y asegurasen su gloria para la posteridad. Esa vanidad crea grandes monumentos, que con el tiempo pueden llegar a ser incluidos en la Lista del Patrimonio Mundial; pero a menudo el resultado de tal ambición ha sido la destrucción insensata de realizaciones anteriores que pudieran eclipsar el brillo de lo nuevo. Hemos tenido una larga experiencia de destrucción deliberada del patrimonio cultural para aplastar el orgullo y la autoestima y esclavizar a las poblaciones en aras de una supremacía absoluta. El cínico razonamiento parece ser que una población expoliada de su patrimonio cultural se ve privada de identidad, y por lo tanto de derecho al futuro. Los ejemplos son numerosos.



Una de las *Torres de la Victoria* que muestran la arquitectura ornamental gaznawí que comenzó durante el siglo XI en el Jurasán. © Flemming Aalund

La actual y trágica situación del Afganistán es consecuencia de más de un milenio de imperialismo y luchas civiles en Asia Central. La destrucción más devastadora siguió a la violenta acometida del tristemente célebre Gengis Kan y sus hordas, en 1221 y los años siguientes, en toda la masa de tierra comprendida entre China y el Mar Negro. Su efecto fue una devastación inimaginable, ya que destruyó las mejores civilizaciones del siglo XIII y dejó tras de sí ciudades desiertas y pozos y canales cegados: Shah Khoshak, Shah-i Zohak y Shah-i Gholghola son sólo algunas de las localidades que nunca se recuperaron. Con el paso del tiempo, la erosión hizo desaparecer las murallas y las torres fortificadas de lo que antaño fueran grandes ciudades, reduciendo los muros de adobe a la misma tierra de donde habían salido y dejando únicamente los contornos ruinosos de las recias murallas como testimonio de las antiguas civilizaciones y aspiraciones humanas. De la misma manera se desvanecieron ciudades y construcciones antiguas, y sólo sobrevivieron unos pocos edificios históricos de ladrillo cocido.

El sepulcro monumental de los samaníes en Bujará se ha mantenido en pie desde el siglo IX como memorial de la primera dinastía musulmana gracias a su sólida fábrica de ladrillo cocido. El intrincado dibujo ornamental de las fachadas, que imita el tejido de alfombras planas, testifica de un estilo arquitectónico nuevo, diferente de la decoración polícroma de estuco que generalmente se empleó durante la primera expansión del Islam en Asia Central, con una inspiración tomada de los palacios reales abasíes de Samarra.

Esa rica arquitectura de ladrillo ornamental se extendió en los siglos siguientes desde la cuna de los selyúcidas en el Jurasán y la Transoxiana. Los guríes y los gaznawíes fueron dos de las dinastías locales que refinaron y diseminaron aquella arquitectura muy sofisticada en las zonas limítrofes con sus respectivas bases de Gur, en la cordillera del Hindu Kus central, y Gazni, al sureste del Afganistán actual. Desde allí emprendieron la construcción de imperios que conduciría a un gran renacimiento del período islámico temprano, y los pocos edificios que de ellos se conservan figuran entre los tesoros más valiosos del Afganistán.

Los gaznawíes se habían hecho con el control del Jurasán al sur del río Oxus en el año 994. La expansión de su imperio alcanzó al Irán, el Afganistán y la India. Un gran general, el sultán Mahmud, acaudilló al menos diecisiete campañas victoriosas contra la India. Anexó a su imperio la India noroccidental y el Panjab, y enriqueció su

tesoro saqueando los ricos templos hindúes. Los restos arqueológicos de Lashkari Bazaar no dan sino una pálida idea de lo que fueron los grandiosos y lujosos palacios de verano, marco de ceremonias oficiales donde el soberano se rodeaba de un séquito de cuatro mil hombres. En la ciudad real de Gazni, capital del imperio, se han exhumado miles de objetos, entre ellos estatuas de mármol de dioses hindúes que se emplearon como escalones en los umbrales de la mezquita principal. Probablemente más problemático fue que muchos hindúes se convirtieran al islam, poniendo en marcha un proceso que todavía aflige al subcontinente[1].

Los propios guríes no fueron menos destructores de otras culturas. Su monumento más notable, ahora inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial, se yergue a la orilla del Hari Rud, en la parte central del Hindu Kus. El sentido original de este enigmático minarete es oscuro, pero parece probable que conmemore la victoria definitiva sobre los gaznawíes. Cabe la posibilidad de que las excavaciones futuras en el valle circundante descubran vestigios de la capital gurí. Medio siglo después, en 1199, otro sultán gurí levantó el Qutb Minar en la ciudad india de Delhi con los despojos de unos veintisiete templos indios, como prueba simbólica del triunfo de la islamización en la India septentrional. Sólo el minarete de Jam ha sobrevivido, junto con unos pocos monumentos contemporáneos, gracias a su aislamiento geográfico. Inscrito ahora en la Lista del Patrimonio Mundial de monumentos en peligro, la UNESCO ha puesto en marcha una operación de salvamento urgente para consolidar sus cimientos y evitar nuevos daños por inundación[2].

Otro notable edificio gurí fue descubierto todavía en 1970 a orillas del río Murgab, en una zona apartada del norte del Afganistán. La estructura en ruinas es una de las madrasas más antiguas que existen en el mundo islámico. La inscripción conmemorativa da como año de construcción 571 H/1175-1176 d.C., y ensalza a su fundadora: "... en el nombre de Dios el clemente y misericordioso, ha ordenado construir esta madrasa la bendita, enaltecida, afortunada, prudente ... [falta el nombre]"[3]. No cabe duda de que todos los adjetivos están en femenino. Sin embargo, el nombre de la fundadora ha sido borrado, como en tantas inscripciones fundacionales de edificios históricos. Con frecuencia el móvil interesado ha sido engrandecer un determinado poder en detrimento de logros anteriores, y en este caso quizá se trataba de ocultar que fue una mujer de alto rango la que dotó el magnífico edificio.

Sólo se conserva un puñado de construcciones de los guríes, todas situadas en lugares montañosos aislados y de muy difícil acceso. Otros edificios de aquel tiempo sufrieron alteraciones radicales en épocas posteriores; tal fue el caso de la Masjid-i Jami de Herat, que afortunadamente ha resistido a nuevos daños durante los conflictos recientes.

Herat, la capital timurí del Jurasán

Los mongoles pusieron fin a las dinastías gurí y gaznawí, pero, a diferencia de Gengis Kan, el reinado subsiguiente de Timur Lang (Tamerlán) y sus descendientes dio origen a un extraordinario renacimiento del arte y la cultura islámicos en Asia Central durante el siglo XV. De Samarcanda, Bujará, Herat y las restantes ciudades florecientes de Asia Central se llamó a artesanos y maestros de obras de todo el extenso imperio, aprovechando la libertad de comercio y el intercambio cultural a lo largo de las rutas de caravanas. Tamerlán murió en 1405, cuando se disponía a marchar sobre China y su imperio se estaba disgregando parcialmente, pero sus sucesores fueron protectores de las artes por excelencia y encargaron edificios sobresalientes, que servirían de modelo para la arquitectura posterior de los sefevíes en Persia y los mogoles en la India.

Herat se constituyó en nueva capital bajo el reinado del hijo de Tamerlán, Sha Ruj, y su célebre esposa Gowhar Sha. No sólo acometieron un vasto programa de edificación, sino que el rico ambiente cultural sostuvo también a un gran número de artistas famosos, de los cuales el miniaturista Bihzad es el representante más eximio.

En las épocas siguientes de decadencia y pobreza ya no fue posible mantener aquellos gloriosos edificios, pero medio siglo después los restos de la madrasa del sultán Hussain Baiqara en Herat seguían siendo famosos entre los viajeros como ruinas de las más imponentes de toda Asia Central. En 1885 lo que quedaba de ellos fue volado en parte por el ejército colonial británico, que intentaba abrir campos de tiro ante la amenaza de invasión rusa de Herat. Sólo quedaron en pie el mausoleo de Gowhar Sha y nueve de los diez minaretes. Dos de éstos se derrumbaron en los terremotos de 1931 y 1951, otro se vino abajo en la década de 1980, y la estabilidad de otro peligra a causa de la brecha abierta en la estructura por disparos de artillería. Los cinco minaretes restantes se encuentran en estado precario, y los azulejos vidriados del siglo XV yacen dispersos en pedazos por todo el sitio.

Con la llegada del ejército soviético en 1979 prosiguió el deterioro de lo que fuera la magnífica capital timurí, rival de Bujará y Samarcanda y justamente famosa a lo largo de las Rutas de la Seda que cruzaban Asia Central como el centro cultural más importante en el siglo XV.

Pese a los muchos cambios operados en el trazado de la ciudad histórica, Herat es una de las escasísimas ciudades islámicas que conserva su forma cuadrada original, definida por los restos de las murallas. En la década de 1980 se estableció una zona de seguridad en su perímetro occidental y meridional, demoliendo todos los edificios en una franja de unos 500 metros de ancho. Desde entonces la ciudad vieja fue virtualmente el frente entre las fuerzas gubernamentales acantonadas en la población y los grupos opositores instalados en los pueblos de alrededor. De resultas de ello, se calcula en más de un millar el número de casas que sólo en la ciudad histórica sufrieron graves daños o deterioro tras ser abandonadas[4].

La Gran Mezquita de Herat

Por fortuna se han salvado de la destrucción la Masjid-i-jami y el complejo de santuarios de Gazergah, al norte de Herat. En su forma actual, la Gran Mezquita es el resultado de tres etapas de construcción. Un proceso de restauración ininterrumpido desde la década de 1940 hasta la de 1970 renovó la mayor parte del exterior con mosaicos polícromos de azulejos vidriados de exquisito diseño ornamental, producto de un taller local que interpretaba con libertad los modelos timuríes originales. La mezquita entera se presenta completa a la vista, totalmente remodelada de forma comparable a lo mejor de la tradición practicada en Europa durante el siglo XIX, cuando se favoreció el tipo de reconstrucción que primaba la unidad arquitectónica. En general, este planteamiento no se considera acorde con las recomendaciones de la Carta de Venecia. Sin embargo, apenas se pueden poner objeciones a esta obra, realizada con técnicas tradicionales por artesanos locales y siguiendo los métodos de construcción originales, aunque la pátina y las sutiles cualidades de las superficies gastadas por la intemperie habrían prestado mayor riqueza arquitectónica y autenticidad material al edificio. Todavía en uso como mezquita principal de la comunidad, la larga historia del Afganistán y la identidad islámica se combinan en ella para representar una herencia viva.

El edificio original sólo se revela en el pórtico de entrada restaurado en la trasera del edificio, que presenta la auténtica decoración gurí de ladrillos de terracota con fuerte relieve a un lado del iwán, y el revestimiento plano timurí de mosaicos de azulejos polícromos al lado contrario y en el interior de la bóveda. De esta forma el pórtico de entrada original de los guríes fue sacado a la luz y conservado parcialmente en una acertada simbiosis con partes del revestimiento timurí. Al descubrir la albañilería original gurí en relieve profundo se revelaron tonos vivos de bermellón y verdigrís, que contrastan con los ocres naturales de los ladrillos de terracota. Esta modesta restauración se llevó a cabo en la década de 1960 con la asistencia de la UNESCO, como oportunidad de capacitación en el trabajo para arquitectos afganos que aprendieron a apreciar los oficios tradicionales y adquirieron rudimentos de restauración arquitectónica[5]. El pórtico de entrada escondido de la Gran Mezquita puede ser un *memento mori* de toda la absurda destrucción que ha sufrido el patrimonio cultural del Afganistán. Desde un punto de vista más positivo, este pórtico también se puede considerar un símbolo de la diversidad creativa de la historia afgana y un emblema de un planteamiento ético que permite respetar las diferencias religiosas, étnicas y culturales.

Principios de conservación inclusiva

La desintegración de la estabilidad social y política tras la ocupación soviética, y veinte años de subsiguiente guerra civil, han hecho que la conservación del patrimonio cultural afgano se sitúe muy abajo en la lista de prioridades. Si no hay consenso cultural y político sobre los fundamentos de la sociedad, todo lo que se haga por salvaguardar lo que quede del patrimonio cultural carecerá de sentido para las comunidades locales. La pregunta obvia es, en palabras de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, “cómo sustituir el odio por el respeto” y “consagrar la libertad cultural”[6]. En un país desestabilizado, con seguridad precaria en el interior y escaso respeto hacia los derechos humanos básicos, es difícil imaginar exactamente cómo se puede expandir el concepto de política cultural más allá de una interpretación totalitaria y fundamentalista del Corán.

La definitiva destrucción por los talibanes, en marzo de 2001, de los Grandes Budas del Valle de Bamiyán, que se contaban entre las más grandiosas esculturas del

mundo, se efectuó a pesar de los reiterados ruegos de la UNESCO y de gobiernos del mundo entero. Desde la aparición de la iconoclasia contra las imágenes religiosas en la Europa medieval no se había visto un acto semejante de atroz vandalismo, clara demostración del sinsentido reaccionario del régimen talibán y absolutamente contraproducente para sus propios intereses.

Las políticas de conservación del patrimonio cultural se formularon por primera vez en Europa a comienzos del pasado siglo, limitándose entonces fundamentalmente a la atención a monumentos concretos, sobre todo casas solariegas, castillos y catedrales. La conservación integral de distritos históricos y zonas urbanas pasó a ser parte de la política europea en la década de 1970, y desde 1985 quedó formulada en la *Convención europea para la protección del patrimonio arquitectónico en Europa*, que fue adoptada por los estados miembros del Consejo de Europa. Dicho tratado reconocía la conservación del patrimonio cultural como un objetivo esencial del urbanismo y la ordenación territorial, y subrayaba que el patrimonio arquitectónico constituye un elemento de primer orden de las políticas culturales, medioambientales y de planificación y contribuye a mejorar la calidad de la vida. La Convención recuerda asimismo la importancia de transmitir a las generaciones futuras un sistema de referencias culturales que mejore el entorno urbano y rural, y con ello favorezca el desarrollo económico, social y cultural[7].

En el tiempo transcurrido desde entonces, la globalización se erigió en una de las notas dominantes del desarrollo en las últimas décadas del siglo XX. Los avances tecnológicos han hecho posible viajar por todo el mundo, y las noticias de los sucesos se difunden al instante de unos países a otros. Por la misma razón, esos profundos cambios iniciados en el siglo XX han puesto de manifiesto la fragilidad de la vida y el aspecto común de nuestras identidades.

Consideradas desde esta perspectiva, las amenazas al entorno ya no son un problema local o regional, porque las condiciones de vida están siendo atacadas a escala mundial. Sucede en nuestro entorno físico, pero también tiene que ver con nuestro entorno cultural. Es por eso que ahora el patrimonio cultural se considera un recurso no renovable, que peligra tanto como el patrimonio genético expresado a través del principio de diversidad en la naturaleza. Esta idea ha influido en el concepto de conservación y restauración de monumentos y sitios que se refleja en la Convención del Patrimonio Mundial. La Convención se extiende a una visión compartida de que el

patrimonio cultural y natural es de todos, y estipula la responsabilidad conjunta de conservar ese patrimonio como bien universal de la humanidad. La aplicación práctica de la Convención se detalla en sus directrices operativas, y ahora se está poniendo mayor énfasis en lo que se podría denominar "conservación inclusiva". En áreas de posconflicto como el Afganistán existe una verdadera necesidad de empleo para la población desplazada, y un programa de trabajo por alimentos puede sumarse a las restantes medidas de ayuda. Es posible recuperar los ladrillos cocidos y reaprovechar el material del suelo para fabricar adobes con destino a las obras de reconstrucción. La preocupación inmediata se centra en la reconstrucción de asentamientos dañados para ayudar así a que la población regrese a sus casas, pero el desarrollo sostenible se nutre de la identidad cultural, que hunde sus raíces en los métodos de construcción tradicionales, la revitalización de oficios ancestrales y la restauración de edificios y monumentos históricos.

Notas

1. L. Dupree, *Afghanistan*, Princeton University Press, 1973.
2. La misión reciente fue llevada a cabo por el arquitecto italiano Andrea Bruno, como continuación de las obras de consolidación de los cimientos que la UNESCO acometió a finales de la década de 1970.
3. M. Casimir y B. Glatzer, "Sah-i Mashad, a Recently Discovered Madrasa of the Ghurid Period in Gargistan", *East and West*, 1971, págs. 53-67.
4. Informe de misión de Jolyon Leslie sobre daños de guerra en el Afganistán, CNUAH-Hábitat, 1990.
5. La restauración del pórtico de entrada gurí de la Masjid-i jami de Herat fue dirigida por el arquitecto danés Erik Hensen en cooperación con jóvenes afganos en período de formación.
6. Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, *Nuestra diversidad creativa*, UNESCO, 1995, pág. 25.
7. Convención Europea para la Protección del Patrimonio Arquitectónico en Europa, Granada, 1985, artículo 10.

El inventario del Museo de Kabul: intentos de restaurar el orden

Por Carla Grissmann

Carla Grissmann trabajó en el Museo de Kabul de 1972 a 1980, contratada por The Asia Foundation. Desde 1994 ha regresado a Kabul durante varios meses cada año para ayudar en la elaboración de inventarios. Fue encargada de misión para el Museo de Kabul en la Sociedad para la Preservación del Patrimonio Cultural Afgano (SPACH), fundada en Islamabad en 1994.

Veintitrés años de guerra han devastado el patrimonio cultural del Afganistán. Los yacimientos arqueológicos han sido sistemáticamente expoliados; el Museo de Kabul ha sido destruido y se han saqueado sus colecciones. En 1996 se empezó a levantar un inventario rudimentario para saber qué era lo que quedaba en el Museo. Para comprender los problemas aparejados a esa labor es preciso conocer las circunstancias en las que se acometió. Lo que sigue es una breve relación cronológica de los sucesos recientes.

El Museo de Kabul en años pasados

En abril de 1979, al año siguiente de la revolución comunista de Saur, el Museo de Kabul recibió abruptamente la orden de trasladar sus fondos de Darulaman, en las afueras de la ciudad, a la casa, grande y entonces abandonada, de Mohammed Naim, junto a la Embajada Francesa en Kabul. El edificio del Museo pasó a ser un anexo del Ministerio de Defensa en el Palacio de Darulaman, al convertirse todo el distrito en zona militar. Los fondos que se encontraban en la planta baja y en la primera planta fueron embalados y trasladados, y se precintaron todos los almacenes subterráneos. En la casa de Mohammed Naim se apilaron los objetos hasta el techo en todas las habitaciones, en los pasillos, en los sótanos; el jardín se llenó de vitrinas rotas, estanterías, plintos, muebles de oficina, archivadores metálicos de numismática. El personal se instaló en las habitaciones de la servidumbre y la biblioteca en uno de los garajes.

Los fondos del Museo regresaron a Darulaman en octubre de 1980. El edificio en sí estaba en mejores condiciones que nunca; se habían pintado las salas, se habían instalado lavabos adecuados, el jardín estaba cuidado. Las colecciones, que milagrosamente habían sufrido muy pocos desperfectos, se reinstalaron en las mismas salas de antes. Todas las piezas en exposición estaban intactas, e incluso se les añadieron otras nuevas, concretamente los frescos de Delbarjin y Dashli Tepe, objetos procedentes de Ai Janum y un Surya "Hindu Shahi" de mármol blanco recientemente descubierto en Khair Khan por soldados soviéticos.

En 1989, mientras el Afganistán era implacablemente destruido en los primeros años de la *yihad*, tanto Kabul como su Museo se conservaban relativamente indemnes. De todos modos, los temores crecientes que suscitaba la vulnerabilidad del Museo por su emplazamiento en la línea del frente llevaron al gobierno de Najibullah a ordenar oficialmente su clausura y el traslado de todas las piezas en exposición (alrededor de 600) a los almacenes, donde debían ser preparadas para su evacuación. Una vez más se embalaron las colecciones. Para minimizar el riesgo de concentrarlas en un solo lugar, algunas cajas se llevaron a la cámara del tesoro del Banco Central, en el Palacio Presidencial, y otras al Ministerio de Información y Cultura, mientras el resto permanecía en los distintos depósitos del propio Museo de Kabul. Las pesadas esculturas e inscripciones en esquisto y piedra caliza se dejaron *in situ*. Todas las monedas de oro y plata y los objetos de oro procedentes de Tepe Fullol se depositaron en el Palacio Presidencial, junto con el espectacular tesoro de oro de Telyan Tepe en la Bactriana.

Los trágicos años de 1992 a 1995 fueron testigos de la destrucción de Kabul y de su Museo. Los saqueos comenzaron en 1993, y prosiguieron cada vez que la zona de Darulaman cambió de manos. En mayo de 1993 el edificio del Museo fue objeto de bombardeos que destruyeron la cubierta y la última planta y lo dejaron expuesto a los elementos. A comienzos de 1994 el CNUAH (Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos) impermeabilizó la planta superior, instaló puertas de acero en los almacenes de abajo y tapió todas las ventanas. El fuego había destruido los archivos administrativos incluidos los inventarios, el laboratorio fotográfico, los frescos de Delbarjin y Dashli Tepe y la mayor parte de los objetos islámicos de vidrio y metal; los almacenes fueron saqueados, incluida la entera colección numismática de 35.000 monedas. En 1994 se fundó en Islamabad la Sociedad para la Preservación del

Patrimonio Cultural Afgano (SPACH). Mediante una ayuda de la UNESCO, un representante del Museo Guimet estuvo en Kabul durante dos semanas del verano de 1995[1] para ayudar al personal del Museo a hacer limpieza en varios de los almacenes y trazar un plan para inventariar lo que había quedado. También en 1995 una persona de enlace de la SPACH empezó a pasar en Kabul cuatro o cinco meses de cada verano para facilitar el trabajo de inventario.

Debido a la falta de seguridad en Darulaman, el Ministerio de Información y Cultura del gobierno del Presidente Rabbani se preocupó vivamente por poner a salvo lo que quedaba en el Museo. Luego de buscar durante meses un lugar adecuado, a comienzos de 1996 se escogió el céntrico Hotel Kabul para acoger los artefactos y a las 71 personas que componían la plantilla del Museo. Desde el año anterior se habían perpetrado nuevos robos en los almacenes, y los suelos volvían a estar cubiertos por un palmo de cascote. No había ni electricidad ni agua. Se trabajaba a la luz de lámparas de queroseno, porque el generador donado por el CNUAH había sido robado por los guardianes de seguridad pocas semanas antes. Los salarios, en gran medida atrasados, iban de 6 dólares al mes para el puesto de nivel más alto, el de Director de Museos del Afganistán, a 2 dólares al mes para los vigilantes. La capital, y no sólo el Museo, era atacada casi a diario. Los enormes relieves de esquisto del Gandhara con los Hermanos Kasyapa y la Jataka de Dipankara habían sido arrancados de sus grapas de hierro y sustraídos durante el toque de queda. Columnas, dinteles y puertas de madera esculpida del Nuristán habían sido reducidos a astillas. En la tierra de nadie a espaldas del Museo permanecía la carrocería herrumbrosa de una locomotora del ferrocarril del rey Amanullah, la segunda desguazada para extraer chatarra. De la colección de coches del rey no quedaba ninguno. Los manuscritos y las miniaturas habían sido trasladados varios años antes al Archivo Nacional, y se supone que están a salvo. El personal del Museo trabajó heroicamente durante casi seis meses en esa fase del inventario, la primera y más difícil. Se iba haciendo sitio para la tarea como buenamente se podía entre los escombros de los almacenes del sótano, y empleados del Museo, con dos miembros del Instituto Afgano de Arqueología, iban sacando uno por uno los objetos del cascote. Cada objeto, en su mayoría fragmentos de los depósitos, era medido y sucintamente descrito en farsi (número de registro, tipo de objeto, número de inventario original, procedencia, material, medidas, descripción, ubicación actual, p. ej., Caja nº 2, etc.), unas quince entradas por hoja, que luego se reunían en carpetas por sitios. Esas

entradas se traducían después al inglés y se transcribían manualmente en fichas de inventario individuales. Las copias en inglés se escribían también a mano, no habiendo en Kabul ni electricidad ni posibilidades de hacer fotocopias. Se tomaban fotografías en condiciones dificilísimas, a un promedio de una por cada cinco objetos. Se unía una foto pequeña de 5 x 5 cm a las fichas en inglés, y se guardaban copias duplicadas en sobres etiquetados para su futura catalogación en álbumes acompañantes de los inventarios en farsi. En los angustiosos días de espera mientras se aproximaban los talibanes fue sustraído el generador que había donado la SPACH. Dos semanas antes de que llegaran se trasladaron de Darulaman al Hotel Kabul más de 500 jaulas, cajones y cajas. Se había registrado un total de 3.439 artefactos (711 fotografías).

Bajo el régimen talibán

El gobierno talibán precintó el Hotel Kabul el 28 de septiembre de 1996, y no se permitió a nadie del Museo ir a Darulaman. En 1998 la persona de enlace de la SPACH contactó con el nuevo Viceministro de Asuntos Culturales talibán, un mulá de Kabul que se mostró cordial y pragmático. A mediados de julio de 1998 se dieron los primeros pasos para reanudar el inventario que había quedado interrumpido en 1996. El Ministerio de Información y Cultura también proyectaba emprender la restauración de la planta baja del Museo (con una ayuda de 14.000 dólares que estaba concedida por la UNESCO desde 1996). Ya en fecha anterior de 1998 se habían trasladado nuevamente todos los cajones y cajas almacenados en el Hotel Kabul, esta vez a la planta baja del Ministerio, porque el Hotel Kabul fue ocupado por los talibanes como residencia de invitados. En el Ministerio se instalaron rejas metálicas y tabiques. En el Museo, los empleados volvieron a rebuscar en el cascote que todavía cubría los suelos de los almacenes. Debido al bombardeo estadounidense del Afganistán, los trabajos se suspendieron el 20 de agosto, y todos los extranjeros que aún quedaban fueron evacuados de Kabul. Un total de 215 artefactos (49 fotografías) habían sido registrados y trasladados al Ministerio.

El personal del Museo más o menos se había dispersado en los dos últimos años (1997-1998), acudiendo a firmar al registro del Ministerio para después proseguir la ardua búsqueda de trabajo eventual en los bazares de Kabul. Un empleado de nivel superior vendía patatas en el mercado central; el contable conducía un coche tirado por un caballo. El trabajo se reanudó a finales de mayo de 1999. En rincones desatendidos

del Museo se hallaron objetos insospechados: 350 fragmentos de la colección de Begram; ocho procedentes de Gul Darra, nunca vistos hasta entonces. En el sótano del ala derecha se conservaba intacto el gran almacén de cerámicas de la DAFA (*Delégation Archeologique Française en Afghanistan*), todavía con las etiquetas de identificación originales en los cajones de madera. Se registraron y trasladaron al Ministerio 1.747 artefactos en total (462 fotografías).

En 2000 el personal del Museo, ahora reducido a veinte personas, trabajó durante la primavera, registrando 1.045 objetos (63 fotografías). El 1 de octubre el total inventariado desde 1996 ascendía a 6.446 objetos (1.285 fotografías) de 49 sitios diferentes, registrados y embalados. (Grandes cantidades de objetos similares, tales como guijarros, pedernales, puntas de flecha, etc., de yacimientos prehistóricos se embalaron bajo un único número de registro. En consecuencia, el Museo calculó un total global de 35.000 objetos, sin contar la colección de cerámicas de la DAFA.) Una comisión del Ministerio confirmó oficiosamente en julio de 2000 que los precintos del tesoro de oro de Telya Tepe y las numerosas cajas del Palacio Presidencial y del Ministerio permanecían intactos. El mulá Omar promulgó un edicto por el que se protegían todas las reliquias culturales e históricas del Afganistán y se declaraban delitos penales la excavación ilegal y la exportación ilegal de artefactos del Afganistán. En la sala central del Museo se conservaban intactas las figuras erguidas acéfalas de Kanishka y un noble kushana, la inscripción y el altar del fuego de Surkh Kotal, varias figuras de Buda de esquisto, el Bodhissatva sedente de terracota procedente de Tepe Marandjan, la pila de mármol negro de Kandahar y otras piezas.

En marzo de 2001 el mundo vió con asombro e impotencia cómo los talibanes volaban los Budas de Bamiyán, destruían piezas capitales del Museo de Kabul y vandalizaban los almacenes del Ministerio y el Museo. Se descerrajaron cajas, se arrancaron envoltorios y se destrozaron los objetos o se dejaron en caótico desorden. El personal del Museo barrió animosamente los cascotes y volvió a embalar todo lo que pudo con miras a su posible restauración en el futuro.

Después de la guerra

Desde el final de la guerra la preocupación fundamental ha sido centralizar inventarios y fotografías. A petición de la UNESCO, la persona de enlace de la SPACH reunió duplicados de todos los inventarios en farsi y en inglés hechos en el Museo de Kabul

entre 1996 y 2000, así como más de un millar de fichas de la DAFA de la década de 1970 (unas sólo con fotografías, otras con fotografías y descripciones en francés), que en parte se habían quemado durante la destrucción del Museo en 1993. Duplicados de los inventarios en farsi y en inglés se depositaron en cajas separadas, una para guardarla en el Ministerio, incluidas las fichas de la DAFA (en ejemplares únicos), la otra para dejarla en el Museo a efectos de consulta en el futuro. Los millares de fotografías grandes y pequeñas tomadas durante la elaboración del inventario fueron clasificadas y divididas en dos lotes, igualmente destinados uno al Ministerio y el otro al Museo.

Ya en 2002 el director del Museo solicitó el traspaso de todos los inventarios a una base de datos. Aunque con ese propósito se han donado computadoras, impresoras, cámaras digitales y escáneres, la labor llevará un tiempo, debido a la falta de capacidades lingüísticas e informáticas entre los empleados del Museo.

Los estragos perpetrados por los talibanes en el Ministerio y en el Museo hicieron que muchos de los rudimentarios inventarios disponibles perdieran validez. Millares de artefactos habían sido separados de sus envoltorios y embalajes identificativos y rotos en pedazos irreconocibles. Otros habían sido reembalados en fuera de su sitio o simplemente amontonados en cajas. Lo ideal sería hacer un segundo inventario general de lo que ahora queda, pero, dado que tantos de los objetos eran ya fragmentos en un principio, con un escaso número perteneciente a las piezas en exhibición, y habida cuenta de la falta de tiempo, espacio y personal, posiblemente no sea una prioridad acuciante en este momento.

Más importante sería hacer un inventario de los objetos recientemente confiscados de excavaciones ilegales y sitios descubiertos en los últimos años, así como de objetos incautados en aduana, junto con el contenido de los cajones depositados en el Palacio Presidencial y el Ministerio desde 1989, que todavía no se han abierto. Aunque hace años que se habla de abrirlos, no es extraño que entre colegas de museos prevalezca la idea de que es mejor extremar la cautela y de que aún no es el momento de divulgar nuevos hallazgos ni el contenido de los cajones sin abrir. Hay otros factores: una plantilla de personal que ha estado desconectada del mundo durante veintitrés años, la ubicación futura del Museo, una infraestructura administrativa aún en vías de constitución, la falta de un lugar suficientemente seguro para desembalar, registrar, fotografiar, almacenar o exhibir cada uno de los objetos, y, lo más importante, expertos locales e internacionales que examinen, analicen y describan esos objetos, que en

algunos casos proceden de sitios totalmente nuevos y todavía desconocidos para los arqueólogos familiarizados con el Afganistán.

Progresos actuales

El Museo ha vuelto a tener agua y electricidad; están próximos los proyectos y los fondos para rehabilitar la cubierta y la planta superior; empieza a funcionar un laboratorio de conservación; se está recomponiendo la biblioteca; se está enviando al extranjero para su formación a jóvenes afganos recién incorporados a la plantilla, que no conocieron el Museo antes de su destrucción. Existe un impulso, y, con tiempo y paciencia, los esfuerzos afganos e internacionales harán que el Museo de Kabul vuelva a ocupar el lugar que le corresponde en el patrimonio cultural del mundo.

Nota

1. Véase el artículo de Pierre Cambon en este número de la revista.

El mandato de la UNESCO y las actividades de rehabilitación del patrimonio cultural de Afganistán

por Christian Manhart

Christian Manhart, historiador del arte y arqueólogo, empezó a trabajar en la UNESCO en 1987, primero como especialista de programa en el Sector de Cultura y después en la Oficina Ejecutiva del Director General. En la actualidad es responsable de la región Europa-Asia, comprendido Afganistán, en la División del Patrimonio Cultural. Su labor consiste en prestar asistencia a esos países en la formulación de políticas y estrategias encaminadas a la preservación de su patrimonio cultural, en particular movilizando fondos, y preparando, ejecutando y evaluando proyectos extrapresupuestarios.

La Unesco ha respondido con firmeza al desafío que plantea la rehabilitación del patrimonio cultural amenazado de Afganistán, que ha sufrido daños y pérdidas irreversibles a lo largo de dos decenios de guerra y agitación civil, y su respuesta se ha centrado especialmente en la salvaguardia de los sitios arqueológicos y la prevención del tráfico ilícito de bienes culturales.

En ese país, la salvaguardia de todos los aspectos del patrimonio cultural, tanto material como inmaterial (museos, monumentos, sitios arqueológicos, música, arte y artes tradicionales), reviste una significación muy particular en relación con el fortalecimiento de la identidad cultural y el sentido de integridad nacional. El patrimonio cultural puede suscitar un interés común entre los adversarios de ayer, permitiéndoles reanudar vínculos, entablar un diálogo y colaborar en la construcción de un futuro común. La estrategia de la UNESCO consiste en contribuir a restablecer el nexo entre las poblaciones afectadas y su historia cultural, ayudándolas a desarrollar un sentimiento de propiedad común de los monumentos que representan el patrimonio cultural de los diferentes sectores de la sociedad. Está estrategia guarda una relación directa con el proceso de construcción nacional en el marco del mandato de las Naciones Unidas y los esfuerzos internacionales concertados con miras a la rehabilitación de Afganistán.

En su calidad de Secretaría del Programa de las Naciones Unidas dedicado a la Cultura, la Juventud y el Deporte, la UNESCO presta apoyo al Ministerio de Información y

Cultura de ese país y a otros organismos en el ámbito de la cultura. En este contexto y encargada por el Gobierno afgano, la Organización coordina todas las actividades internacionales encaminadas a la salvaguardia y la restauración del patrimonio cultural de Afganistán.

Haciéndose eco de las palabras del Secretario General de las Naciones Unidas, "Nuestro desafío consiste en ayudar a los afganos a que se ayuden a sí mismos", las políticas y las actividades correspondientes se centran en la capacitación y la formación de capacidades.

En mayo de 2002 la UNESCO, en cooperación con el Ministerio de Información y Cultura de Afganistán, organizó en Kabul el primer *Seminario Internacional sobre la Rehabilitación del Patrimonio Cultural de Afganistán*, que congregó a 107 especialistas en patrimonio cultural afgano y a representantes de países e instituciones donantes. Los participantes hicieron presentaciones sobre el estado de conservación de sitios culturales de todo el país, y debatieron los programas y la coordinación necesarios para realizar las primeras actividades de conservación. El seminario consiguió la promesa de más de 7 millones de dólares para proyectos prioritarios, que se asignan en virtud de acuerdos bilaterales y fondos fiduciarios de la UNESCO.

Con tal fin la UNESCO creó un Comité Internacional de Coordinación, cuyos estatutos fueron aprobados por el Consejo Ejecutivo de la Organización en su 165ª reunión, celebrada en octubre de 2002. El comité, compuesto por representantes del gobierno afgano y especialistas internacionales de los principales países donantes y las organizaciones profesionales que suministran fondos o asistencia científica para las actividades de salvaguardia, debe reunirse periódicamente para pasar revista a los proyectos e iniciativas actuales y futuros.

En junio de 2003, la División del Patrimonio Cultural organizó en la Sede de la UNESCO la primera Reunión Plenaria del Comité Internacional de Coordinación para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural de Afganistán.

La reunión formuló recomendaciones concretas, que deberían dotar de gran calidad a las actividades de conservación. Se refieren a ámbitos como la preparación de una estrategia a largo plazo para la salvaguardia del patrimonio, la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial y la Convención sobre los Medios para Prohibir e Impedir la Importación, la Exportación y la Transferencia de Propiedad Ilícitas de Bienes Culturales, los inventarios nacionales y la documentación. La reunión recomendó también que se

emprendieran acciones de salvaguardia inmediatas en los sitios de Jam, Herat y Bamiyán, así como la rehabilitación del Museo Nacional de Kabul.

Ejecución del proyecto: Bamiyán

Nada más producirse la caída del régimen de los talibanes en diciembre de 2001, la UNESCO envió una misión a Bamiyán para que evaluara el estado del sitio y recubriera los grandes bloques de piedra restantes con láminas de fibra de vidrio que los protegieran de las rudas condiciones climáticas invernales. En julio de 2002 se llevó a cabo una segunda misión, organizada conjuntamente con el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) y dirigida por su presidente, el Profesor Michael Petzet, con el encargo de preparar medidas de conservación en el sitio de Bamiyán. Una tercera misión para la formulación de proyectos e integrada por expertos alemanes, italianos y japoneses, tuvo lugar del 27 de septiembre al 6 de octubre de 2002. Se descubrió que más del 70% de las pinturas murales de los siglos VI y IX d.C. que adornaban las grutas budistas había desaparecido a causa del abandono o el pillaje. Los expertos llegaron a encontrar en una gruta las herramientas que habían utilizado los ladrones, junto con restos de pinturas recién arrancadas. Como reacción a esta situación, se firmó un acuerdo, por mediación del Ministerio Afgano de Información y Cultura, con el gobernador local, General Jawad, que enseguida proporcionó diez guardianes armados para la vigilancia permanente del sitio. También se observó que habían aparecido en los nichos en los que se encontraban las estatuas de Buda y alrededor de ellos grandes grietas que podían provocar su hundimiento parcial y el de la escalera interior de algunas grutas. Para remediar la situación, los expertos efectuaron mediciones complementarias y asesoraron acerca de las medidas adecuadas para consolidar farallones y nichos. El ICOMOS financió también la restauración de una mezquita sunní y de otro edificio, ambos situados muy cerca de donde se encontraba el gran Buda. El citado edificio servirá para alojar a los guardianes y almacenar equipo de la UNESCO. Uno de los frutos de esta misión fue la asignación por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón al Fondo Fiduciario de la UNESCO de un presupuesto de 1.815.967 dólares, destinado a la salvaguardia del sitio de Bamiyán.

La UNESCO y el ICOMOS organizaron conjuntamente una reunión de un grupo de expertos en la preservación del sitio de Bamiyán, que se celebró en Munich (Alemania), los días 21 y 22 de noviembre de 2002. Los expertos evaluaron el estado de conservación del sitio en función de los resultados de las dos misiones citadas. También debatieron y

compararon distintos métodos de conservación, y formularon recomendaciones para las acciones correspondientes.

Las primeras actividades en el marco de este proyecto se iniciaron en junio de 2003 con una misión de tres semanas del arquitecto Mario Santana, de la Universidad de Lovaina (Bélgica), que tenía por objeto recoger documentación científica sobre la parte posterior de los nichos y los fragmentos restantes de los budas.

Más tarde, en la primera Reunión Plenaria del Comité Internacional de Coordinación para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural de Afganistán, se aprobaron una serie de resoluciones, relativas, entre otras cosas, a la preparación de un plan maestro integrado para el sitio y a medidas urgentes para la protección y preservación de las pinturas murales de las grutas.

Por lo que respecta a la salvaguardia de las pinturas murales, ocho especialistas del Instituto Nacional de Japón de Investigaciones sobre los Bienes Culturales se desplazaron a Bamiyán en julio de 2003, con objeto de preparar el plan maestro para la salvaguardia del sitio a largo plazo. Se firmaron acuerdos contractuales con una empresa japonesa para la preparación de un mapa topográfico del valle y un modelo tridimensional de los nichos y farallones. El Instituto Arqueológico Alemán quedó encargado del estudio arqueológico de los fragmentos de las estatuas de Buda, y el ICOMOS de la conservación de los mismos.

Además, se están aplicando medidas de consolidación de los nichos y farallones de Bamiyán para impedir que se desmoronen. Con este fin, la Fundación alemana Messerschmidt regaló un andamio de grandes dimensiones, que el Ejercitó Alemán transportó a Afganistán en agosto de 2003 y quedó instalado en septiembre del mismo año. Se firmó un contrato con la empresa italiana RODIO, muy experimentada e internacionalmente reconocida, para que se encargara del seguimiento de esa misión y abordara la estabilización del sitio antes del invierno.

Jam y Herat

En marzo de 2002, la UNESCO envió dos consultores a Jam y Herat. El Profesor Andrea Bruno, arquitecto, y el Profesor Marco Menegotto, ingeniero especializado en estructuras, evaluaron el estado de conservación del Minarete de Jam, así como del Quinto Minarete, Gawhar Shad, la Ciudadela, la Mezquita del Viernes y otros monumentos de Herat, antes de preparar proyectos para su conservación.

Dos meses después, el Profesor Bruno y el hidrólogo Andrea Borgia efectuaron una misión de la UNESCO para prestar asesoramiento sobre la consolidación de los cimientos

del Minarete de Jam, la estabilización de toda la estructura y el caudal de los dos ríos próximos, y recomendar medidas de protección para la zona arqueológica circundante, amenazada por las excavaciones ilegales. Esta misión permitió descubrir que, aunque dañados por las violentas inundaciones de abril de 2002, los gaviones instalados por la UNESCO en 2000 seguían protegiendo el monumento, que tal vez sólo gracias a ellos haya logrado sobrevivir. El Minarete de Jam fue el primer bien afgano inscrito en junio de 2002 en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.

En otoño del mismo año, los arquitectos Tarcis Stevens y Mario Santana, de la Universidad de Lovaina, prepararon una documentación métrica detallada de los cinco minaretes de Gowhar Shad Musalla, en la ciudad de Herat, así como del Minarete de Jam, y combinaron esa documentación con una sesión preliminar de formación para expertos afganos en el empleo de una Estación Total, donada por la UNESCO al Ministerio afgano de Información y Cultura. La reunión de formación prosiguió en agosto de 2003, dirigida por cuatro especialistas procedentes de las Universidades de Lovaina y Berkeley (Estados Unidos de América), y produjo documentación detallada sobre los monumentos de Herat y el Minarete de Jam escaneados con láser.

Un Grupo de Expertos en la Preservación de Jam y los Monumentos de Herat se reunió en la Sede de la UNESCO el 30 de enero de 2003. Entre los 23 participantes figuraban el Dr. Sayed Makdoom Raheen, Ministro afgano de Información y Cultura, el Sr. Zahir Aziz, Embajador de Afganistán ante la UNESCO, el Sr. Omar Khan Massoudi, Director del Museo de Kabul, y el Sr. Abdul Wasey Feroozi, Director del Instituto Afgano de Arqueología. Los expertos evaluaron el estado de conservación del sitio de Jam, así como del Quinto Minarete, Gawhar Shad, la Ciudadela, la Mezquita del Viernes y otros monumentos de Herat, basándose en los resultados de las anteriores misiones de la UNESCO. También se ocuparon del problema de las excavaciones ilegales, compararon distintos métodos de conservación y formularon propuestas en materia de conservación de urgencia y a largo plazo y coordinación en relación con las prioridades establecidas. Las actividades de urgencia se iniciaron en junio de 2003.

La financiación de las misiones y actividades para la reconstrucción del patrimonio cultural de Jam y Herat corre a cargo de dos fondos fiduciarios. Las autoridades suizas anunciaron en noviembre de 2002 la aprobación de un proyecto de fondos fiduciarios de la UNESCO para la consolidación y restauración urgentes del sitio de Jam, por un presupuesto total de 124.300 dólares, y las autoridades italianas depositaron en ese mismo

fondo 499.460 dólares para la consolidación y restauración urgentes de los monumentos de Herat y Jam.

Las primeras actividades correspondientes a esos proyectos se iniciaron en abril de 2003 con la construcción de una oficina en Jam, la limpieza del lecho del río Jam, y la reparación y consolidación de los gaviones.

En los meses de julio y agosto de 2003, el Profesor Andrea Bruno, el Profesor Giorgio Macchi y Mariachristina Pepe llevaron a cabo un detenido estudio geológico del suelo en los minaretes de Jam y Herat para determinar su solidez. Se procedió a una estabilización de urgencia del Quinto Minarete de Herat, amenazado de hundimiento. Las obras en los dos minaretes prosiguieron en septiembre de 2003.

Al mismo tiempo, tres arqueólogos del ISMEO (*Istituto Italiano per il Medio ed Estremo Oriente*) efectuaron excavaciones con fines de salvaguardia en el sitio.

El Museo de Kabul

La UNESCO envió una misión en diciembre de 2001 para identificar y reunir los restos de las diversas estatuas y objetos dañados en el Museo de Kabul, con miras a preparar un plan de restauración.

Para impedir que las rigurosas condiciones climáticas del invierno provocaran aún mayores deterioros, entre las medidas de urgencia figuraba la instalación de nuevas ventanas en varias salas de la planta baja y del primer piso. También se instaló un pozo profundo con tanque a presión y las correspondientes tuberías para llevar agua al laboratorio de conservación. Además se donó un potente generador eléctrico.

Diversos países e instituciones culturales adoptaron medidas importantes para proteger y reconstruir las infraestructuras. En enero de 2003, el Gobierno de Grecia abordó la restauración del edificio del Museo de Kabul, en cumplimiento del compromiso contraído en el Seminario de Kabul (mayo de 2002) de aportar una suma aproximada de 750.000 dólares. La *British International Security Assistance Force* (ISAF) instaló un nuevo laboratorio de restauración con dos salas, una seca y otra húmeda, ambas financiadas por el Museo Británico. El *Centre d'Études et de Recherches Documentaires sur l'Afghanistan* (CEREDAF), de Francia, donó equipo de conservación, y la DAFA (*Délégation d'Archéologie Française en Afghanistan*), junto con el Museo Guimet de París, organizó un curso de formación para los conservadores del Museo de Kabul[1].

La ONG francesa *Agence d'Aide à la Coopération Technique et au Développement* (ACTED) contribuyó también a la reparación de urgencia del tejado protector de las nueve

cúpulas de la mezquita Hadji Pyada de Balkh – la más antigua del país – para preservarlas de los rigores del invierno. Además de las donaciones de fondos fiduciarios ya citadas al enumerar las actividades de restauración correspondientes, se recibieron las siguientes contribuciones bilaterales: 5 millones de dólares de la Fundación Aga Khan para la Cultura, destinados a la restauración de los Jardines de Babur y el Mausoleo de Timur Shas en Kabul, así como a la rehabilitación de viviendas tradicionales en Kabul, Herat y otras ciudades. El Gobierno de Estados Unidos de América aportó 100.000 dólares para la restauración del edificio del Museo de Kabul. La UNESCO contribuyó con 400.000 dólares, con cargo a su presupuesto ordinario del bienio 2002-2003, para actividades culturales en Afganistán.

Las habilidades tradicionales son de la mayor importancia en las actividades de restauración, y la UNESCO ha hecho revivir con SPACH el taller histórico de Herat de fabricación de tejas, al que ahora asisten aprendices afganos para aprender a fabricar las tejas tradicionales que servirán para restaurar los monumentos.

Como complemento de sus actividades operacionales, la UNESCO fomenta los instrumentos normativos existentes y la creación de otros nuevos para la protección jurídica del patrimonio material e inmaterial. Habida cuenta de que la prevención de las excavaciones ilegales y del tráfico ilícito representa un serio problema en Afganistán, la UNESCO presta gran apoyo al gobierno de ese país para que elimine las primeras y controle las fronteras, con objeto de impedir el contrabando de bienes culturales muebles ilícitamente adquiridos.

Para concluir, podemos afirmar que hasta la fecha se han recibido para proyectos culturales en Afganistán fondos y otras formas de ayuda que sobrepasan con mucho los 7 millones de dólares prometidos en el Seminario de Kabul. La UNESCO agradece a todos esos generosos donantes esas indispensables contribuciones, que complementan los fondos humanitarios donados en el marco del programa de ayuda a Afganistán de las Naciones Unidas.

Notas

1. En resumen, los países donantes han confiado las siguientes cantidades al Programa de Fondos Fiduciarios de la UNESCO: el Gobierno de Japón, 1.815.967 dólares para la conservación de Bamiyán; el Gobierno de Italia, 769.000 dólares para tres proyectos relacionados con los monumentos de Herat y Jam; el Gobierno de Suiza, 124.000 dólares para Jam; y el Gobierno de Alemania, 850.000 dólares en 2002, por conducto del ICOMOS Alemania y el Instituto Arqueológico Alemán, para la restauración de los Jardines de Babur y la formación de arqueólogos afganos.



Uno de los Budas de Bamiyán (55 metros de alto) en 1978, cuando estaba siendo restaurado con ayuda del Archaeological Survey de la India. Los Budas de Bamiyán fueron destruidos deliberadamente en 2001. © Flemming Aalund

La cooperación internacional en el Afganistán: estrategias, financiación y modalidades de acción

Por Louise Haxthausen y Jim Williams

Louise Haxthausen se graduó en relaciones internacionales en París (Francia). En 1994 se incorporó a la UNESCO, y ha trabajado como especialista de programas en el área de Ciencias Sociales y Humanas. Está encargada de las relaciones interinstitucionales en la oficina de la UNESCO en Kabul.

Jim Williams es doctor en Historia de la Ciencia y Estudios Ibéricos por la Universidad de París. Ha sido especialista de programas superior en la oficina de la UNESCO en Kabul desde 2002.

Introducción

Rehabilitar el patrimonio cultural del Afganistán es una tarea central para dar una sensación de continuidad histórica y unidad nacional a los afganos en el actual periodo de reconstrucción. El gobierno transicional afgano así lo ha reconocido al comprometerse "a crear un clima donde el patrimonio cultural sea conservado, protegido y transmitido a las nuevas generaciones de afganos como testimonio de la rica experiencia y las aspiraciones de su país, para fomentar la creatividad cultural en toda su diversidad"[1].

La cuestión es cómo hará realidad el Afganistán ese compromiso. Al cabo de veintitrés años de guerra, el estado del patrimonio cultural afgano ha sido calificado de "desastre cultural". Los monumentos históricos han sufrido graves daños, víctimas de la destrucción deliberada o de la degradación paulatina. Ha habido intensos saqueos en el Museo de Kabul y en yacimientos arqueológicos. Las profesiones relacionadas con la cultura quedaron aisladas de la cooperación y los intercambios internacionales, y por ende privadas de oportunidades de formación y de investigación para actualizar su capacidad.

En la situación actual, los recursos propios del país para hacer frente a esas necesidades son prácticamente nulos. Según declaró el Excmo. Sr. Harmid Karzai en la Conferencia de Tokio (enero de 2002), "es una situación casi sin precedentes que una

Administración carezca de fuente de ingresos inmediata. Perderemos credibilidad rápidamente si no somos capaces de pagar a nuestros empleados o de prestar servicios a la población (. . .) consideramos que es esencial que las promesas se materialicen cuanto antes". Desde entonces se ha canalizado ayuda internacional al Afganistán. Sin embargo, los fondos comprometidos en la Conferencia de Tokio y posteriores reuniones de donantes para la reconstrucción del Afganistán se consideran insuficientes para abordar las necesidades existentes, y lamentablemente lentos en llegar al país. Lo mismo se puede decir de la financiación destinada a conservar y promover el patrimonio cultural afgano.

A partir de 1979, a medida que la situación de seguridad en el país se deterioraba progresivamente, la cooperación internacional en el terreno de la cultura se fue reduciendo, hasta cesar prácticamente durante el régimen de los talibanes. Hoy el Ministerio de Información y Cultura del Estado Islámico Transicional del Afganistán tiene ante sí, por lo tanto, el reto abrumador de resucitar y renovar la tradición de cooperación cultural internacional establecida a comienzos del siglo XX. Aquella cooperación adoptó la forma de numerosos acuerdos de asociación con instituciones científicas fundamentales de todo el mundo. Entre sus resultados más notables figuran las intervenciones dirigidas a proteger los principales monumentos y sitios culturales del Afganistán, tales como Bamiyán, así como una serie de descubrimientos arqueológicos sobresalientes que han sido decisivos para enriquecer el conocimiento y la comprensión de la historia y la cultura afganas.



Ciudadela de Ikhtyarrudin, restaurada por la UNESCO de 1974 a 1980, revitalizando las técnicas tradicionales y la utilización de materiales tradicionales. © Flemming Aalund.

Prioridades y modos de actuación en el momento actual

La lentitud con que mejora tangiblemente la situación general del patrimonio cultural del Afganistán hace que resulte fácil perder de vista los sustanciales progresos alcanzados. Desde la caída del régimen talibán se han diseñado estrategias, se han puesto en pie mecanismos de coordinación y al país han empezado a llegar fondos que permiten que los programas vayan avanzando de la evaluación a la aplicación efectiva.

En mayo de 2002 la UNESCO inició un diálogo entre las autoridades afganas, expertos y donantes acerca de las prioridades de la salvaguardia del patrimonio cultural del país. El Seminario Internacional sobre la Rehabilitación del Patrimonio Cultural del Afganistán (Kabul, Afganistán, 27-29 de mayo de 2002) dio como resultado el primer plan de acción general para una estrategia del patrimonio cultural nacional. Dicho plan se centraba en un número limitado de intervenciones de urgencia dirigidas a la rehabilitación del Museo de Kabul y de monumentos y sitios históricos importantes de todo el país. El plan sugería asimismo la constitución de una entidad de coordinación internacional.

Así, en el otoño de 2002 el diálogo comenzado durante el Seminario Internacional se institucionalizó con el establecimiento de un Comité Internacional de Coordinación para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural del Afganistán[2] (CIC), atendiendo a la solicitud de las autoridades afganas para que la UNESCO desempeñase un papel de coordinación en todas las actividades internacionales que en el futuro se orientasen a salvaguardar el patrimonio cultural del país.

El Comité Internacional de Coordinación sirve como foro para atraer la atención permanente de la comunidad internacional hacia la importancia de rehabilitar el patrimonio cultural del Afganistán y movilizar fondos. En cuanto órgano de coordinación internacional, suministra también recomendaciones programáticas a las autoridades afganas sobre aquellas cuestiones que requieren atención prioritaria. Al mismo tiempo, revisa y valida opciones técnicas para intervenciones concretas encaminadas a conservar y rehabilitar sitios y monumentos[3]. Finalmente, compete al Comité Internacional de Coordinación la función crítica de aportar insumos estratégicos al programa sobre cultura, medios de comunicación y deportes contenido en el marco global para la ayuda al desarrollo en el Afganistán, esto es, el Presupuesto de Desarrollo Nacional (PDN) anual.

El Presupuesto de Desarrollo Nacional define las prioridades del Gobierno en lo que atañe a la reconstrucción nacional, articuladas en doce programas de desarrollo. En otras palabras, el Presupuesto de Desarrollo Nacional es un programa global de inversiones para la rehabilitación de los servicios públicos del país, que reúne las actividades de desarrollo planificadas en el territorio nacional, ya sean éstas llevadas a cabo directamente por el Gobierno, por organismos de las Naciones Unidas, por agencias de ayuda multilateral o bilateral o por ONG. Sirve como plataforma para la coordinación de las ayudas al Afganistán.

En el ámbito de la cultura, el Presupuesto de Desarrollo Nacional atiende a la conservación y protección de monumentos y sitios culturales e históricos, la rehabilitación y modernización de instituciones culturales públicas y el establecimiento de un clima conducente a la creatividad y a la participación de la sociedad civil en actividades culturales. El objetivo global es asegurar que los afganos disfruten de un mejor acceso a la cultura. Para el año fiscal 1382 (marzo de 2003-marzo de 2004) se señalaron estos seis proyectos prioritarios:

1. Rehabilitación del Museo de Kabul
2. Rehabilitación del Archivo Nacional
3. Rehabilitación del Teatro de Kabul
4. Consolidación y restauración de emergencia de monumentos y sitios culturales
5. Prevención de excavaciones ilícitas y del tráfico de bienes culturales
6. Rehabilitación de la Biblioteca Pública
7. Revitalización de la música tradicional afgana

Los proyectos fueron definidos y son supervisados a través de una serie de consultas, encabezadas por el Gobierno, en las que participan donantes y otros socios destacados en el desarrollo. La cooperación internacional se está configurando, pues, con arreglo a un proceso que pretende equilibrar la participación de interesados y una fuerte conducción nacional, con el Gobierno al frente de la reforma.

Dentro de ese marco, la oficina de la UNESCO en Kabul desempeña un papel de facilitación. Cuando el Ministerio de Finanzas estableció grupos consultivos como foros para un diálogo Gobierno-donantes sobre formulación y vigilancia del Presupuesto de Desarrollo Nacional, se pidió que la oficina de la UNESCO en Kabul actuase como punto focal del grupo consultivo sobre cultura, medios de comunicación y deportes. Ese

papel consiste fundamentalmente en construir capacidad institucional del Ministerio de Información y Cultura para la programación estratégica y la supervisión, ya que el Gobierno ha delegado en cada uno de los ministerios la responsabilidad de presentar su respectivo programa con cargo al Presupuesto de Desarrollo Nacional. Esto significa también que el Ministerio de Información y Cultura es el responsable último del cumplimiento de los mencionados proyectos del Presupuesto de Desarrollo Nacional, con independencia de cuál sea el organismo y/o donante ejecutor.

¿Qué se ha logrado y qué no?

Cuando ha transcurrido año y medio desde la Conferencia de Tokio, la cooperación internacional en el terreno de la cultura está reviviendo paulatinamente. Sin embargo, dada la magnitud de las necesidades, entre las autoridades afganas existe un sentimiento extendido de frustración. En primer lugar, la fuerte movilización de la comunidad internacional contra la destrucción de los Budas de Bamiyán había suscitado esperanzas de ayuda masiva una vez que cayera el régimen de los talibanes. En segundo lugar, mucha de la financiación inicial recibida no ha generado todavía cambios visibles, debido a que para poder emprender acciones prácticas de rehabilitación eran precisas muchas labores preparatorias, en particular actualizar la documentación científica relativa a los monumentos y sitios.

En agosto de 2003 ascendía a más de 4 millones de dólares la cantidad hecha efectiva por varios donantes a los proyectos culturales del Presupuesto de Desarrollo Nacional[4]. Hasta ahora se ha concedido atención prioritaria a la rehabilitación de monumentos históricos y culturales. La UNESCO, gracias a la aportación de fondos de Italia, el Japón y Suiza, y de la Aga Khan Trust Foundation for Culture (AKTC), ha puesto en marcha proyectos de rehabilitación en distintos monumentos y sitios de Kabul, en el sitio de Bamiyán, en monumentos de Herat y en el Minarete de Jam, que en 2002 pasó a ser el primer monumento histórico del Afganistán incluido en la Lista del Patrimonio Mundial.

La rehabilitación del Museo de Kabul constituye otra prioridad urgente. Gracias a la financiación aportada por Grecia, el Reino Unido, los Estados Unidos de América, la UNESCO y la SPACH, se espera que la rehabilitación material del edificio esté terminada al final de 2003. Al mismo tiempo, varios museos, entre ellos el Museo Guimet y el Museo Británico, han ofrecido formación *in situ* para el personal del Museo

en técnicas de conservación, gestión, etc. Varias de las estatuas del período de los kushana que los talibanes hicieron pedazos han sido reconstruidas y se exhiben en el vestíbulo del Museo.

En general, sin embargo, el apoyo a instituciones culturales sigue siendo limitado. El ejemplo más llamativo es el del Teatro de Kabul, que hoy se encuentra en el mismo estado de abandono en que se hallaba cuando cayó el régimen talibán hace casi dos años. Más positiva es la situación de *Afghan Films*, de la Biblioteca Pública y del Archivo Nacional, donde hay trabajos de rehabilitación en curso.

A los signos positivos de una cooperación internacional más vigorosa se opone un problema importante si se quiere invertir el trágico proceso de empobrecimiento del patrimonio cultural del Afganistán, que es el constante pillaje de los sitios arqueológicos y la exportación ilícita de bienes culturales. El Ministerio de Información y Cultura del Afganistán calcula que el pillaje y la exportación ilícita tienen ahora una magnitud comparable a la que tuvieron bajo el régimen de los talibanes. Los medios de que se dispone para combatir el pillaje siguen siendo limitados, sobre todo en aquellas zonas provinciales donde la situación de seguridad es todavía inestable. Este año el Ministerio de Información y Cultura solicitó el despliegue de quinientos guardianes armados en los sitios arqueológicos más desprotegidos del país. Hasta ahora los recursos disponibles para restaurar la ley y el orden en todo el país han sido insuficientes para atender a esa demanda. Otra estrategia de lucha contra el pillaje adoptada por el Ministerio de Información y Cultura con apoyo internacional, en particular de Italia y Francia, es la puesta en marcha de excavaciones científicas en el Afganistán. También la falta de seguridad en la mayoría de los yacimientos arqueológicos limita las posibilidades de tales intervenciones.

Entretanto las autoridades afganas se disponen a ratificar los dos instrumentos internacionales de protección de bienes culturales contra el tráfico ilícito, esto es, la *Convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales*, adoptada por la UNESCO en 1970, y la *Convención de Unidroit sobre objetos culturales robados o exportados ilícitamente*, de 1995. Con la ayuda de la UNESCO se está revisando la Ley del patrimonio cultural del Afganistán de 1980, armonizándola con los criterios internacionales estipulados en ambas Convenciones. La ratificación de esos dos instrumentos internacionales proveerá a las autoridades afganas

de cauces jurídicos para reclamar la restitución o el regreso de bienes culturales del exterior.

El sincero compromiso manifestado por las autoridades afganas de salvaguardar su patrimonio cultural como parte del proceso de reconstrucción ha catalizado una revitalización inmediata de la cooperación internacional en el ámbito de la cultura. Sin embargo, aún es no está asegurado que el Afganistán se recupere del "desastre cultural" que ha padecido. La respuesta dependerá en gran medida de la disposición de la comunidad internacional a acometer iniciativas conjuntas y esfuerzos de construcción de capacidades a largo plazo.

Notas

1. Presupuesto de Desarrollo Nacional, Programa 1.5: Cultura, medios de comunicación y deportes. El texto íntegro se encuentra en www.af, el sitio del Estado Islámico Transicional del Afganistán.
2. Los estatutos fueron aprobados por el Consejo Ejecutivo de la UNESCO en su 165ª sesión (octubre de 2002).
3. Hasta ahora se han reunido grupos de trabajo de expertos del Comité Internacional de Coordinación para discutir la conservación del sitio de Bamiyán (mayo de 2002), así como la rahabilitación de los sitios de Jam y Herat (noviembre de 2002). El Comité celebró en junio de 2003 su primera sesión plenaria, que permitió efectuar un completo repaso de la situación global del patrimonio cultural del Afganistán, tanto tangible como intangible.
4. Las cifras actualizadas de financiación del Presupuesto de Desarrollo Nacional se encuentran en www.af, base de datos de donantes.

La comunidad museística: Algunos ejemplos de solidaridad en la investigación internacional

Por Annie Caubet

Annie Caubet es arqueóloga y dirigió varias excavaciones en Siria, Chipre, Irán, Kuwait, Pakistán etc ... Es la directora de la colección de arte orientales en el Museo del Louvre, Paris.

Los grandes momentos de crisis, como muestran los acontecimientos de Iraq, hacen revivir en los científicos un sentimiento de solidaridad. En las épocas de estabilidad, las rivalidades y envidias ocultan el verdadero sentimiento de pertenecer a una comunidad que posee una ética común, sentimiento que tiende a difuminarse si no se produce ninguna crisis grave que lo reavive. Por el contrario, con motivo del llamamiento en favor del patrimonio iraquí, los arqueólogos, historiadores, restauradores y conservadores de museos dedicados esencialmente al estudio de Mesopotamia se reunieron en la Sede de la UNESCO y en las mesas redondas organizadas en una situación apremiante en todo el mundo para manifestar su pertenencia a una misma familia y su voluntad de cooperar.

El espíritu de familia de los orientalistas es un fenómeno antiguo. Ese sentimiento de pertenencia, reavivado periódicamente por el gran rito anual de los Encuentros de Asiriología, distintas conferencias internacionales más recientes y numerosas revistas científicas abiertas a todos, es especialmente vivaz en el mundo de los museos, en el que la tradición se remonta al redescubrimiento del pasado mesopotámico a mediados del siglo XIX. En efecto, la historia de ese redescubrimiento está íntimamente relacionada con la del nacimiento y desarrollo de las grandes colecciones mesopotámicas en los museos y la iniciativa de la investigación se tomó en el seno de estos últimos. El vínculo entre la excavación sobre el terreno y el museo es mucho más estrecho en el ámbito del Oriente Próximo que, por ejemplo, en los de la egiptología o la arqueología clásica y la cooperación entre museos o departamentos de arqueología oriental es por ello mucho más activa.

En particular, la colaboración entre los conservadores de Berlín, Londres y París es especialmente intensa. Las tres colecciones se asemejan en varios aspectos, entre los que cabe citar, en primer lugar, la antigüedad: el Louvre fue fundado en 1793 y el primer museo asirio abrió sus puertas en 1847; el Museo Británico celebró su bicentenario en 2003 y el Vorderasiatisches Museum de Berlín fue fundado en 1899. De una manera bastante típica de cada uno de los tres países, el impulso inicial procedió en Francia del Estado resultante de la Revolución, en Inglaterra de una empresa privada y en Alemania de la ciudad y el "Land". Las tres colecciones, compartidas con Estambul, se construyeron gracias a los hallazgos realizados en excavaciones sistemáticas y cada una de ellas posee sus momentos culminantes, representados por sitios importantes, a saber, Babilonia y la capital hitita de Hattusa en Berlín, Susa, Tello y Khorsabad en París, y Nínive, Nimrud y Ur en Londres. Junto con Estambul, son los tres únicos museos que pueden ofrecer por sí solos un panorama completo de las distintas civilizaciones que florecieron en el Oriente Antiguo, dejando a los museos nacionales edificados a lo largo del siglo XX en Irán, Iraq, Siria, Líbano y Jordania el privilegio de ilustrar con más detalle las culturas que evolucionaron en sus respectivos territorios.

Los museos colaboran principalmente en los campos de la investigación, la formación y el intercambio de personal, la circulación de obras, los proyectos de restauración, exposiciones y salas museográficas, las empresas de publicación y las excavaciones sobre el terreno y valorización de los sitios. En este artículo se presentan algunos ejemplos escogidos basándose en la experiencia del Departamento de Antigüedades Orientales del Museo del Louvre.

Investigación

El redescubrimiento del Oriente Antiguo y la historia del desciframiento de las escrituras cuneiformes fueron aventuras comunes del continente europeo en las que los museos desempeñaron un papel preponderante. Desde el principio, los investigadores concedieron una gran importancia a la transmisión y difusión de la información, que se realizaba mediante una red de sociedades científicas, como la Sociedad Asiática. Los investigadores mantenían una correspondencia asidua, dando con gusto las primicias de los avances de sus trabajos en forma de breves notas publicadas en revistas especializadas, como el *Journal des Savants*. En 1843, cuando Paul-Emile Botta, que en aquella época era cónsul de Francia en Mosul, inició la excavación del tell de

Khorsabad creyendo que iba a encontrar en él la antigua capital asiria de Nínive, envió enseguida cartas en las que relataba sus hallazgos tanto a la Academia de Turín, ciudad de origen de su familia, como a Jules Mohl, que las leyó ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras antes de publicarlas en el *Journal Asiatique* del 5 de abril de 1843. Las "Cartas del Sr. Botta sobre sus hallazgos en Nínive" mostraban al mundo el redescubrimiento de los asirios. Además, Botta, que había trabado amistad con el británico Austen H. Layard en Mosul, le daba los informes sobre sus hallazgos que enviaba a Francia para que los leyera. Posteriormente, la fama de Layard, futuro descubridor de Nínive y Nimrud, superó con creces la de Botta, que lo había iniciado en las excavaciones asirias.

Los pioneros de la arqueología, que por aquel entonces constituían una comunidad científica muy reducida, transmitían la información con rapidez, pues los nuevos descubrimientos se daban a conocer a un público letrado, principalmente mediante técnicas de vaciado y estampación, que en nuestros días han sido sustituidas por fotografías enviadas por correo electrónico. De este modo, el destino quiso que al mismo tiempo que Botta sacaba a la luz los primeros relieves asirios del palacio de Sargón II hallados en el sitio de Khorsabad, se descubría en Lárnaca, Chipre, la Estela de la victoria de ese mismo monarca. Los relieves de Khorsabad se trasladaron al Louvre, donde en 1847 se inauguró el primer museo asirio, mientras que la Estela de Lárnaca fue adquirida por el museo de Berlín. Ambos museos procedieron enseguida al intercambio de vaciados y Adrien de Longpérier, conservador de obras de arte antiguas, mencionó la Estela de Berlín en la reseña de monumentos asirios redactada para el público del Louvre en 1849. Actualmente la investigación es más internacional que nunca y en ella participan los museos, universidades y departamentos de antigüedades, en particular de los países de Europa y Oriente Próximo.

Formación e intercambio de personal

En teoría, los museos son partidarios del intercambio de investigadores, pero en la práctica, debido a la falta de personal y a la presión del trabajo de rutina, es difícil que los conservadores puedan ausentarse durante largos meses. Pese a ello, varios empleados del Museo del Louvre fueron acogidos por el Museo Metropolitano de Nueva York, y en 2002 la Escuela del Patrimonio, que forma a los futuros conservadores franceses, pudo enviar a uno de sus alumnos galardonados a Berlín. Cabe

esperar que en el futuro se vuelvan a emprender este tipo de iniciativas. Lo más normal es que los museos de Europa y América reciban al personal de los museos de distintos países de Oriente Próximo. Por ejemplo, el Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre acoge cada año a un promedio de 4 a 5 miembros de departamentos de Siria o Irán y espera recibir próximamente a jóvenes investigadores iraquíes.

Intercambio de obras

Existen muchos ejemplos de este tipo de intercambios y varias hipótesis. Es posible que un "gran museo" posea duplicados de los que puede disponer a cambio de un ejemplar representativo que le falta. Ello le ocurre al Louvre con los numerosos ladrillos dispersos que decoraban el palacio persa de Darío y fueron recogidos en el tell de Susa. Los fragmentos en buen estado fueron ensamblados de nuevo desde 1912 para constituir el "Friso de los arqueros", y arqueros sueltos se dejaron en depósito en Nueva York, el Museo Británico y Berlín, donde un arquero se cambió por un león de la via sagrada de Babilonia. Desde hace varios años, todos los ladrillos fragmentarios que se conservan en el Louvre se restauran y ensamblan nuevamente con un estilo menos ilusionista que en el pasado. Esos "nuevos" paneles se presentan en exposiciones temporales. Cabe señalar igualmente que el Louvre conserva en depósito duplicados antiguos del Código de Hammurabi, que fueron entregados por Bagdad a cambio de estatuillas neolíticas.



Los impresionantes restos del palacio construido por el rey Sargón II en Jorsabad y que inauguró en 706 a.C. se exponen en su posición original en una de las salas del Museo del Louvre, en París.
© Museo del Louvre

La otra hipótesis es la referente a los fragmentos pertenecientes a un mismo conjunto que se dispersó en el pasado, caso en que los museos se ponen de acuerdo para proceder a su depósito. Así pues, el sitio sumerio de Girsu, la actual Tello, explorado por las expediciones francesas a finales del siglo XIX, fue saqueado tras la primera guerra y el material se desperdigó por todo el mundo. Un fragmento central de la Estela de la victoria del príncipe Eannatum (denominada Estela de los buitres, del año 2.450 aproximadamente) y las manos de una estatua del príncipe Gudea (de alrededor de 2.120), conservadas en el Museo Británico, se dejaron en depósito a Francia para que volvieran a formar parte de las obras del Louvre.

Proyectos comunes de restauración

La restauración de obras figura entre los proyectos de cooperación de los que se pueden extraer más enseñanzas, al posibilitar el intercambio de especialistas y contribuir a la salvaguardia del patrimonio mundial. El Museo Británico ayudó a ensamblar de nuevo las estatuas neolíticas de Ain Ghazal (Jordania), mientras que el Louvre se encargó de la restauración del altar de Zeus en Jerash, decorado con estucos pintados, en colaboración con Jordania, y emprende con Siria la de las piezas de marfil del Palacio Real de Ugarit conservadas en el Museo Nacional de Damasco. Cabe esperar que en un futuro próximo la restauración de las obras del Museo Nacional de Iraq sea objeto de una operación internacional bajo la égida de la UNESCO, en la que obviamente desea participar el Museo del Louvre.

Museografía

Este término designa el esfuerzo consagrado a las galerías permanentes, en contraposición con las exposiciones temporales. La operación del "Gran Louvre", que entrañó mutaciones profundas de las relaciones del museo con el público y las contingencias económicas, proporcionó al personal del Louvre una experiencia en el ámbito museográfico. A raíz de ello, es consultado con frecuencia por otros museos de carácter nacional, por ejemplo, de Beirut, Damasco, Ammán o Teherán, cuando éstos emprenden transformaciones similares. En Jordania, la colaboración se amplió además a la presentación museográfica del altar helenístico en un criptopórtico romano del templo de Zeus acondicionado con ese fin.

Exposiciones

En la vida de los museos, la organización de exposiciones es el campo que exige una mayor solidaridad profesional y existen numerosos ejemplos que lo demuestran. Entre ellos cabe mencionar un acto reciente, especialmente destacado por la preocupación científica que rebasa la coyuntura política, y otro que se organizará próximamente. Durante la crisis de la segunda guerra del Golfo, el Museo Metropolitano de Nueva York inauguró la exposición sobre las "Primeras ciudades" del tercer milenio, reuniendo obras conservadas en Inglaterra, Francia, Alemania, Grecia, Turquía, Omán, Qatar, Arabia Saudita, Pakistán, etc. A pesar de las muchas dificultades que encontró, Siria pudo unirse a esta extraordinaria exhibición. En otoño de 2004, el Museo de Bellas Artes de Lyon inaugurará una exposición dedicada a la ciudad real de Ugarit, capital de un reino levantino del segundo milenio, con obras del Louvre, Damasco, Alepo y Latakia. Se trata de una empresa científica conjunta que combina los esfuerzos de un equipo internacional.

Conferencias y coloquios

Los museos dotados de un auditorio celebran conferencias y coloquios especialmente relacionados con las profesiones de los museos, además de los que organizan en colaboración con el mundo universitario. Con motivo de una exposición, se exhorta a especialistas a ampliar lo tratado en el catálogo o se dedican algunas jornadas a "la actualidad de los museos", invitando a conservadores, directores y arquitectos del mundo entero a asistir ellas para que expliquen los principios en que se inspiraron sus decisiones. Por último, en circunstancias trágicas, como las de la guerra de Iraq, Londres, París y Berlín organizaron con rapidez una mesa redonda de información, a la que sin duda sucederán otras.

Publicaciones

Resulta más difícil poner en marcha programas comunes de publicaciones de colecciones, en particular por cuestiones de idioma. Además de los catálogos de exposiciones que acompañan a los actos mencionados y que suelen ser obras colectivas, se pueden citar algunos ejemplos de libros editados conjuntamente: el de los relieves de Nínive del Louvre, en el que el Museo Británico dirige la investigación (en preparación); y en cuanto a las artes del Islam, el catálogo de la cerámica de loza

vidriada conservada en París y Teherán, que será confeccionado por el personal de ambos museos.

Proyectos de excavaciones y valorización de sitios

Actualmente, en los distintos países de Oriente Próximo los programas de excavaciones se llevan a cabo mediante misiones conjuntas que agrupan a investigadores del país en cuyo territorio se realizan y del país extranjero. En espera de que se reanuden las excavaciones francoiraquíes en los sitios mesopotámicos, la misión francosiria de Ugarit se prosigue en virtud de un acuerdo entre la Dirección General de Antigüedades y Museos (DGAM), el Museo del Louvre, la Universidad de Lyon II y el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de Francia. La participación del Louvre se orienta principalmente hacia las cuestiones de restauración y valorización del sitio y, a este respecto, se está elaborando un itinerario de visita con explicaciones discretas para los numerosos turistas sirios y extranjeros que acuden al lugar.

Quedarón atrás los tiempos en que los museos consideraban que la colaboración arqueológica en Oriente Próximo implicaba esencialmente trabajos sobre el terreno y la búsqueda de bonitos objetos. En la actualidad, se conciertan acuerdos bilaterales que prevén complejos conjuntos de actividades comunes y los museos establecen entre ellos redes oficiosas que preparan las grandes operaciones de organismos internacionales como el ICOM o la UNESCO.

Historia breve del Museo Nacional de Iraq

Por Usam Ghaidan y Anna Paolini

Usam Ghaidan es miembro del Royal Institute of British Architects. Hasta 1999 fue el arquitecto de construcción de escuelas de la UNESCO para la Región Árabe. Actualmente dirige el Punto Focal para la Cultura en Iraq de la UNESCO.

Anna Paolini se doctoró en arquitectura y urbanismo. Desde 1992 es especialista de programas para los estados árabes en la División para el Patrimonio Cultural de la UNESCO.

Una larga historia

El profesor John Russell, recién nombrado Ayudante del Asesor Cultural Superior de la Autoridad Provisional de la Coalición (APC), ha descrito Iraq como un país de primeras cosas: las primeras aldeas, ciudades, escritura, poesía, literatura épica, templos, religión codificada, ejércitos, arte de la guerra, economía mundial e imperio. El Museo de Iraq en Bagdad es un depósito único de milenios de historia y de diferentes culturas. Fue en el territorio del moderno Iraq donde se estableció y floreció la primera cultura urbana. Grandes ciudades fortificadas, vastos y complejos palacios y estructuras religiosas que se desarrollaron y evolucionaron sin solución de continuidad a lo largo de muchos siglos marcan el paisaje de este país entre ríos. Mucho de lo que sabemos acerca de Mesopotamia procede de la investigación arqueológica. Prácticamente todo Iraq es un sitio arqueológico. Son más de 10.000 los yacimientos localizados en el país, y hay muchos más por descubrir. Unos 1.500 han sido investigados. Aparte de algunos objetos importantes alojados en grandes instituciones como el Museo Británico y el Louvre, casi todos los hallazgos recuperados de esos yacimientos se encuentran en el Museo Nacional de Bagdad.

Esta importante institución nació en 1923 para acoger artefactos obtenidos en las excavaciones que entonces se llevaban a cabo en sitios asirios, babilónicos y sumerios. Era una única sala situada en el interior del al-Qushlah, la sede del gobierno en Bagdad, en la orilla oriental del río Tigris. Al crecer el número de hallazgos arqueológicos se

hizo necesario un edificio aparte, que se habilitó en el mismo lado del río, al pie del puente al-Shuhada, y se llamó Museo de Iraq. Gertrude Bell, la famosa arabista, exploradora y arqueóloga aficionada de origen británico, fue su primera directora hasta su muerte en 1926.

El museo siguió dando cabida a colecciones continuamente acrecentadas hasta 1966, cuando se inauguró un edificio mayor construido ex profeso en la orilla occidental del río, con el nuevo nombre de Museo Nacional de Iraq. Es una estructura de ladrillo con dos plantas y sótano. Las salas forman bloques rectangulares de entre 13 y 18 metros de ancho, dispuestas en torno a un patio cuadrado de 50 metros de largo, ajardinado y rodeado de verandas cubiertas.

El museo se amplió veinte años después con la adición de otro patio cuadrado de idéntico diseño y la extensión a veinte del número de salas abiertas al público, con una superficie total de 11.000 m^2. Las salas se ordenan cronológicamente. Los períodos prehistórico y sumerio se encuentran en la primera planta, mientras que en la planta baja se exhiben hallazgos de las épocas asiria e islámica. La sala más impresionante es la de las antigüedades asirias, cuyas paredes están cubiertas por relieves gigantescos de unos 15 metros de largo por 5 de alto, que representan ceremonias de las antiguas Nínive y Asur. Sobre pedestales se alzan los colosales toros alados con cabeza humana que antiguamente guardaban las puertas de las capitales asirias de Nínive y Jursabad.

En las restantes salas se exhibían más de 10.000 piezas, desde cilindros sellos diminutos hasta estatuas monumentales. Comprendían objetos de barro, cerámica, metal, hueso, tela, papel, vidrio, madera, piedra caliza y alabastro, abarcando los 10.000 años de la civilización humana desde los tiempos prehistóricos pasando por los períodos sumerio, babilónico, asirio, hatriano, parto y sasánida, hasta el período islámico. Las piezas expuestas representaban menos del 3 por ciento de los fondos iraquíes, en los que se incluyen más de 100.000 tablillas cuneiformes, entre ellas la más antigua colección de escritura protocuneiforme procedente de Uruk (3200 a.C.), los más antiguos códigos de leyes de la humanidad (siglo XVIII a.C.) y los inestimables archivos de Sippar, unas 800 tablillas de arcilla del período neobabilónico (625-539 a.C.). Esos fondos de valor incalculable hacen del Museo Nacional de Iraq uno de los mayores depósitos del mundo de tesoros culturales del antiguo Oriente Próximo y un lugar de visita obligada para el estudio de su historia.

Durante la Guerra del Golfo de 1991 fue bombardeado el Ministerio de Comunicaciones, situado frente al Museo, y las vibraciones resultantes hicieron añicos muchas de las vitrinas del Museo. El Museo fue cerrado, y, para protegerlos de bombardeos, el personal decidió trasladar los artefactos expuestos a un lugar más seguro. Pensando que la guerra sólo duraría unos cuantos meses, envolvieron en algodón los valiosos objetos de cerámica, marfil, tablillas cuneiformes, etc., y en gomaespuma los de metal. A continuación los introdujeron en cajones metálicos, cerraron éstos y los depositaron en el sótano del viejo almacén del Museo.

Por desgracia, los acontecimientos siguieron otro curso. No sólo no cesaron los bombardeos, sino que además los cortes del suministro eléctrico debidos a la destrucción de generadores y a las sanciones subsiguientes hicieron que dejaran de funcionar las bombas que se habían instalado para extraer el agua subterránea de los sótanos, y el suelo se anegó. Los cajones de metal se corroyeron, dejando que la humedad llegase al algodón y la gomaespuma protectores y convirtiendo éstos en criaderos de bacterias, polillas y otros organismos perjudiciales. Cientos de piezas se desintegraban a la vista del personal de laboratorio del Museo, que no podía hacer nada por carecer de las sustancias químicas necesarias, cuya importación no estaba autorizada por el Comité de Sanciones.

Cuando el Museo abrió sus puertas al público nueve años después, en abril de 2000, cientos de objetos que habían logrado sobrevivir entre dos mil y tres mil años estaban dañados, algunos de forma irreversible.

En febrero de 2003, casi exactamente tres años más tarde, el Museo se vio de nuevo obligado a echar el cierre y buscar asilo más seguro para sus colecciones. Esta vez el impacto fue más devastador. La desintegración del orden público a raíz de la guerra trajo oleadas de robo y pillaje. En un frenesí irreprimido de desvalijamiento cultural, los saqueadores que vaciaron edificios y empresas del gobierno tras la caída de Bagdad también atacaron el Museo, robando y destruyendo artefactos que en algunos casos tenían 7.000 años de antigüedad. Gran parte del saqueo se produjo el jueves 10 de abril. Los guardianes del museo asistieron pasivamente al asalto del museo por hordas provistas de carretillas y carros, que robaron valiosísimas estatuas, vasijas, tablillas de arcilla, etc., dejando las salas vacías salvo las vitrinas destrozadas y el suelo sembrado de vasijas de cerámica rotas.

El 3 de julio la Autoridad Provisional de la Coalición organizó en el Museo Nacional una exposición de un día. En ella se exhibieron piezas de oro de las tumbas reales de Ur y algunos artefactos recuperados, como el Vaso de Warka. Pero la estrella de la exposición era el Tesoro de Nimrud, compuesto por joyas de oro desenterradas por arqueólogos iraquíes en Nimrud entre 1988 y 1990. En la que fuera capital neoasiria al sudeste de Mosul se descubrieron cuatro tumbas bajo un pavimento del palacio noroccidental del rey Asurnasirpal II (883-859 a.C.). Ese tesoro estaba guardado en las cámaras del Banco Central iraquí desde la Guerra del Golfo de 1991. Cuando el renombrado Romisch-Germanische Museum de Maguncia (Alemania) quiso exponer ese tesoro hace algunos años, no se encontró ninguna compañía aseguradora que quisiera asegurarlo. Se consideraba demasiado valioso.

Con la exposición de julio, la Autoridad Provisional de la Coalición quiso demostrar que había una vuelta a la normalidad. Tristemente, sólo unas horas después del cierre de la exposición un soldado estadounidense que hacía guardia en el Museo fue muerto por un francotirador, y un par de días después un periodista británico fue asesinado al otro lado de la calle.

Una pérdida para toda la humanidad

Hoy el Museo Nacional de Iraq es una mera sombra de lo que fue. Según las últimas indagaciones, han desaparecido más de 30 piezas de gran tamaño y 12.000 más pequeñas. Cada una es en sí una obra maestra irreemplazable. Cada una es única y tiene una historia que contar. La suma de esas historias es una parte fundamental de nuestra identidad. Nuestro patrimonio arqueológico es un recurso no renovable, y destruir una de sus partes es perderla para siempre.

Es responsabilidad de la comunidad mundial cooperar en la rehabilitación de este importante depósito de la historia de la humanidad. Con ese fin, la UNESCO, en su condición de único organismo internacional que tiene como misión la salvaguardia del patrimonio humano, ha adoptado numerosas medidas durante el período de sanciones, en vísperas del reciente conflicto armado y hasta el día de hoy. En 1999 la UNESCO contribuyó a reponer los sistemas de acondicionamiento de aire y seguridad en el Museo. La UNESCO está comprometida a llevar adelante su acción en favor de la conservación del rico patrimonio cultural de Iraq.

En la actualidad la UNESCO coordina acciones internacionales para la restauración del Museo. Todos los sectores del mismo necesitan atención, y serán precisos esfuerzos sistemáticos para responder a todas las necesidades. Las zonas de exposición y las oficinas han sido saqueadas y vandalizadas, pero también los laboratorios de restauración han sufrido serios daños. Los años de embargo hicieron muy difícil que los conservadores del Museo actualizaran sus conocimientos en lo tocante al uso de nuevo equipo y materiales apropiados. Casi todos los materiales necesarios eran productos químicos cuya importación estaba prohibida. El extenso pillaje perpetrado durante y después del reciente conflicto armado empeoró la situación de los laboratorios, que ahora es preciso renovar y reequipar por entero. Como las restantes instalaciones del Museo, también el sistema de seguridad ha quedado destruido. Se están valorando los daños de esa estructura esencial antes de decidir el mejor sistema de seguridad posible para proteger eficazmente la colección contra los riesgos de incendio, vandalismo, robo, etc. El programa museológico de exposiciones permanentes será probablemente revisado, y habrá que remodelar el diseño de las salas para subrayar el valor histórico de esta colección única y excepcional.

En este caso los recursos humanos del Museo fueron más que un componente importante de su funcionamiento. Si se ha salvado la mayor parte de las colecciones ha sido gracias a su dedicación. Resuelto a colaborar en el restablecimiento de una "situación normal", el personal necesita capacitación en muchos campos de la museología. La futura modernización y modificación del equipo exigirá acciones adecuadas que garanticen la formación a largo plazo.

La rehabilitación del Museo de Iraq y de sus inestimables colecciones merece atención urgente y atañe a toda la comunidad internacional. El llamado ha recibido ya respuestas positivas de organizaciones profesionales y prestigiosas instituciones culturales, y esa sólida colaboración internacional hará posible que el Museo de Bagdad ocupe el lugar que le corresponde entre los restantes museos del mundo.

La destrucción del Museo Nacional de Iraq

Por Selma Al-Radi

Selma Al-Radi es arqueóloga, experta en conservación y restauración e investigadora asociada en la Universidad de Nueva York. Es asociado del Getty Conservation Institute*, miembro del* Aga Khan Trust for Culture *y asesora del Museo Nacional del Yemen. La Dra. Al-Radi ha dirigido trabajos de excavación y restauración en Iraq, Egipto, Túnez, Chipre, Siria y el Yemen.*

Medidas protectoras de emergencia

El Museo de Iraq en Bagdad alberga una de las más grandes colecciones de antigüedades procedentes de Iraq, casi todas halladas en el curso de excavaciones arqueológicas. Tres semanas antes de que comenzara la última guerra en Iraq, en los primeros días de marzo de 2003, el personal del Museo de Iraq cerró las salas al público y emprendió la tarea de proteger el museo y su contenido. Todos los objetos transportables que se exhibían en las salas fueron retirados y escondidos en los almacenes, o en refugios antiaéreos de los alrededores de Bagdad. Los objetos y estatuas de mayores dimensiones se dejaron *in situ*, y en el área circundante se tendieron colchones de gomaespuma para protegerlos en la eventualidad de que un impacto directo los derribara de sus pedestales. También se colocaron colchones de gomaespuma delante de los Relieves Asirios y en el suelo de todos los almacenes. El personal confiaba en que protegieran a los objetos si un impacto directo hacía caer las estanterías metálicas.

La colección de manuscritos y rollos antiguos fue trasladada a un refugio antiaéreo del oeste de Bagdad. Los archivos fueron embalados y repartidos entre barriadas shiíes donde pudieran ser custodiados por clérigos.

Las joyas de oro de las Tumbas Reales de Ur y de las Tumbas Reales de las Reinas Asirias de Nimrud (unas 7.360 piezas en total) habían sido depositadas en las cámaras del Banco Central de Iraq antes de la Guerra del Golfo de 1991. Nunca se movieron de allí, y se encontraron intactas cuando un equipo de funcionarios iraquíes y

representantes de las fuerzas de ocupación estadounidenses abrieron las cámaras, pero estas cámaras desdichadamente se habían inundado.

Entre los funcionarios responsables del Museo se discutió la conveniencia de dar protección adicional a las puertas de acero de los almacenes con muros de cemento o de ladrillo; así se hizo en la Biblioteca del Museo, y todos los libros allí depositados se salvaron. La tesis del conservador era que si el Museo recibía un impacto directo de bomba incendiaria y los almacenes se incendiaban, los bomberos no podrían llegar a tiempo para extinguir el fuego. Por consiguiente, no se reforzó la protección. Fue una decisión meditada, pero en este caso resultó ser un error.

El Museo de Iraq fue saqueado durante varios días, no por un grupo de ladrones sino al parecer por dos, el primero probablemente profesional, el segundo una multitud descontrolada. Los "profesionales" que entraron con cortacristales y llaves (que pudieron sustraer del despacho de la conservadora, ya que su caja fuerte fue forzada), ¿actuaban por encargo de alguien? ¿Eran extranjeros, o simplemente gente del lugar que se valió del caos y de la situación para apropiarse de objetos del Museo? La multitud era con toda seguridad local, en su mayoría personas residentes en la vecindad inmediata del Museo; pero se desconoce si el equipo profesional era del lugar.

El ejército estadounidense entró oficialmente en Bagdad el 9 de abril. La información sobre la cronología de los hechos subsiguientes fue obtenida de conversaciones con el personal del Museo y del coronel Matthew Bogdanos (US Central Command), cuyas fuerzas son ahora las responsables de la seguridad del Museo.

Cronología de los hechos

8 de abril, martes: El personal del Museo se marcha; fedayines, o miembros de una milicia, toman el recinto del Museo y empiezan a disparar contra las tropas estadounidenses: los muros exteriores del Museo están acribillados de impactos de bala. El personal intentó volver al Museo pero no pudo, debido a los combates que se libraban en la zona. Hubo también un francotirador disparando desde una habitación del segundo piso del Museo.

9 de abril, miércoles: Se derriba la estatua de Saddam (ante la mirada de millones de televidentes de todo el mundo), quizá proporcionando una cobertura perfecta para el atraco. Dos "vehículos de transporte de personal blindados" fueron vistos en el recinto del Museo por la población local, que parece mostrarse unánime al respecto. Cierto número de personas entraron en el Museo y permanecieron en él "durante dos horas", según la estimación general. Salieron cargadas con muchas cajas y se marcharon (esta historia no está confirmada por otras fuentes). Al parecer entraron por la puerta lateral pequeña del Museo, de la cual tenían llave (esta puerta seguía estando abierta el 10 de abril). También estaba abierta la puerta de atrás; a alguien se le había olvidado cerrarla.

10 de abril, jueves: Empieza el saqueo por la multitud. Algunas personas al parecer entraron por una puerta pequeña que estaba abierta en la parte de atrás del Museo. Más tarde la multitud abrió la puerta pequeña próxima a la entrada principal y forzó la puerta principal desde dentro. El guardián Muhsin trató de convencer a la dotación de un tanque estadounidense que estaba posicionado en las cercanías para que acudiera a proteger el Museo; fueron una vez y expulsaron a los saqueadores, pero se negaron a quedarse, diciendo que "no tenían órdenes de hacerlo". Muhsin intentó ahuyentar a la multitud, pero se atemorizó y se fue a su casa.

11 de abril, viernes: Turbas locales siguen saqueando el Museo. Los asaltantes echan abajo las puertas de cristal que dan paso a las oficinas administrativas, entran en los despachos y emprenden el pillaje del mobiliario de oficina. Se llevan mesas y sillas, ordenadores y otros equipos de oficina. La caja fuerte de la conservadora fue profesionalmente taladrada y abierta, y sustraídos los salarios del personal para los dos meses siguientes y el dinero propio que la conservadora tenía guardado en la caja. También las llaves del Museo desaparecieron de la caja.

Un francotirador apostado en una habitación del segundo piso dispara por un ventanuco contra las tropas estadounidenses de abajo; en el lugar se encontraron una granada autopropulsada y muchos casquillos vacíos. Es un lugar extraño para un francotirador: es seguro y resguardado, pero la vista que se tiene a través de una ranura muy estrecha es limitada. En opinión del coronel Bogdanos, podría haber disparado hacia la otra acera de la calle sólo para provocar la confusión general.

12 de abril, sábado: Las turbas vuelven a asaltar el Museo, llevándose las sillas y mesas que quedaban y rompiendo a hachazos todas las puertas de los despachos. Las vitrinas

de las salas quedan destrozadas. Todas las cámaras de Donny George, Director de Investigación del Museo –su colección personal– desaparecen de su caja fuerte de acero. Las utilizaba para el Museo y creyó que allí estarían más seguras que en su casa. Se destrozan archivadores.

La multitud saquea dos almacenes; en un tercero sólo entró sin causar daños. De esos almacenes se sacaron muchos objetos, pero no se conocerá el total mientras el personal del Museo no haya confrontado los restos con el inventario. Ese trabajo llevará muchos meses, ya que hay más de 170.000 objetos con números del Museo de Iraq (IM), aparte de una colección inmensa con fines de estudio.

13 de abril, domingo: El personal del Museo vuelve al trabajo. El Director General de Antigüedades, Dr. Jabber, y Donny George encuentran las llaves de la caja fuerte en el recinto del Museo. La multitud sigue merodeando, pero logran expulsarla del recinto. El restaurador del Museo vuelve a pedir a las tropas estadounidenses estacionadas en las cercanías que protejan el Museo, sin conseguirlo.

16 de abril, miércoles: Por fin toman posición tanques estadounidenses en el recinto del Museo. Pocos días después vienen al Museo dos hombres y devuelven la estatua del rey asirio Salmanasar III en tres pedazos, uno de los relieves de Ubaid y algunas piezas más.

Multitudes locales saquearon el Museo entre el 10 y el 13 de abril: el guardián Muhsin se marchó el 10 de abril cuando la situación se hizo demasiado peligrosa. En esos tres días salieron del Museo entre 6.000 y 10.000 objetos. Entre ellos se cuentan algunas de las piezas más famosas de la colección, como la cabeza de Warka y la estatua de Ba Sidqi. Más tarde se descubrió que también había sido sustraída toda la colección de sellos, lo que significa la desaparición de otros 4.800 objetos. Muchos más se habían roto en el caos general del saqueo.

Ha habido un goteo continuo de devoluciones desde que el coronel Matthew Bogdanos declaró una amnistía general para todo el que restituya un objeto. En consecuencia, cuando se escriben estas líneas asciende a más de 2.500 el número de objetos restituidos, en gran medida por personas residentes en la vecindad. Vienen al Museo diciendo: “Yo entré con la multitud, tomé esto para salvarlo y aquí lo traigo”. El Vaso de Warka fue devuelto, agrietado pero prácticamente intacto. Es posible que algún día reaparezcan algunas otras piezas importantes.

Tras la tormenta

La indignación internacional consiguiente y las informaciones de prensa sobre la falta de interés por parte de las fuerzas estadounidenses en proteger el patrimonio cultural de Iraq han significado una marca negra para la Ocupación. Los servicios de prensa de las Autoridades de Ocupación estadounidenses han minusvalorado las pérdidas, mientras algunos periodistas con base en los Estados Unidos llegaban a afirmar que hubo colusión entre los ladrones y el personal o incluso que el personal robó los objetos. Como mínimo escriben que se han exagerado las pérdidas, y todos declaran que se ha restituido la mayoría de los objetos robados. Una posible explicación de esto es que cuando se abrieron las cámaras del Banco Central se declaró que los objetos almacenados en ellas habían sido "hallados", como si se tratara de un descubrimiento, siendo así que esos objetos no estuvieron nunca en la lista de "perdidos". Todo el material que había en las cámaras fue depositado en ellas durante la Primera Guerra del Golfo. Los tesoros de oro de Ur y Nimrud, por ejemplo, no salieron de allí en ningún momento. Todo el mundo sabía que estaban allí, y tan pronto como hubo una autoridad que pudiera abrir las cámaras se abrieron. Todos los objetos estaban intactos, aunque con algo de humedad, y el 3 de julio todo ese material fue expuesto en el Museo sólo por un día. El contingente de infantes de marina estadounidenses de servicio en el Museo durmió junto a los objetos durante la noche y permaneció allí mientras duró la exposición.

El estado del Museo de Iraq

Volviendo la mirada al pasado reciente, el deterioro del Museo de Iraq durante los doce años de sanciones ha sido extraordinario. El sistema de acondicionamiento de aire apenas funcionaba con las piezas de repuesto disponibles. El interior del edificio no se había pintado hacía años. El mobiliario de oficina tenía por lo menos veinte años de antigüedad y literalmente se caía a pedazos. Lo mismo se puede decir del resto del país, museos y edificios, casas y calles: todo se había deteriorado y necesitaba mantenimiento. El personal del Museo era insuficiente, y estaba formado en su mayor parte por jóvenes licenciados sin experiencia. Los recursos eran mínimos: los ordenadores, las máquinas de escribir y el material de oficina existentes eran arcaicos. El conjunto del Museo se estaba gestionando con un presupuesto mísero. El personal hacía lo que podía con unos medios tan limitados.

En vista de la tarea que le espera, es necesario que el personal del Museo de Iraq esté mejor formado. Las necesidades actuales son ingentes en todos los ámbitos, desde las tareas de conservación en sentido estricto e investigación hasta las actividades técnicas y de mantenimiento. Una vez que se hayan satisfecho los requisitos básicos de equipamiento, la siguiente prioridad debería ser la provisión de becas de estudio en el extranjero y programas de capacitación. Por encima de todo, y para prevenir nuevos daños, hay que instalar un nuevo sistema de seguridad para la protección del Museo.

De las medidas preventivas a la misión de investigación

Por McGuire Gibson

McGuire Gibson es arqueólogo y profesor de Arqueología Mesopotámica en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. Fue miembro del equipo de la UNESCO que visitó Bagdad en mayo de 2003, después del saqueo del Museo Nacional de Bagdad.

Debería ser impensable librar una guerra moderna en la cuna de la civilización, pero la antigua Mesopotamia ha sido escenario de dos conflictos graves en trece años, y ambos acarrearon daños significativos para un patrimonio cultural de la mayor importancia. Con sus milenios de civilizaciones sumeria, acadia, babilónica, asiria e islámica, Iraq está en la primera línea de una tradición cultural que ha afectado a las civilizaciones occidentales y orientales. Hasta el año pasado, sin embargo, la mayoría de las personas probablemente no se daban cuenta de que Iraq es Mesopotamia.

Medidas de prevención

Los medios de información mostraron vívidamente el saqueo del Museo de Iraq en abril de 2003. La reacción a las imágenes fue un torrente de preocupación e indignación por que se hubiera permitido el saqueo, seguido de muchas peticiones de medidas correctivas. No menos alarmantes, aunque recibieran menos atención en los medios, fueron el saqueo del Museo de Mosul, el saqueo e incendio de la Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional de Iraq y de la Biblioteca Coránica del Awqaf, el saqueo de la Galería de Bellas Artes de Bagdad y la destrucción de bibliotecas universitarias en todo el país. Las primeras noticias sobre la pérdida de los fondos del Centro Saddam para los Manuscritos, dependiente de la Junta Estatal de Antigüedades y del Patrimonio, causaron gran consternación entre quienes los conocían. En las semanas siguientes al cese de los combates, instituciones culturales como la Bayt al-Hikma, la Academia Iraquí de la Ciencia, la Academia de Música, el Palacio Abasí y el Centro Administrativo Otomano (Sarai, Qushla), que habían escapado a la oleada inicial de saqueos, fueron también víctimas del vandalismo.

Expertos individuales, organizaciones científicas y la UNESCO habían pronosticado problemas para el patrimonio cultural de Iraq en caso de guerra. Organizaciones científicas de primera fila como el *Archaeological Institute of America*, la *College Art Association* y las *American Schools of Oriental Research* emitieron declaraciones sobre la importancia del patrimonio iraquí, juntamente con instituciones doctas de Europa. En respuesta a un llamado del Archaeological Institute of America a todos los arqueólogos para proporcionar a las fuerzas armadas de los Estados Unidos la más completa información sobre el emplazamiento de sitios y monumentos antiguos, yo hice llegar al Pentágono a finales de enero una lista de 4.000 sitios compilada en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. Posteriormente envié coordenadas de otro millar de sitios. La lista de más de un centenar de monumentos en pie se hizo a partir de varias fuentes publicadas, y también de las notas que me facilitó el Dr. Zainab Bahrani de la Universidad de Columbia (Nueva York). Los yacimientos arqueológicos habían sido localizados en inspecciones llevadas a cabo por arqueólogos, principalmente de Chicago, desde la década de 1930. Se tenía la esperanza de que al menos esos lugares no fueran atacados. Hasta donde yo puedo juzgar, por parte de los militares hubo un intento de buena fe de evitar daños a sitios y edificios históricos. Hay que subrayar, sin embargo, que esos 5.000 sitios eran sólo una pequeña parte de los cientos de miles que hay en Iraq, y que la cobertura de las inspecciones sólo alcanzaba a aproximadamente un 15 por 100 del país. La entrega de los datos de localización de los sitios se hizo en un viaje a Washington en el que formé parte de una delegación que habló al Pentágono y al Departamento de Estado sobre la importancia de Iraq como Mesopotamia y los peligros potenciales para museos, monumentos y sitios.

El 21 de marzo publiqué un artículo en *Science*[1] con detalles de los daños ya causados al patrimonio iraquí por el saqueo de nueve de los museos regionales en las sublevaciones que siguieron a la Guerra del Golfo en 1991. También subrayaba el efecto aún más drástico del embargo económico, durante el cual el pillaje de yacimientos había adquirido proporciones industriales. Hablaba en concreto del peligro inminente para el Museo Nacional de Iraq en Bagdad si se produjera un período de caos durante las hostilidades que se estaban iniciando en la fecha de publicación. Señalaba asimismo la vulnerabilidad de los millares de sitios arqueológicos situados en el camino de la guerra. Dentro de un conjunto de medidas propuestas que idealmente se podrían aplicar en la posguerra figuraban el mantenimiento de la severa Ley de Antigüedades

que había frenado el aumento del tráfico ilegal de antigüedades hasta la Guerra del Golfo, la evaluación de los daños en bienes culturales y un programa internacional a largo plazo de salvamento arqueológico bajo la dirección de la Junta Estatal de Antigüedades.

Evaluar los daños de la guerra

Antes de que comenzara la guerra, muchos otros estudiosos de los Estados Unidos y otros países advirtieron acerca del peligro para los museos y sitios de Iraq. La preocupación internacional se agudizó considerablemente con la catástrofe del Museo Nacional de Iraq y de la Biblioteca y el Archivo nacionales. Ya el 10 de abril las primeras noticias en medios de comunicación mostraron a saqueadores en las salas públicas del Museo e indicaron que aún no habían llegado a la segunda planta. El 12 de abril se emitieron imágenes que mostraban en el primer término a personal subordinado de Antigüedades residente en las cercanías del Museo, y al fondo a saqueadores en las salas públicas del mismo. Se veía a una mujer clamando que se lo habían llevado todo. Lo cierto es que esa mujer, a quien se identificaba en los reportajes como conservadora del Museo, llevaba muchos meses destinada en otro museo de la ciudad y no sabía que en las semanas anteriores a la guerra un grupo especial de empleados de Antigüedades había retirado de exhibición más de 8.000 piezas. Ella creyó que las vitrinas vacías, algunas rotas, habían sido vaciadas por los saqueadores. Uno de los empleados, a las preguntas insistentes de los periodistas sobre cuántos objetos había en el Museo, respondió que 170.000. Esa cifra fue muy difundida como la cantidad de objetos robados. La mayoría de los expertos y yo mismo nos abstuvimos de dar cifras de las pérdidas porque en los reportajes se veían todavía objetos expuestos en las salas públicas e incluso en los almacenes. Era evidente que nadie podría decir qué era lo que faltaba sin un inventario detallado de las colecciones. Pero habida cuenta de que en el Museo hubo ladrones del 10 al 12 de abril, con libre acceso durante la mayor parte del tiempo, una cifra de 170.000 piezas podía ser realista. Quienes conocen bien el museo saben que hay muchas más de 170.000 piezas en sus almacenes. Esa cifra procedía de los números de inventario IM (Iraq Museum) que se vinieron asignando hasta 2003. Ahora bien, muchos números IM no se refieren a un solo artefacto sino a varios y hasta docenas, subnumerados con las letras a, b, c, etc. Existen también muchos artefactos en la “Colección de estudio”, procedentes de excavaciones arqueológicas, que se

almacenan por yacimiento y año bajo los números de campo asignados por los excavadores, en lugar de recibir números IM.

La UNESCO organizó una primera reunión en París el 17 de abril para poner en marcha la cooperación internacional. En la segunda reunión, celebrada en el Museo Británico el 29 de abril, estuvieron presentes el Dr. Donny George, Director de Investigación del Museo, y el Dr. John Curtis, Conservador del Museo Británico, quien en aquella ocasión dio datos de primera mano sobre el saqueo del Museo y la situación reinante en Bagdad. Allí conocimos con certeza el número de almacenes que habían sido asaltados y empezamos a tener información fehaciente sobre piezas importantes perdidas. Del lado positivo, supimos también que la colección del Centro Saddam para los Manuscritos había sido trasladada a un búnker y estaba segura. Pero también tuvimos las primeras noticias sobre el saqueo de yacimientos arqueológicos, que había comenzado con intensidad el mismo día en que se inició la guerra.

La primera misión de investigación de la UNESCO, presidida por el Subdirector General de Cultura de la UNESCO, Mounir Bouchenaki, llegó a Bagdad el 14 de mayo y permaneció hasta el 17 de mayo. En la parte dedicada a oficinas del complejo de edificios de la Junta Estatal de Antigüedades el saqueo y el vandalismo eran muy extensos, estando dañadas todas las puertas y esparcidos los documentos por el suelo de despachos y pasillos. La tarea de reconstruir los archivos de la organización llevará años.

El equipo llevó a cabo una inspección detenida de las salas públicas, los laboratorios de restauración y las oficinas administrativas del Museo. La visita a los almacenes que habían sido asaltados por saqueadores reveló que en uno de los depósitos había habido robos selectivos, mientras que en otros el desorden general, las cerámicas rotas y la sustracción indiscriminada de objetos de los anaqueles denotaban un expolio menos específico y más aleatorio. Ya entonces se sabía que ambos grupos de saqueadores habían pasado por alto el almacén de la colección de tabletas cuneiformes, trasladada allí hace pocos años. Tampoco habían entrado en un almacén secreto especial que albergaba la mayor parte de los artefactos retirados de exhibición en las salas públicas del Museo durante el mes de marzo. El hecho de que los ladrones al parecer desconocieran la existencia de esos almacenes especiales, así como del búnker con los manuscritos, sugiere que los actuales administradores del Museo no tuvieron parte en el saqueo, y que cualesquiera informaciones privilegiadas datarían de hace varios años.

En la reunión de Londres se confirmó que los tesoros de las tumbas de las reinas asirias de Nimrud y el oro del cementerio de Ur, así como la cabeza de cobre de Naram Sin y otras piezas importantes que se daban por perdidas en algunas de las primeras informaciones de los medios de comunicación, no se guardaban en el Museo; estaban en las cámaras del Banco Central desde antes de la Guerra del Golfo de 1991. El problema con las piezas del Banco Central, sin embargo, era que en noticias televisadas se había mostrado a multitudes saqueando el Banco. No se sabía si alguien había conseguido abrir las cámaras. Cuando el equipo de la UNESCO llegó a Bagdad el Banco estaba custodiado por tanques estadounidenses, pero no habían tomado posiciones hasta varios días después del 16 de abril, cuando otra unidad llegó por fin para proteger el Museo. En la zona de las cámaras del Banco Central había más de 15 metros de agua, y mientras no se bombease nadie podía estar seguro de la suerte que habían corrido los artefactos del Museo. Quiso la suerte que una vez extraída el agua y abiertas las cámaras se hallaran las cajas intactas, y los objetos fueron trasladados al Museo para su conservación y una exposición de un día que tuvo lugar el 3 de julio. Seguidamente fueron de nuevo depositados en la cámara del Banco.

El estado de los sitios arqueológicos

Antes y después de la misión de investigación de la UNESCO, a la que me incorporé en Bagdad, yo estuve en Iraq formando parte de un grupo de *National Geographic* que examinaba los daños sufridos por sitios arqueológicos del norte y sur del país. En general, aunque las zonas de exhibición pública y los almacenes del Museo de Mosul fueron saqueados y se perdieron partes de las bandas de cobre de Balawat, los lugares del norte corrieron mucho menos peligro que los del sur. En el palacio de Nimrud se estacionó una unidad militar estadounidense después de que se divulgaran las noticias de daños y robo de losas con relieves. Nínive, donde el palacio de Senaquerib sufrió daños de consideración, no estaba tan vigilada, aunque patrullas militares visitaban el lugar de día.

En el sur el grupo de National Geographic esperaba encontrar mayores daños, porque ya habían viajado a Bagdad guardianes de Antigüedades procedentes de Umma para denunciar que en el primer día de la guerra llegaron al yacimiento docenas de hombres, expulsaron a los trece vigilantes y empezaron a saquear el lugar. El equipo de National Geographic visitó Babilonia, Nippur, Ur, Eridu, Larsa, Girsu y algunos otros

sitios. Babilonia y Ur, aunque con daños de menor cuantía, están ahora completamente ocupadas por tropas estadounidenses. Los mayores daños se descubrieron en Larsa, pero también en Girsu se detectó excavación ilegal. En Nippur había cuatro hoyos nuevos, pero nada grave en esa fecha. Yo pagué a los vigilantes de Nippur y hablé con el jeque local, por lo que pensé que dejábamos el sitio protegido de ulteriores daños. Los hallazgos esenciales de este grupo de National Geographic fueron comunicados a la UNESCO.

El 21 de mayo pude acompañar al embajador Piero Cordone, responsable del Ministerio de Cultura, y por lo tanto de Antigüedades, en una gira en helicóptero por un grupo de sitios del sur de Iraq. Yo había facilitado a su oficina las coordenadas de un grupo de trece sitios en los que se sabía de saqueos, así como de otros que yo suponía que habrían sido saqueados. En el curso de dicha gira, aterrizamos en Nippur y encontramos señales de unos cuantos hoyos recién abiertos. Sobrevolando Umm al-Hafriyat, un sitio que yo había excavado en 1977, vimos cientos de hoyos pero a nadie excavando en aquel momento. Pasando sobre Adab y Tell Shmid vimos hasta dos centenares de excavadores en acción. Al tomar tierra en Umma, un foco importante de trabajo reciente por parte de la Junta Estatal de Antigüedades, los soldados ahuyentaron a unos 200 o 300 hombres, que volvieron cuando nos marchamos. De lejos vimos hombres en Zabalam, y al pasar sobre Umm a-Aqarib, también excavado recientemente por la Junta Estatal de Antigüedades, vimos hombres que destruían varias partes del yacimiento. Sobre Girsu vimos muestras de excavación reciente, pero a nadie trabajando ese día. Lagash, al sur, parecía intacto. Al sudoeste, Bad Tibira mostraba excavación reciente. Al tomar tierra en Ur nos recibieron tropas estadounidenses. Sobrevolando Larsa pudimos confirmar las observaciones del grupo de *National Geographic*, que vio extensos daños pero no excavación activa. Sobre Uruk no vimos indicios de excavación ilegal. Pero cuando llegamos a Isin encontramos entre 200 y 300 hombres trabajando. Se acercaron sonrientes, pensando que a nadie le importaría que estuvieran saqueando. Se les dijo que se marcharan, que estaba prohibido excavar. Sé por una noticia de prensa que al día siguiente volvieron. De todos los yacimientos inspeccionados, Adab, Umma e Isin son los más dañados, quizá irreparablemente. Hoy esos yacimientos parecen un queso suizo. Además de los sitios más famosos mencionados, vi también otros cuatro más pequeños dañados por hoyos de saqueadores. Es de suponer que cientos de sitios, sobre todo en el sur de Iraq, hayan sido saqueados

recientemente o estén siendo excavados de forma ilegal. Pero si continúa el saqueo sin medidas efectivas que lo detengan, sin duda se extenderá a otros sitios y otras zonas.

La segunda misión de investigación de la UNESCO visitó Iraq a finales de junio y comienzos de julio, centrándose en los bienes culturales ajenos al Museo: sitios arqueológicos en el norte y el sur, bibliotecas, archivos, museos de arte y otras instituciones culturales y docentes. Se comunicó entonces que Nippur estaba siendo saqueado en gran escala, con más de un centenar de hoyos. Los guardianes no podían detener a los ladrones por falta de armas y de personal.

El papel de las instituciones académicas

Esta dimensión añadida de amenaza al patrimonio cultural iraquí ha encontrado respuesta de países que tienen una larga historia de investigación en Iraq. Por ejemplo, estudiosos estadounidenses se reunieron en Nueva York el 5 de mayo para constituir el Comité Académico Estadounidense de Coordinación para el Patrimonio Cultural Iraquí (*American Academic Coordinating Committee for Iraqi Cultural Heritage*). A finales de mayo se celebró una conferencia en Bonn con un propósito análogo, y en junio la siguió otra en Viena.

Ante la repulsa internacional que suscitó el saqueo del Museo Nacional de Iraq, el gobierno de los Estados Unidos envió a comienzos de mayo un grupo de trabajo compuesto por representantes del Servicio de Aduanas estadounidense y de la Oficina Federal de Investigación (FBI), para investigar los hechos. El 11 de julio el jefe del grupo, coronel Matthew Bogdanos, declaró en los *Rencontres Assyriologiques Internationales* de Londres que hasta esa fecha el número de objetos sustraídos del Museo Nacional podía cifrarse en unos 12.000. En esa suma se incluían las 40 piezas sustraídas de las salas públicas, diez de las cuales han sido recuperadas, entre ellas el Vaso de Warka. El grupo más importante de piezas perdidas eran los más de 4.800 cilindros sellos robados de las cámaras de almacenamiento subterráneas. Los sellos se cuentan entre los artefactos mesopotámicos más codiciados. Pueden ser exquisitos, son pequeños, son fáciles de esconder y exportar ilegalmente y alcanzan precios elevados. Aproximadamente 3.000 objetos habían sido recuperados mediante restitución voluntaria gracias a una amnistía “sin preguntas”, y mediante la incautación de alijos dentro y fuera de Iraq. El coronel Bogdanos declaró asimismo que el número de piezas

perdidas será más alto una vez que se complete el inventario de los almacenes, pero también esperaba recuperar más piezas.

En junio llegaron a Bagdad cuatro arqueólogos del Reino Unido y los Estados Unidos para colaborar en la restauración del Museo Nacional de Iraq con personal del Museo y de la Junta Estatal de Antigüedades. Su misión era evaluar las necesidades de restauración y planificar la eventual llegada de conservadores, y ayudar en la reconstrucción de la propia institución. Uno de los arqueólogos británicos fue encargado de evaluar los daños de los yacimientos arqueológicos del sur. El saqueo del Museo había pasado a ser una cuestión política para algunos comentaristas de dentro y fuera de los Estados Unidos, y a mediados de junio hubo una campaña concertada para minimizar las pérdidas, sobre todo en los medios de comunicación estadounidenses y británicos. Lo más perjudicial, pero también lo más inexacto, fue una presentación por Edward Cruikshank en la BBC, quien demostró su nivel de conocimientos manipulando una serie de falsificaciones que habían sido devueltas al Museo y diciendo que eran piezas expuestas de gran calidad. Casi todos los reportajes citaban el número de piezas sustraídas de las salas de exhibición (que entonces se cifraba en 33) y afirmaban que tanto los expertos extranjeros como los iraquíes habían exagerado la importancia de las pérdidas. Esas cifras dadas por los medios omitían totalmente las pérdidas de los almacenes, que ya entonces se sabía que eran del orden de millares de objetos. Pero aun en el caso de que el número de objetos perdidos del Museo hubiera sido ese, no dejaría de ser una gran tragedia cultural. Ningún museo del mundo minimizaría la pérdida ni tan siquiera de una pieza importante de sus fondos en exhibición. Los comentaristas que intentaron descalificar “el Cuento del Museo” tampoco hablaron del tremendo trastorno causado por el pillaje de las oficinas administrativas y los laboratorios de restauración del Museo y de la Junta Estatal de Antigüedades y del Patrimonio. La desorganización de los archivos significa que la investigación sobre los fondos de este museo quedará truncada por muchos años.

La situación general en Iraq sigue siendo incierta, y la continuada y creciente destrucción de yacimientos arqueológicos es un síntoma del descontrol que reina en el país. Oímos que se está intentando proteger una cuarentena de yacimientos, pero cada día que pasa significa que centenares de objetos son arrancados de su contexto y parten hacia el mercado internacional de antigüedades ilegales. Es verdad que tienen un valor monetario en ese mercado, pero la pérdida del contexto reduce mucho el valor de un

objeto como artefacto. La destrucción de yacimientos por excavadores ilegales hará mucho más difícil su investigación por los arqueólogos. Algunos que están acribillados, como Isin y Adab, si se quisieran investigar en el futuro requerirían un trabajo laborioso para enlazar islas de estratigrafía intacta entre los muchos hoyos. En algunos casos los arqueólogos quizá decidan que es imposible investigar los yacimientos.



Tablillas cuneiformes del periodo sumerio –el tipo de objeto que podría haber sido robado en el Museo Nacional del Iraq. © UNESCO/M.L. Bonsirven-Fontana

Detener el tráfico

La pérdida que el saqueo continuo significa para el patrimonio mundial y para la ciencia es mucho mayor que las pérdidas registradas en el Museo Nacional de Iraq. Es una catástrofe de enormes proporciones. Estamos perdiendo “la Cuna de las Ciudades”, los yacimientos nucleares de la antigua Sumeria. Mi temor es que, cuando la población vea que no se impide el saqueo, éste se extienda a otras partes del país, y que incluso el norte conozca el mismo grado de destrucción. La clave para salvar los sitios de Iraq es la misma que para la rehabilitación de los museos, esto es, que la Junta Estatal de Antigüedades y del Patrimonio recupere por lo menos los niveles de profesionalidad y personal que tenía antes del embargo. La Junta Estatal necesita estabilidad y autoridad para gestionar su personal, establecer programas y determinar las prioridades de financiación. Hay que volver a contratar o sustituir a los guardianes y autorizarles a

portar armas, que a veces se les niegan bajo la Ocupación. Es necesario que los representantes locales de la Junta Estatal en ciudades y localidades de todo el país sean respaldados por la autoridad de ocupación hasta que se constituya un gobierno. Un factor crucial para la actividad de los representantes locales es la provisión de medios de transporte que les permitan inspeccionar los sitios de sus zonas y denunciar los saqueos.

Hay que emprender acciones inmediatas para poner fin a la excavación ilegal. Iraq tiene muchos millares de yacimientos, y será muy difícil protegerlos. Pero hay que dar un primer paso, al menos en la zona donde el saqueo ha sido peor. Si los vigilantes de Antigüedades pueden ocupar un lugar céntrico y recabar el apoyo de la autoridad de ocupación, deberían poder extender su vigilancia a otros yacimientos cercanos.

Otro aspecto del control es poner coto a los mercados de antigüedades que han aparecido recientemente en los pueblos de Rifai, Fajr, Afak y otros, así como en las ciudades. Hace poco periodistas extranjeros me comunicaron que hay todas las antigüedades que se quiera en comercios de Bagdad, Nejef, Diwaniya y Basora. Unos cuantos arrestos de marchantes por la policía reconstituida podrían ser efectivos en ese sentido, pero una vez más esas acciones tendrían que contar con el respaldo de la autoridad de ocupación.

Las fronteras de Iraq siguen estando esencialmente abiertas, con registros sólo en uno o dos de los pasos oficiales. Hasta hace poco no se registraba del lado iraquí de la frontera, aunque las tropas estadounidenses inspeccionaban los pasaportes. Pero las fronteras son largas y porosas, y durante el embargo una de las rutas que seguían las furgonetas de los contrabandistas atravesaba el desierto hasta Arabia Saudita. Hay informaciones verificadas de compradores kurdos en el sur de Iraq, cuyas rutas de contrabando son de larga data. La UNESCO ha pedido la colaboración de los países vecinos de Iraq para cortar el tráfico de antigüedades, y en Jordania han sido aprehendidas algunas piezas. El coronel Bogdanos ha informado de la confiscación de cientos de antigüedades iraquíes fuera del Oriente Próximo, y ese extremo “del consumidor final” del contrabando puede ser un terreno más efectivo para la acción policial. Es muy posible que la recuperación del Vaso de Warka, entregado a los funcionarios del Servicio de Aduanas estadounidense en el Museo de Iraq, se haya debido a que la pieza era demasiado conocida, demasiado comprometedora y casi imposible de vender.

Los numerosos llamados a la prohibición del comercio de antigüedades iraquíes son cruciales. Las recientes y decisivas acciones del gobierno británico han paralizado el comercio en ese país. Suiza, que durante mucho tiempo fue puerto franco para la compraventa de antigüedades exportadas ilegalmente, parece seguir los pasos del Reino Unido. El Japón está estudiando activamente qué tipo de medidas adoptar. La confiscación de artefactos iraquíes en Francia y la estrecha colaboración de la Interpol con las autoridades francesas y de otros países europeos puede estar dando frutos. Pero hay que contar con que la represión del comercio en algunos países sólo sirva para trasladar el tráfico ilegal a otras latitudes.

En los Estados Unidos, que probablemente son el principal consumidor de antigüedades ilegales, incluidas las procedentes de Iraq, se han presentado proyectos de ley ante ambas cámaras del Congreso. El de la Cámara de Representantes (HR 2009) es superior al del Senado[2]. Especialistas en Oriente Próximo, algunos museos y organizaciones como el A*rchaeological Institute of America*, la *Society for American Archaeology*, la *American Association for Research in Baghdad*, grupos iraqui-estadounidenses y personas privadas están trabajando por la aprobación de la versión de la Cámara de Representantes.

Es demasiado tarde para salvar algunos de los tesoros culturales y yacimientos arqueológicos de Iraq, pero hay que esperar que el caso de Iraq induzca a países de todo el mundo a adoptar y hacer cumplir las diferentes convenciones sobre bienes culturales[3].

En el horizonte inmediato, muchos grupos nacionales han ofrecido ayuda para restaurar los museos de Iraq. De hecho la necesidad más urgente en lo que se refiere a los museos es la coordinación efectiva de los distintos esfuerzos. Sólo el Museo Nacional necesita buen número de conservadores, archiveros, expertos en bases de datos, etc., para un proyecto que se tardará años en completar. Algunos grupos relacionados con bibliotecas y archivos han enviado misiones de investigación y han empezado a planificar acciones conjuntas de ayuda a esa clase de instituciones. Universidades y organizaciones científicas se están ofreciendo a reponer libros en las universidades o brindar acceso en el futuro a través de microfichas, Internet, etc. La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) patrocina una iniciativa importante para reorganizar y reestructurar las universidades, incluidos los departamentos de arqueología; pero hay margen para otros programas internacionales de cooperación, formación, intercambio, etc.

Otras instituciones culturales de Iraq merecen atención. El país cuenta con comunidades vigorosas en las bellas artes, la música tradicional y occidental, el teatro, la danza, el diseño, el folclore, la artesanía, etc. Como casi todos los demás sectores de la sociedad iraquí, las instituciones y personas individuales de esos campos estaban sostenidas por el estado. ¿En el nuevo Iraq habrá apoyo estatal a la cultura? Si no lo hubiera, ¿cómo se sostendrán? ¿Qué entidad u organización mantendrá vivas a esas personas y organizaciones hasta que se resuelvan estos interrogantes? Son preguntas que la UNESCO puede y debe hacerse.

Una tercera reunión de la UNESCO, celebrada el 1 de agosto en Tokio, tomó medidas concretas para formar un comité internacional que coordine las ayudas al Museo de Iraq y la Junta Estatal de Antigüedades, con el fin de evitar la duplicación de esfuerzos y el despilfarro de recursos. Pero en esa reunión también se solicitó dedicar mayor atención a otras entidades culturales, incluidas bibliotecas, archivos y organizaciones del patrimonio intangible como la danza, la música y el teatro. Es obvio que la comunidad internacional, por medio de la ONU y en particular de la UNESCO, tiene un papel fundamental que desempeñar en el salvamento y la revitalización del patrimonio y la vida cultural de Iraq.

|Notas

1. “Fate of Iraqi Archaeology”. Policy Forum. *Science* 299: 1848-1849.
2. Para más información sobre la respuesta estadounidense a la protección internacional de los bienes culturales véase http://exchanges.state.gov/cultprop/ .
3. La Convención sobre la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado adoptada en La Haya (Países Bajos) en 1954, la Convención de la UNESCO sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales (1970), la Convención de Unidroit sobre los objetos culturales robados o exportados ilícitamente (1995).

La función de las organizaciones no gubernamentales en las actividades de emergencia internacionales

Por Mickaël Petzet y Jacques Perot

El profesor Mickaël Petzet es Presidente del Comité Nacional Alemán y, desde 1999, Presidente del ICOMOS. Entre 1972 y 1974 dirigió el Lenbachhaus, el Museo de Arte de la ciudad de Munich. Durante 25 años (1974-1999), en su calidad de Conservador General, el profesor Petzet dirigió la Oficina de Conservación del Estado bávaro. Es autor de numerosos libros y artículos sobre la arquitectura francesa de los siglos XVII y XVIII, artes, monumentos y sitios de Baviera y sobre problemas generales de la conservación de monumentos, y director de varias colecciones de publicaciones sobre temas relacionados con la conservación.

Jacques Perot es Conservador general del patrimonio, paleógrafo, archivero y ex alumno de la École Nationale des Chartes *(Francia). Es Presidente del Consejo Internacional de Museos (ICOM) desde 1998, tras haber sido designado sucesivamente presidente del Comité Nacional francés y del Comité Consultivo. Entre 1992 y 1998, fue director del Museo del Ejército, situado en el* Hôtel National des Invalides. *Es director (desde 1994) de los Museos y Parques Nacionales de los castillos de Compiègne y Blérancourt.*

Sarajevo, Kabul y Bagdad son tres lugares -y, lamentablemente, no los únicos, cuyos bienes culturales y museos han padecido graves daños debido a la guerra. Ante estas catástrofes (que plantean el interrogante de si se podrían haber evitado o no y, en caso de que sí, cómo) la opinión internacional lleva ya varias semanas movilizada gracias a la prensa, aunque la información es a menudo incompleta y a veces inexacta. La comunidad museológica internacional se conmovió profundamente a raíz de estos desastres y está dispuesta a manifestar activamente su solidaridad. Pero ¿qué función puede desempeñar una organización no gubernamental en este esfuerzo, en comparación con las organizaciones intergubernamentales o con los distintos gobiernos? La solidaridad parece ser una obligación obvia de todos, pero ¿cómo

demostrarla efectivamente y responder a las expectativas de los colegas que deban trabajar en condiciones tan duras?

Por lo que respecta al Iraq, debemos considerar las consecuencias de una guerra conducida por una coalición de países, algunos de los cuales -en particular, el más importante de ellos- no han ratificado la *Convención de La Haya de 1954 para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado,* ni, por ende, su Segundo Protocolo. No podemos por menos que concluir que durante el conflicto y tras él los beligerantes no respetaron *volens nolens* el texto ni la naturaleza de la Convención. El resultado más evidente de ello es la falta de seguridad y el saqueo de los museos, que afortunadamente fue menos grave de lo que se había dicho inicialmente, gracias a las medidas de salvaguardia adoptadas por algunos colegas iraquíes. Un sinfín de excavaciones ilícitas cundió rápidamente con el consiguiente tráfico ilícito de bienes culturales. ¿Qué enseñanzas pueden extraerse de estas observaciones?

La primera enseñanza se refiere a la Convención de La Haya de 1954 y su Segundo Protocolo de 1999. De hecho, es sumamente desafortunado y difícil de aceptar que, al comienzo del siglo XXI, aún haya países que no han ratificado la Convención o el Segundo Protocolo que la complementa. Las organizaciones no gubernamentales que se ocupan del patrimonio cultural, entre otras entidades, deberían realizar esfuerzos concertados, por conducto de sus redes profesionales, para ejercer presiones sobre los gobiernos que no han ratificado las convenciones internacionales de protección de bienes culturales, y lo mismo cabe decir de las convenciones relativas al tráfico ilícito de bienes culturales (Convención de la UNESCO de 1970 y UNIDROIT).

Garantizar la seguridad y la protección de los sitios culturales es, de hecho, una obligación esencial de todos los beligerantes. Debería ser la regla general y ser públicamente reconocida por todos los países del mundo. Su incumplimiento en el Iraq, así como en la ex Yugoslavia, por los motivos que fueren, ocasionó importantes daños al patrimonio de la humanidad, algunos de ellos irreparables.

El *Comité Internacional del Escudo Azul* (ICBS) fue creado en 1996 por iniciativa de las cuatro organizaciones no gubernamentales que representan a los principales ámbitos del patrimonio cultural (el Consejo Internacional de Archivos, el Consejo Internacional de Museos, el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios y la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas). Su finalidad es aportar una respuesta eficaz a las situaciones de emergencia y su creación responde a

razones evidentes. Si se produce una catástrofe natural o estalla un conflicto armado, no tiene sentido preocuparse solamente por un aspecto del patrimonio. Es preciso atender ante todo los casos más urgentes, y las cuatro organizaciones no gubernamentales, a las que pronto se sumó la organización intergubernamental ICCROM (Centro Internacional de Estudios de Conservación y Restauración de los Bienes Culturales), estimaron fundamental poder adoptar de consuno medidas de emergencia. La misión del ICBS consiste en acopiar y difundir información y coordinar actividades en situaciones de emergencia, así como en proteger y salvaguardar el patrimonio cultural, en especial de conformidad con la Convención de La Haya de 1954. El Comité adoptó como emblema el escudo azul contemplado en la Convención de La Haya, un emblema demasiado poco utilizado pero que se puede observar en monumentos o sitios culturales que necesitan protección en varios países. Conforme a la concepción de las organizaciones no gubernamentales, el Comité debería permitir que se adoptasen conjuntamente medidas de emergencia. Debe poder evaluar los daños y contribuir a las primeras medidas esenciales en favor del patrimonio en peligro. Con el objetivo a largo plazo de desempeñar la función de *Cruz Roja* del patrimonio, el ICBS debe estar en condiciones de constituir, casi de inmediato, equipos capaces de realizar intervenciones de emergencia con los recursos humanos y financieros necesarios. Para las organizaciones que funcionan exclusivamente a base de servicios voluntarios, la tarea no es fácil, pero nuestro deber es avanzar y definir con mayor claridad la naturaleza de este nuevo comité. Al mismo tiempo, no se deben pasar por alto sus vínculos con las organizaciones no gubernamentales fundadoras. Es menester asimismo establecer un marco financiero que garantice su capacidad de intervenir. Es especialmente reconfortante saber que una fundación neerlandesa, el *Fondo Príncipe Klaus*, ya ha aceptado ayudar al Comité del Escudo Azul creando un fondo para operaciones de emergencia.

Trabajando en cooperación con las organizaciones no gubernamentales, en las que el ICBS debe encontrar su vitalidad y competencia, el Comité debe no obstante cumplir una función esencial en el ámbito de la prevención. Poco a poco, siguiendo el ejemplo de Bélgica, se están constituyendo comités nacionales de Escudos Azules (hasta ahora, además de Bélgica, en la ex República Yugoslava de Macedonia y en Benin, Francia, Irlanda, Italia, Noruega, los Países Bajos, Polonia, el Reino Unido y la República Checa), integrados no sólo por profesionales del patrimonio sino también por otros

especialistas que trabajan en la preservación del patrimonio en situaciones de emergencia (bomberos, policía, etc.). En este contexto, es evidente que cada organización no gubernamental que aplica una política de prevención de riesgos ha de desempeñar un papel fundamental. A largo plazo, también debería poder actuar individualmente en función de su esfera de competencia específica. De hecho, la creación del ICBS no cancela el deber de solidaridad de cada organización.

El desastre acaecido en los últimos meses en el Iraq, observado de cerca por un público mundial, es sólo una de la serie de catástrofes sucedidas en los últimos años. La destrucción deliberada de bienes culturales, cualquiera sea el motivo (político, religioso o étnico), debe ser formalmente prohibida. Además, habida cuenta del colapso de todas las instituciones oficiales, en muchos casos las devastadoras consecuencias pueden al menos mitigarse con la ayuda activa de organizaciones no gubernamentales. Aparte de intervenir en situaciones de conflicto y guerra, las organizaciones no gubernamentales actúan en una gran variedad de situaciones.

Una amplia gama de amenazas y necesidades relacionadas con el patrimonio

El ICOMOS, Consejo Internacional de Monumentos y Sitios[1], no sólo es un organismo consultivo de la UNESCO sobre temas relacionados con el patrimonio cultural mundial, sino que en general se dedica a la preservación de nuestro patrimonio en el mundo, dondequiera que corran peligro monumentos, sitios o paisajes culturales: “la humanidad, que cada día toma conciencia de la unidad de los valores humanos, los considera como un patrimonio común, y de cara a las generaciones futuras, se reconoce solidariamente responsable de su salvaguarda. Debe transmitirlos en toda la riqueza de su autenticidad” (Carta de Venecia, 1964). El ICOMOS cuenta con un comité especial para la Prevención de los Riesgos que se ocupa cómo prevenir los riesgos y limitar los daños en caso de accidente.

Para la conservación y preservación de monumentos y sitios, el ICOMOS colabora con toda clase de iniciativas y fuentes de apoyo, adoptando a veces una actitud de crítica positiva hacia la labor de los servicios estatales encargados de los monumentos, que lamentablemente no existen en todos los países. Por su condición de organización no gubernamental, muchos de cuyos miembros pertenecen a las organizaciones oficiales competentes, el ICOMOS es consciente de que la responsabilidad de cada Estado va más allá de sus obligaciones respecto de los bienes

culturales inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO y, desde luego, abarca toda la gama de los bienes culturales, desde monumentos concretos a paisajes culturales. En consecuencia, hace dos años el ICOMOS inició un Informe Anual Mundial sobre Monumentos y Sitios en Peligro (Patrimonio en Peligro) asemejándose a una Amnistía Internacional de los monumentos y sitios, con el fin de poner de relieve los peligros que amenazan al patrimonio en distintos países del mundo y promover medidas prácticas para evitarlos o al menos atenuar sus efectos.

El Informe[2] no tiene solamente por objeto alertar al público, sino que el ICOMOS confía en que, sobre la base de este informe y junto con sus Comités Nacionales, se podrá realizar un número creciente de proyectos piloto administrados por sus especialistas. Estos proyectos deberían establecer las normas adecuadas para un enfoque y una solución profesionales de los problemas técnicos, conforme al ejemplo del programa de salvaguardia del patrimonio cultural del Afganistán asesorado por la UNESCO. En Kabul, el ICOMOS trabajó en estrecha cooperación con el Fondo del Aga Khan para la Cultura en la restauración del parque Babur y la preservación de un barrio histórico. Además, el ICOMOS preparó un marco conceptual para preservar los vestigios de los Budas de Bamiyán. Habida cuenta de la catastrófica situación reinante en el Iraq, el ICOMOS también espera poder aportar asistencia gracias a las diversas propuestas presentadas por sus Comités. En este contexto, la tercera reunión de expertos de la UNESCO sobre la salvaguardia del patrimonio cultural iraquí (Tokio, 1º de agosto de 2003) abrió nuevas posibilidades de acción[3]. Desde luego, la asistencia del ICOMOS en las actividades de conservación en el Iraq depende de las condiciones políticas y de la situación general del estado de derecho y orden público. En cualquier caso, es vital que, para emprender posibles iniciativas en el Iraq, el ICOMOS coopere estrechamente desde el comienzo con sus colegas iraquíes del Departamento de Antigüedades y los museos y adapte sus actividades a las necesidades de éstos, para lo cual deberán centrarse en los problemas técnicos y las medidas de emergencia, como los recursos humanos especializados en restauración de objetos arqueológicos, la conservación de la piedra, las excavaciones de emergencia y la documentación de los yacimientos arqueológicos. Por último, la participación de personal especializado del ICOMOS, -es decir, de arquitectos e ingenieros- podría contribuir a preservar edificios históricos de todo tipo gravemente amenazados, comprendidas construcciones en adobe.

Por tratarse de una organización no gubernamental, el ICOMOS puede localizar monumentos en peligro desde un punto de vista estrictamente basado en la preservación, al margen de consideraciones políticas, y puede ocuparse de la situación absolutamente desesperada en que se encuentra el patrimonio histórico de numerosos países. Existen actualmente amenazas de muy diversa índole. Por un lado, el patrimonio histórico construido de la humanidad siempre estuvo amenazado por los desastres naturales: por las consecuencias de los terremotos, tifones, huracanes, inundaciones e incendios, así como por la acción corrosiva de los elementos naturales y los ataques de insectos o plantas; por otro lado, las guerras y los conflictos étnicos siguen ocasionando ingentes pérdidas. Ahora bien, los desastres causados por el ser humano también abarcan las consecuencias de la contaminación del aire, el agua y la tierra en todo el planeta así como la destrucción vinculada a la contaminación de monumentos de metal y piedra, que en algunos casos se han deteriorado más rápidamente en los últimos decenios que en los siglos anteriores. De hecho, las amenazas actuales contra nuestro patrimonio cultural son en muchos aspectos incomparables con las de épocas anteriores, pues vivimos en un mundo que experimenta cambios cada vez más veloces desde los últimos decenios del siglo XX. Esta rápida evolución, que se produce bajo la presión del crecimiento demográfico mundial y la industrialización gradual, conduce a un consumo cada vez mayor de las tierras -que destruye no sólo vestigios arqueológicos bajo tierra, sino paisajes culturales históricos completos- y a ciclos cada día más acelerados de demolición y nuevas construcciones, con la carga concomitante que suponen para el medio ambiente. Por último, en un planeta cada vez más mundializado en el que dominan las fuerzas económicas más poderosas, la tendencia a uniformizar todos los aspectos de la vida representa un evidente factor de riesgo para el patrimonio histórico.

El ICOMOS se interesa por los monumentos y sitios en el sentido más amplio: no sólo determinados monumentos, sino también distintos tipos de bienes culturales inmuebles como yacimientos arqueológicos, zonas y conjuntos históricos, paisajes culturales y diversas clases de vestigios históricos, que van desde la prehistoria hasta el movimiento moderno del siglo XX, así como las colecciones y archivos relacionados con los monumentos. Las amenazas y peligrosas tendencias antes mencionadas tienen naturalmente distintos efectos en las diversas regiones del mundo y en algunas circunstancias sólo hacen peligrar a grupos concretos de monumentos. Por ejemplo, en todo el mundo la construcción de carreteras y embalses y otros planes inescrupulosos

amenazan el arte rupestre y yacimientos arqueológicos, testimonios de la presencia humana más antigua. En muchos países, los yacimientos arqueológicos siguen siendo saqueados en excavaciones ilegales, y el tráfico ilícito de obras de arte representa una pérdida continua de bienes culturales que, según los criterios de la conservación, deberían preservarse en su emplazamiento original. No sólo el robo está diezmando en muchos países pinturas, esculturas y objetos de lugares dotados de importancia espiritual, sino que se están destruyendo monumentos para obtener fragmentos a fin de venderlos en el mercado del arte: se saquean templos, se decapitan esculturas, se trocean frescos. La ola destructiva también está afectando centros urbanos históricos y aldeas. Innumerables distritos urbanos históricos sufren intervenciones de renovación descuidadas, a menudo totalmente carentes de planificación, y una expansión urbana incontrolada hacia la periferia. Frente a la industrialización de la agricultura, la arquitectura autóctona corre especial peligro en muchos países, donde ha desaparecido totalmente o a veces "sobrevive" solamente en unos pocos museos al aire libre. Se están perdiendo para siempre métodos de construcción en que se utiliza arcilla, madera y piedra -materiales obtenidos *in situ* (un factor de gran importancia para el desarrollo sostenible futuro)- que alguna vez definieron paisajes culturales enteros y que ahora representan un patrimonio histórico en su mayor parte desprotegido que no figura en ninguna lista de monumentos. Pero también los testimonios edificados de nuestra historia industrial, estructuras erigidas con lo que antaño fueron técnicas modernas y actualmente dignas de ser preservadas, plantean complejos problemas al conservador cuando su utilización original ya no es posible. Además, incluso obras maestras arquitectónicas del movimiento moderno del siglo XX están amenazadas por la demolición o la desfiguración.

Habida cuenta de la abundancia de posibles casos de emergencia en todas las regiones del mundo, a la que hemos aludido brevemente, el ICOMOS, como defensor de la conservación de monumentos y sitios, seguirá dando la alerta respecto de los peligros inminentes. Para llegar a un público más amplio, debería tener una presencia más importante en los medios de comunicación y no concentrarse simplemente en publicaciones y conferencias. Además, desde su creación en relación con la Carta de Venecia de 1964, el ICOMOS ha cumplido una función especial al establecer principios internacionales para la conservación y restauración de monumentos y sitios. Ha elaborado varias cartas y directrices relativas a la preservación universalmente

reconocidas, cuya aplicación puede contribuir a conjurar los peligros y evitar errores en las actividades de mantenimiento y rehabilitación. El ICOMOS procura asimismo mejorar constantemente las normas relativas a la capacitación de conservadores y a su utilización en la práctica diaria de la conservación y, por conducto de sus comités científicos, presta apoyo a los avances a veces asombrosos en ciertos ámbitos como la prospección arqueológica, la investigación referente a los edificios históricos o la salvaguardia de estructuras históricas.

Respuestas específicas a amenazas concretas

El Consejo Internacional de Museos lleva largo tiempo preocupándose por los graves ataques que padece el patrimonio. Más allá de la destrucción, lamentablemente definitiva, de objetos del patrimonio y colecciones museológicas en conflictos armados, ha aumentado el tráfico ilícito de bienes culturales a causa del saqueo realizado por personas o de operaciones delictivas efectuadas por grupos organizados que se aprovechan del caos. Los objetos robados de colecciones públicas y los que se extraen de excavaciones clandestinas, perdiendo gran parte de su significación e identidad, alimentan un mercado inescrupuloso y empobrecen el patrimonio de un país y, por ende, el de la humanidad. Ciñéndose estrictamente a su *Código de Ética Profesional*, el ICOM se ha comprometido activamente en esta batalla.

Cada continente ha organizado talleres, en asociación con la UNESCO, sobre el tráfico ilícito de bienes culturales, en colaboración con profesionales de museos y del patrimonio y con representantes de los servicios de policía y aduanas, mejorando la formación y estableciendo redes de colaboración esenciales con otras profesiones que participan en este combate. En el plano internacional, el ICOM ha firmado dos acuerdos sobre estos asuntos, uno con Interpol y el otro con la Organización Mundial de Aduanas.

La publicación de la colección *One Hundred Missing Objects* recuerda la naturaleza de este flagelo a un público más amplio, como los agentes del mercado del arte. Los ejemplos mencionados de Angkor, África, América Latina y Europa[4] permitieron recuperar obras de arte e hicieron tomar conciencia a museos, coleccionistas y marchantes del alcance de este inmenso problema, al tiempo que recordaban al público la legislación vigente. Por otro lado, en el Afganistán, donde el ICOM ha

restablecido un comité nacional, tuvo que renunciar a publicar un número de *"One Hundred Missing Objects"* debido a divergencias de opinión entre especialistas. No obstante, prevé rodar una breve película destinada al público en general sobre el tráfico ilícito de objetos afganos a países vecinos, como el Pakistán.

En cuanto a las regiones en que determinados objetos del patrimonio corren peligro de desaparecer completamente de su país de origen el ICOM, en concertación con los profesionales interesados, ha establecido *Listas rojas*, en las que se registran las categorías de objetos amenazadas de desaparición y que es vital no adquirir. Estas *Listas rojas* tienen por objeto disuadir a los museos, marchantes y coleccionistas de comprar los objetos más afectados por robos y saqueos. La lista relativa al continente africano fue elaborada en Ámsterdam en 1997 por profesionales africanos y especialistas de otras regiones del mundo que conservan colecciones africanas (América del Norte y Europa). Su eficacia ya ha quedado demostrada. Próximamente se publicará una lista sobre el patrimonio latinoamericano y precolombino.

Con respecto al Iraq, el ICOM pudo establecer una *Lista roja* en cuestión de semanas, gracias a la organización, a partir del 7 de mayo del 2003, de una reunión de expertos internacionales y a una financiación de la *Oficina de Asuntos Educativos y Culturales* del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América. Este documento, publicado en árabe, francés e inglés y disponible en Internet[5], describe los objetos más apreciados por el mercado ilegal de antigüedades, de modo que puedan ser localizados y retenidos. Advierte de que dichos objetos están protegidos por la legislación, que su exportación está prohibida y que en ningún caso pueden ser importados o puestos en venta. Contrariamente a la publicación *One Hundred Missing Objects*, la *Lista roja de emergencia de antigüedades iraquíes en peligro*, al igual que las demás *Listas rojas*, no facilita una lista de objetos concretos sino que establece categorías generales. En el caso del Iraq, sin pretender ser exhaustiva, menciona 11 categorías de objetos especialmente amenazadas y que pueden ser robadas en el Iraq.

La cooperación entre diversas organizaciones no gubernamentales, explícitamente apoyada por la UNESCO, no se limita a los copartícipes en el Escudo Azul, a saber, el ICOM, el ICOMOS, la IFLA y el CIA. Abarca la preservación de monumentos, sitios y paisajes culturales, con la participación del Centro Internacional de Estudios de Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), la Unión Mundial para la Naturaleza (UICN), el grupo internacional de trabajo para la Documentación y

Conservación de edificios, sitios y barrios del Movimiento Moderno (DOCOMOMO) y el Comité Internacional para la conservación del patrimonio industrial (TICCIH). Con apoyo de otros asociados, algunas operaciones en curso serían más eficaces y fomentarían la adaptabilidad y el pragmatismo de los planteamientos de las organizaciones no gubernamentales, en especial en situaciones de emergencia. Además, el desastre en el Iraq que afectó tanto a los museos como a los yacimientos arqueológicos y a los edificios históricos relacionados con ellos, ha mostrado la valía de la colaboración ya constatada entre el ICOMOS y su organización asociada, el ICOM, que guarda estrecha relación con la acción de la UNESCO y sus capacidades en materia de redes y coordinación.

Notas

1. El ICOMOS tiene con 7.000 miembros organizados en 118 Comités Nacionales y 21 Comités Científicos Internacionales.
2. El informe puede consultarse en Internet en: http://www.international.icomos.org/risk/2002/working.htm
3. Véase el artículo de Mounir Bouchenaki en este número.
4. La colección del ICOM *One Hundred Missing Objects/Cent Objets Disparus* es bilingüe en francés e inglés. Se han publicado los siguientes títulos: *Looting in Angkor* (1993 y 1997), *Looting in Africa* (1997) y *Looting in Europe* (2002).
5. http://icom.museoum/redlist/irak/en/index.html

Establecer el marco de la cooperación internacional

Por Mounir Bouchenaki

Mounir Bouchenaki se doctoró en arqueología e historia antigua por la Universidad de Aix-en-Provence (Francia). Fue director de bellas artes, monumentos y sitios en el Ministerio de Información y Cultura de Argelia antes de incorporarse a la UNESCO en 1982. Dirigió la División del Patrimonio Cultural y el Centro del Patrimonio Mundial antes de ser nombrado Subdirector General de Cultura en 2000. En ese mismo año le fue otorgado el premio del ICCROM en reconocimiento de su trabajo en la esfera del patrimonio cultural. Su conocimiento del tema y su reconocida experiencia en la realización de programas de salvaguardia del patrimonio cultural en situaciones de conflicto han sido factores clave en la organización de una pronta respuesta de la UNESCO a la destrucción de patrimonio cultural en Iraq.

En los últimos meses, y desde que se recibieron los primeros informes convergentes sobre daños al patrimonio cultural, la UNESCO ha centrado su labor en la coordinación de los esfuerzos internacionales por la salvaguardia del patrimonio cultural de Iraq y en la evaluación e investigación a cargo de expertos del estado actual del patrimonio cultural iraquí.

Todas las guerras, con su agitación, sus estragos y sus muertes, destruyen cruelmente el alma y desfiguran la memoria de aquello que constituye la identidad misma de un pueblo, es decir, su cultura. En Iraq, como resultado de trece años de sanciones y del caos que siguió al reciente conflicto armado, 8.000 años de historia humana penden ahora de un hilo. Se han incendiado bibliotecas y archivos, se han saqueado edificios históricos e instituciones culturales, y piezas de incalculable valor han desaparecido de museos y sitios arqueológicos. La UNESCO, con la ayuda de la comunidad internacional, pretende restaurar el patrimonio iraquí en sus dimensiones tanto materiales como simbólicas.

Mucho antes del estallido de la guerra, la UNESCO ya tomó diversas medidas para asegurar que las partes implicadas fueran conscientes de los términos de la Convención de La Haya de 1954 y sus dos protocolos adicionales relativos a la

protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado. Así, el Director General de la UNESCO alertó al Secretario General de las Naciones Unidas y al Departamento de Estado estadounidense, y facilitó un mapa que detallaba la ubicación de los sitios y museos iraquíes. La UNESCO instó asimismo a la Interpol, la Organización Mundial de Aduanas y la Confederación Internacional de Comerciantes de Obras de Arte a velar por el cumplimiento de la Convención de 1970 relativa a la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales.

La respuesta de la UNESCO al saqueo perpetrado en el Museo Arqueológico Nacional de Bagdad fue rápida. El Director General, Koïchiro Matsuura, contactó a las autoridades estadounidenses y británicas y les pidió que tomaran medidas inmediatas de protección y vigilancia de los yacimientos arqueológicos y las instituciones culturales iraquíes. En carta del 11 de abril de 2003 dirigida a las autoridades estadounidenses, el Director General subrayó la urgente necesidad de conservar las colecciones y un patrimonio considerado como uno de los más ricos del mundo. Insistió particularmente en la necesidad de dar protección militar al Museo Arqueológico de Bagdad y al Museo de Mosul. La misma petición fue dirigida a las autoridades británicas con especial referencia a la región de Basora. Con miras a impedir la exportación ilícita de bienes culturales iraquíes, el Director General también se dirigió a las autoridades de los países vecinos de Iraq y responsables policiales y aduaneros internacionales para asegurar el cumplimiento de la *Convención de la UNESCO sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícitas de bienes culturales*, de 1970. Nuevamente requirió a la Interpol, la Organización Mundial de Aduanas, la Confederación Internacional de Comerciantes de Arte (CINOA), el Consejo Internacional de Museos (ICOM), el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) y los principales agentes del mercado de arte a unir fuerzas con la UNESCO en una “movilización general para que los objetos robados no lleguen hasta el comprador”.

A continuación la primera tarea fue cuantificar los daños. Con ese fin se convocaron tres reuniones con asistencia de expertos internacionales en el patrimonio cultural de Iraq, celebradas el 17 de abril de 2003 en París, el 29 de abril de 2003 en Londres y el 1 de agosto de 2003 en Tokio. A partir de las conclusiones de esos encuentros y de dos misiones que visitaron Iraq del 15 al 20 de mayo y del 27 de junio al 6 de julio de 2003 se formularon proyectos de restauración. Dos de esos proyectos se

encuentran en curso de ejecución –uno de ellos se ordena a asegurar la reapertura del Museo Nacional de Iraq en las mejores condiciones posibles–, y para los demás se está dialogando con posibles donantes.

Evaluación e información para la recomendación de medidas de emergencia y el plan de acción

La primera reunión de expertos tuvo lugar el 17 de abril de 2003 en la sede central de la UNESCO. Tenía estos tres objetivos: i) coordinar la red científica internacional de expertos en el patrimonio cultural iraquí; ii) formular directrices para una estrategia consolidada en lo relativo a la intervención tras el conflicto y la rehabilitación del patrimonio cultural de Iraq; iii) diseñar un plan de salvaguardia de emergencia. Una treintena de expertos dictaron recomendaciones de emergencia que desde entonces han orientado la acción internacional: 1) que todos los museos, bibliotecas, archivos, monumentos y sitios de Iraq fueran inmediatamente custodiados y protegidos por las fuerzas en presencia; 2) que se prohibiera inmediatamente la exportación de Iraq de cualesquiera antigüedades, obras de arte, libros y archivos; 3) que se ilegalizara de inmediato el tráfico internacional de bienes pertenecientes al patrimonio cultural iraquí; 4) que se hiciera un llamado a la devolución voluntaria e inmediata de los bienes culturales robados o exportados ilícitamente de Iraq; 5) que se despachara sin dilación una misión investigadora coordinada por la UNESCO para evaluar la magnitud de los daños y las pérdidas de bienes culturales en Iraq; 6) que se facilitaran los esfuerzos internacionales de asistencia a las instituciones culturales de Iraq. Al mismo tiempo, la cuestión de la misión informativa en Iraq fue también discutida por la UNESCO con la Enviada Especial de los Estados Unidos, Sra. Bonnie Magness-Gardiner, en tanto que los objetivos de dicha misión se examinaban en la reunión de expertos.

Una segunda reunión de expertos se celebró el 29 de abril de 2003 en el Museo Británico de Londres, conjuntamente con la UNESCO. Retomó, entre otras cosas, la discusión de los puntos 2) y 3) de las recomendaciones hechas en la reunión de París. Los directores de los principales museos del mundo invitados a ese encuentro situaron el tema de las medidas de emergencia para el Museo de Bagdad en lugar preferente del orden del día. Además, los expertos congregados recomendaron el envío urgente de una misión de evaluación a Bagdad bajo la coordinación de la UNESCO.

La UNESCO también se puso en contacto con la sede central de la Interpol en Lyon (Francia). Una reunión celebrada el 5 y 6 de mayo de 2003, a la que asistieron unos 70 participantes entre expertos, comerciantes, representantes de museos y agentes de aduanas, debatió sobre los bienes robados de Iraq y las maneras de recuperarlos. Subrayó la necesidad de la cooperación a escala mundial para localizar los bienes culturales robados y la importancia de disponer de bases de datos sincronizadas e interrelacionadas sobre bienes sustraídos. Expresó la necesidad urgente de crear una base de datos de bienes culturales iraquíes robados, que se pondría en marcha con la colaboración de la Interpol.

A finales de abril se establecieron contactos con la Oficina de Reconstrucción y Ayuda Humanitaria (ORHA) de Iraq para ultimar los detalles de la misión propuesta, que debía ser multidisciplinaria y estar formada por arqueólogos y especialistas en edificios históricos y monumentos, colecciones museísticas y archivos. La primera misión se llevó a cabo a mediados de mayo de 2003, con un grupo de expertos internacionales designados por el Director General de la UNESCO: Neil MacGregor, director del Museo Británico; Ken Matsumoto, profesor en la Universidad Kokushikan de Tokio y director de la misión arqueológica japonesa en Kish; M. John Russel, profesor en el Massachusetts Institute of Arts de Boston y en su día director de la misión arqueológica en Nínive, y Roberto Parapetti, director del Centro italo-iraquí para la restauración de monumentos históricos. Dos expertos contribuyeron posteriormente al informe de evaluación de la UNESCO: Selma Al Radi, profesora en la Universidad de Nueva York y ex directora del Museo de Iraq, y MacGuire Gibson, profesor de la Universidad de Chicago y presidente de la American Association of Archaeology in Iraq.

La misión llevó a cabo una evaluación preliminar de la extensión de los daños y pérdidas sufridos por los bienes culturales en Iraq, y en particular en el Museo de Iraq, la Biblioteca Nacional de Bagdad, la Bayt al-Hikma y el Palacio Abasí, y preparó un informe preliminar sobre el estado del patrimonio cultural iraquí en Bagdad. Los trabajos de la misión se centraron en cuestiones relativas al robo de bienes culturales, la preparación de un inventario del Museo de Iraq y el ajuste de un plan de acción encaminado a restaurar las principales instituciones culturales de la ciudad. Las medidas inmediatas definidas se ordenaban en particular a hacer posible que los empleados de los museos reanudaran sus actividades.

En el Museo Nacional de Iraq la misión tuvo la oportunidad de hacer una extensa evaluación de los daños y establecer una lista de acciones prioritarias en coordinación con la directora del Museo, Sra. Nawala Mutawalli; el director de Investigación, Sr. Donny George; el Director General del Departamento de Antigüedades Iraquí, Sr. Jaber Khalil, y bajo la supervisión del embajador Piero Cordone, Asesor de Cultura nombrado por la Autoridad Provisional de la Coalición. Los expertos visitaron la Bayt al-Hikma, una institución cultural fundada durante el período abasí que fue la sede del primer Parlamento. Todos sus enseres habían desaparecido, y la sala principal del Parlamento había sido dañada por un incendio. Cerca de la Bayt al-Hikma había sido saqueado el Palacio Abasí, uno de los edificios singulares de la ciudad, que data en parte del siglo IX. La misión visitó también los edificios del Centro Regional para la Conservación del Patrimonio Cultural, el Museo de Bellas Artes –que había sido expoliado por entero– y el Museo de Instrumentos Musicales.

Una segunda misión de expertos de la UNESCO visitó Iraq del 28 de junio al 6 de julio de 2003. Hasta donde lo permitían las condiciones de seguridad, la misión visitó edificios históricos, archivos, bibliotecas y sitios arqueológicos del norte (Mosul, Nínive, Erbil, Hatra y Asur) y el sur del país (Babilonia, Kish, Isin, Nippur, Ur, Uruk y Basora). En ella tomó parte un número mayor de expertos, que aseguraron una representación internacional de alto nivel: el profesor Shigeo Aoki, científico medioambiental y director del Instituto Nacional de Investigación sobre Bienes Culturales de Tokio (Japón); el Dr. J.-M. Arnoult, Director de las Bibliotecas Nacionales de Francia; el profesor Ken Matsumoto, Director de la misión arqueológica en Kish de la Universidad Kukushikan (Japón); el profesor I. Thuesen, arqueólogo y director del Instituto Carsten Niebuhr de Estudios sobre el Medio Oriente (Dinamarca); el Dr. M. van Ess, arqueólogo y director de la misión arqueológica en Uruk del Instituto Arqueológico Alemán (Alemania); la profesora Roberta Venco, arqueóloga y directora de la misión arqueológica en Hatra de la Universidad de Turín (Italia); el Sr. Karl-Heinz Kind, representante de la Interpol, y el Sr. Usam Ghaidan, arquitecto de Punto Focal para la Cultura en Iraq de la UNESCO (Países Bajos/Iraq). En el curso de la misión las autoridades iraquíes estuvieron representadas por el Dr. Muyad S. Damereji para el ámbito arqueológico y por Wishyar Muhammad para las bibliotecas y los archivos antiguos.

La misión tuvo como principal objetivo completar la evaluación global del estado de conservación de los principales sitios arqueológicos del país y de los museos e instituciones culturales no situados en Bagdad, y en consecuencia preparó un plan de acción con prioridades, que incluía propuestas de intervenciones de salvamento.

El grupo hizo una evaluación pormenorizada del estado de los laboratorios del Museo de Iraq, su equipamiento y sus almacenes, con la Sra. Buthaind Musalim Abdul Hassain, jefa del Departamento de Restauración del Museo. Se cubrieron todos los campos de análisis: laboratorios de química, física y geología, sala de fumigación, salas de tratamiento de tablillas de arcilla y de producción de réplicas, laboratorio de restauración de metal y cerámica, almacén de productos químicos, laboratorio de restauración de objetos orgánicos y sala de fotografía.

Sitios arqueológicos

Arrostrando graves problemas de seguridad, el equipo de expertos de la UNESCO visitó algunas de las zonas arqueológicas más conocidas, recorriendo más de 3.800 kilómetros por carretera de Bagdad a Basora, Erbil y Mosul. La evaluación señaló cuatro tipos de "violaciones" de sitios arqueológicos en Iraq como resultado de los sucesos bélicos, los decenios de sanciones y el colapso de las infraestructuras: saqueo y excavación ilícita, bases militares, deterioro acelerado y obras de reconstrucción cuestionables.

Los saqueos en particular vienen produciéndose en la región central del sur de Iraq, desde Hilla en el norte hasta Nasiriya en el sur. Se tiene constancia de que una veintena de sitios importantes o nombrados han sido o están siendo saqueados. Como se observó en Nippur, el saqueo puede ser pronto un fenómeno diario. Hay informaciones de centenares de saqueadores más en sitios como Isin, que puede considerarse perdido en un 50 por ciento, y la misma situación se describe en Adab (la moderna Bismaya). Sitios y cementerios medianos y grandes parecen haber sido marcados para el saqueo, y la técnica seguida parece semejante en todos. De los millares de tells más pequeños que existen en Iraq no ha habido evaluación hasta ahora. La mayor parte de la excavación se efectúa con palas, y el equipo de expertos de la UNESCO no vio señales de uso de bulldozers u otra maquinaria pesada.

Varios sitios, por ejemplo Ur, Babilonia y Kish, han sido utilizados antes y después de la guerra como bases y puestos militares. Por una parte, la presencia de bases militares puede haber protegido el sitio de saqueos, pero también las actividades

militares han podido causar daños (por ejemplo, si se excava para establecer una posición, si el tráfico de vehículos blindados y helicópteros causa vibraciones, etc.). Otra causa de daños es la falta de instrucción de los soldados sobre la identificación del patrimonio cultural iraquí y problemas urgentes de conservación.

Un ejemplo es el de Ur, la moderna Tell Muqayyar, en la gobernación de Dhi Qar, situada en medio de un extenso campamento y aeródromo militar. La misión no pudo valorar su estado de conservación, pero quedó preocupada por los riesgos potenciales que afectaban al sitio por estar dentro del campamento. Ur es famosa por poseer el zigurat mejor conservado, que incluso antes del reciente conflicto armado necesitaba obras de mantenimiento. Por otra parte, la zona de viviendas privadas, que al principio se conservaba hasta una altura de dos metros, se encontraba en muy mal estado y urgentemente necesitada de obras de consolidación.

En Uruk, la moderna Warka, que es uno de los mayores tells de la región situada en la gobernación de Muthanna, las excavaciones sólo han descubierto aproximadamente un 4 por ciento del área, estando intacto el resto. El sitio está bien protegido por un guardián pagado por la expedición alemana que trabaja en el yacimiento y la tribu de los at-Tobi que vive en él, junto a la casa de la expedición. No había signos ni noticias de saqueo. Sin embargo, parte de las estructuras desenterradas están muy afectadas por la erosión y deberían ser consolidadas lo antes posible. El Templo Blanco y la Plataforma sobre la que se alza están en un estado avanzado de deterioro por la larga exposición a condiciones climáticas extremas.

Babilonia es la más famosa y conocida de las ciudades antiguas de Iraq. La parte central del sitio ha sido convertida en campamento militar. El equipo de expertos no apreció en el lugar ningún daño que se pudiera considerar relacionado con la guerra. No obstante, su utilización como base militar podría haber causado problemas en zonas que el equipo no visitó. El problema indirecto relacionado con la guerra es la polémica reconstrucción del palacio neobabilónico sobre las ruinas o cimientos de los edificios reales. Por esa razón se ha denegado la inscripción del sitio en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Al otro lado del río, sobre un enorme montículo artificial, Saddam Hussein construyó un palacio monumental con vistas al sitio, pero todavía dentro de las murallas de la ciudad. El problema más acuciante en Babilonia parece ser el saqueo de la casa y las unidades administrativas del Departamento de Antigüedades. Todos los inventarios, los archivos y la instalación eléctrica han desaparecido. También

el museo fue vaciado de todo excepto una maqueta grande del sitio, pero los daños no se pueden considerar graves porque los objetos robados eran reproducciones. La APC ha contratado ya a un constructor local para reparar los daños del pequeño museo. El sitio ha sido abierto para el turismo de los soldados "extranjeros" en Iraq. No quedó claro si es o no accesible para la población iraquí.

Hatra, el primer lugar de Iraq inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO (1985), no mostraba signos de saqueo. Una cabeza esculpida caída de un muro había sido al parecer robada, pero en ese hecho no se evidenciaba relación directa con ningún suceso bélico. El sitio tiene un problema similar al de Babilonia, ya que ha sido fuertemente restaurado con sillares que ostentan el monograma de Saddam Hussein. Actualmente patrulla el lugar un pequeño destacamento de cinco soldados estadounidenses, que tiene su base en el Templo Shahiru, con daño para la zona. Sólo vehículos autorizados pueden acceder al temenos: una verja con cerrojo bloquea la entrada, y el puesto está vigilado. Dentro de los edificios del temenos ha desaparecido una cabeza femenina de piedra de la decoración del iwán pequeño en el Complejo de los Grandes Iwanes, y parte del lado derecho del bajorrelieve del Templo de Allat ha sido rota. Otros daños pudieron tener su causa durante el período del embargo, cuando se cerraron con muros de piedra las entradas a algunos sectores del Complejo de los Grandes Iwanes. Se ha observado degradación superficial en el bajorrelieve del iwán meridional del Templo de Allat. La necesidad de restauración es urgente.

Edificios históricos

Los edificios históricos de Iraq pertenecen a dos períodos, el abasí tardío y el otomano. El primero comprende mezquitas, palacios, madrasas (institutos de enseñanza), caravansares y mausoleos. El grupo visitó una serie de edificios históricos en Bagdad, Basora, Mosul y Erbil.

La ciudad de Basora sufrió bombardeos repetidos durante la guerra entre Iraq e Irán. La guerra reciente dejó también extensos daños. Las principales bibliotecas ardieron íntegramente. Un hermoso edificio de la época del "Raj británico", construido a orillas del río en la década de 1930 y adscrito a la Universidad de Basora, ha sido totalmente saqueado y reducido a ruinas. Varios edificios residenciales de varios pisos situados a lo largo del arroyo de Ashar están en mal estado de conservación por

abandono y falta de mantenimiento. Son construcciones de ladrillo con patios interiores cubiertos y balcones de madera cerrados con delicadas celosías de madera (*shanasheel*).

En el norte los expertos visitaron Mosul y otras ciudades. Mosul conoció su desarrollo más importante en la primera mitad del siglo XIII. Tiene especial interés el minarete inclinado de la mezquita de al-Nuri, que data de 1172. La Escuela de Música Tradicional, una institución importante, ha sido completamente saqueada y se han suspendido los programas docentes. El Centro Nacional del Patrimonio impartía formación en oficios tradicionales a 120 niños y niñas, pero por fortuna los daños ocasionados por los saqueadores han sido relativamente modestos. La UNESCO ha destinado la suma de 25.000 dólares como capital generador de un proyecto de revitalización. Esta iniciativa contó con el apoyo de la Autoridad Provisional de la Coalición.

Archivos y bibliotecas

En lo referente a archivos y bibliotecas se ha evaluado el estado de las instituciones siguientes: en Bagdad, la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional, el Centro Iraquí para los Manuscritos, la Biblioteca Awqaf y la Biblioteca de la Universidad Mustansiriya; en Basora, la Biblioteca Pública Central, la Biblioteca Universitaria Central y la Biblioteca Islámica, y en Mosul la Biblioteca Pública Central, la Biblioteca Universitaria Central y la Biblioteca del Museo.

El Centro para los Manuscritos de Bagdad, donde se ha reunido una parte principal del patrimonio iraquí, está a salvo: el edificio se encuentra en buen estado y no ha sido saqueado. En los años recientes sus fondos han aumentado con gran número de colecciones pequeñas traídas de distintas partes del país, y ahora posee unos 47.000 volúmenes. En los meses que precedieron al conflicto la colección fue trasladada a lugar seguro en un refugio secreto. Su vuelta y reinstalación en su antigua sede está prevista tan pronto como en Bagdad se haya restablecido la seguridad. El laboratorio y la unidad de restauración, ubicados en una casa pequeña próxima al Centro, han sido totalmente expoliados, y no quedan en ellos más que las habitaciones vacías.

La Biblioteca Nacional de Bagdad ha sufrido graves daños: el edificio, construido en 1977, fue incendiado y saqueado dos veces, el 14 de abril y una semana después. La planta baja, con la sala de lectura principal, fue saqueada: había fichas del catálogo por el suelo y señales de intentos de quemar los libros de libre acceso en varios

lugares. La unidad de encuadernación ya no existe. La primera inspección ocular indica que el incendio fue bien organizado: los libros se amontonaron en algunos puntos y se prendieron con un agente combustible que hizo que se consumieran íntegramente, junto con las estanterías metálicas; esto quiere decir que se alcanzaron temperaturas lo bastante altas para destruir los libros y la estructura del propio edificio. El edificio no estaba vigilado por la APC. Ya antes de la guerra era difícil conocer el número exacto de volúmenes, variando el total según el método aplicado a las publicaciones periódicas (número de títulos o número de ejemplares). De todos modos, parece que, teniendo en cuenta la longitud potencial de las estanterías en metros, el número de volúmenes que solía haber en el suelo de los depósitos, la saturación de éstos y la negligente gestión de la biblioteca, un número de 1.200.000 volúmenes destruidos es una cifra creíble. Entre el primer incendio y el segundo (cerca de una semana), empleados de la Biblioteca y voluntarios trasladaron parte de los fondos a una mezquita shií de la antigua Saddam City y a un edificio del Consejo de Turismo. Actualmente los fondos están almacenados en tres lugares diferentes: unos 700.000 volúmenes (estimación aproximada; el número de metros lineales se desconoce) permanecen en la Biblioteca Nacional; unos 300.000 volúmenes están guardados en la mezquita de Tawra, y unos 200.000 volúmenes parecen haber sido almacenados en un edificio del Consejo de Turismo en Bagdad. Debido al embargo, sólo un pequeño número de títulos estaba inventariado. No se publicaba una bibliografía nacional. Se dice que todos los inventarios fueron destruidos por el fuego o el vandalismo. Algunas de las fichas del catálogo se conservan en las gavetas, pero muchas yacen esparcidas por el suelo. Habría que recoger esas fichas junto con los documentos dispersos por el edificio, limpiarlas con cuidado y almacenarlas en cestos hasta que las circunstancias mejoren.

En Mosul, la Biblioteca Universitaria Central, bien situada dentro del campus, fue vandalizada y saqueada (mobiliario, equipo y libros), pero no incendiada. El edificio no sufrió daños estructurales como en Bagdad y Basora. Gracias a los llamados de las autoridades religiosas a restituir los libros, quizá sólo se haya perdido un 30 por ciento. La Biblioteca ha sido restaurada y ha vuelto a abrir sus puertas gracias a la ayuda y la financiación de las fuerzas estadounidenses.

Informe y recomendaciones de la misión de expertos

Al término de la misión, el equipo de expertos de la UNESCO informó sobre los resultados de la misma al embajador Piero Cordone, Coordinador para el Patrimonio Cultural de la Autoridad Provisional de la Coalición, y otros representantes de la APC. Se dijo que la presencia militar en los sitios era un problema grave porque las unidades del ejército no habían sido informadas acerca de la naturaleza y complejidad del paisaje cultural en el que estaban trabajando. El embajador Cordone dio una lista de sitios que era preciso proteger o vigilar. La lista citaba más de un centenar de sitios necesitados de protección, de los cuales eran prioritarios unos veinte por haber sufrido ya saqueos.

También las instituciones académicas desempeñaron un papel importante en la evaluación de la situación. La Dra. Helen McDonald, de la Universidad de Cambridge, había sido enviada por el Museo Británico como coordinadora de actividades arqueológicas. Fue destacada a Babilonia dos semanas antes de la visita de la UNESCO para colaborar en la rehabilitación de ese sitio, y también en la protección de los sitios arqueológicos del sur por parte de las autoridades británicas. En el curso de una reunión con el grupo de expertos de la UNESCO manifestó una gran preocupación por la situación. Problemas de seguridad y la falta de presencia militar casi le habían impedido desplazarse por el país. También había encontrado casi imposible cumplir sus cometidos sola y sin medios, y solicitó una fuerte acción internacional y coordinada al respecto. Al mismo tiempo, el profesor Gibson de la Universidad de Chicago intentaba localizar los saqueos mediante imágenes de satélite.

La lista de recomendaciones presentada por el equipo de expertos es larga, y siguiendo un orden de prioridades se concentra, para el Museo de Iraq, en establecer un plan de rehabilitación y definir las condiciones ambientales adecuadas en las zonas de exposición y el equipo necesario para rehabilitar los laboratorios. La formación del personal es otra prioridad. La acción a corto plazo para los sitios arqueológicos se aplicará, como prioridades más urgentes, a detener el saqueo de sitios del sur de Iraq y la Diyala con ayuda de la APC, y a establecer una campaña de excavación de salvamento para poner a salvo los restos de aquellos yacimientos que ya han sido gravemente dañados por los saqueos. Las medidas a medio y largo plazo se encaminarán a: a) facilitar y alentar las expediciones arqueológicas tan pronto como se haya restablecido la infraestructura de la Junta de Antigüedades; b) preparar y coordinar un proyecto de salvamento arqueológico para el valle que va a ser anegado en la región

de Asur, y c) emprender obras de restauración en algunos sitios importantes donde se ha desenterrado arquitectura de adobe, por ejemplo el Templo Blanco de Uruk.

Por lo que se refiere a las bibliotecas y los archivos, las recomendaciones generales preliminares fueron: a) buscar edificios seguros donde reunir y alojar las colecciones dispersas; b) preparar programas de restauración; c) mejorar las condiciones ambientales del almacenamiento provisional, y d) alentar al personal a volver al trabajo.

Ahora bien, el éxito en la puesta en práctica de tales recomendaciones sólo se puede asegurar desarrollando proyectos a largo plazo y coordinados a escala internacional de investigación y protección, e incluso turismo, para la mayoría de los sitios arqueológicos y monumentos de Iraq. Esta es la razón de que la UNESCO haya trabajado paralelamente en la coordinación de esfuerzos internacionales.

Coordinación de esfuerzos internacionales

Además de enviar misiones de expertos, y cumpliendo su papel de coordinadora internacional de actividades para la rehabilitación del patrimonio iraquí, la UNESCO organizó el 16 de julio una reunión de coordinación de todos sus Estados Miembros en París, con miras a encauzar los ofrecimientos de asistencia hacia las necesidades más perentorias y programarlos en un marco temporal viable. Consiguientemente, el Director General propuso la apertura de una Oficina de la UNESCO en Iraq para asegurar la coordinación entre la UNESCO, la Autoridad Provisional de la Coalición y las autoridades encargadas del patrimonio cultural iraquí. Como experto de enlace se designó al arquitecto Sr. Usam Ghaidan.

Del 31 de julio al 2 de agosto de 2003 tuvo lugar en Tokio una tercera reunión de expertos de la UNESCO para la salvaguardia del patrimonio cultural iraquí, organizada conjuntamente por la UNESCO y la Agencia para Asuntos Culturales del Japón, a fin de debatir los resultados de las dos misiones de evaluación de la UNESCO en Iraq, la ayuda internacional y un mecanismo de coordinación internacional que pusiera en marcha la estrategia global para rehabilitar el patrimonio cultural del país, y, finalmente, para examinar cuestiones relacionadas con el Museo de Iraq en Bagdad. Entre las medidas a adoptar, los expertos solicitaron que el Director General de la UNESCO estableciera un Comité Internacional de Coordinación (CIC) para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural de Iraq bajo los auspicios del futuro Gobierno de Iraq y la UNESCO. Dicha solicitud se basaba en la experiencia adquirida por la

UNESCO en Camboya, Bosnia y, más recientemente, el Afganistán. También se propuso celebrar la primera reunión del CIC sobre Iraq en la primera semana de diciembre, en la sede central de París.

Las cuestiones clave debatidas en el curso de la primera reunión sobre el Museo Nacional de Iraq versaron sobre la acción a corto y largo plazo, el equipamiento y la puesta en marcha de laboratorios en el museo, la restauración inicial de artefactos gravemente dañados y el establecimiento de programas de formación para los empleados del Museo. Se dio un gran paso adelante al evitar la duplicación de esfuerzos entre las ayudas de Japón/Italia y el Reino Unido, ambas orientadas a suministrar equipamiento al Museo Nacional.

Entretanto la UNESCO inició dos campañas de captación de fondos, una dirigida a empresas privadas, fundaciones e instituciones de todo el mundo y otra dirigida específicamente a donantes privados de Suiza.

Coordinación con otros organismos de las Naciones Unidas

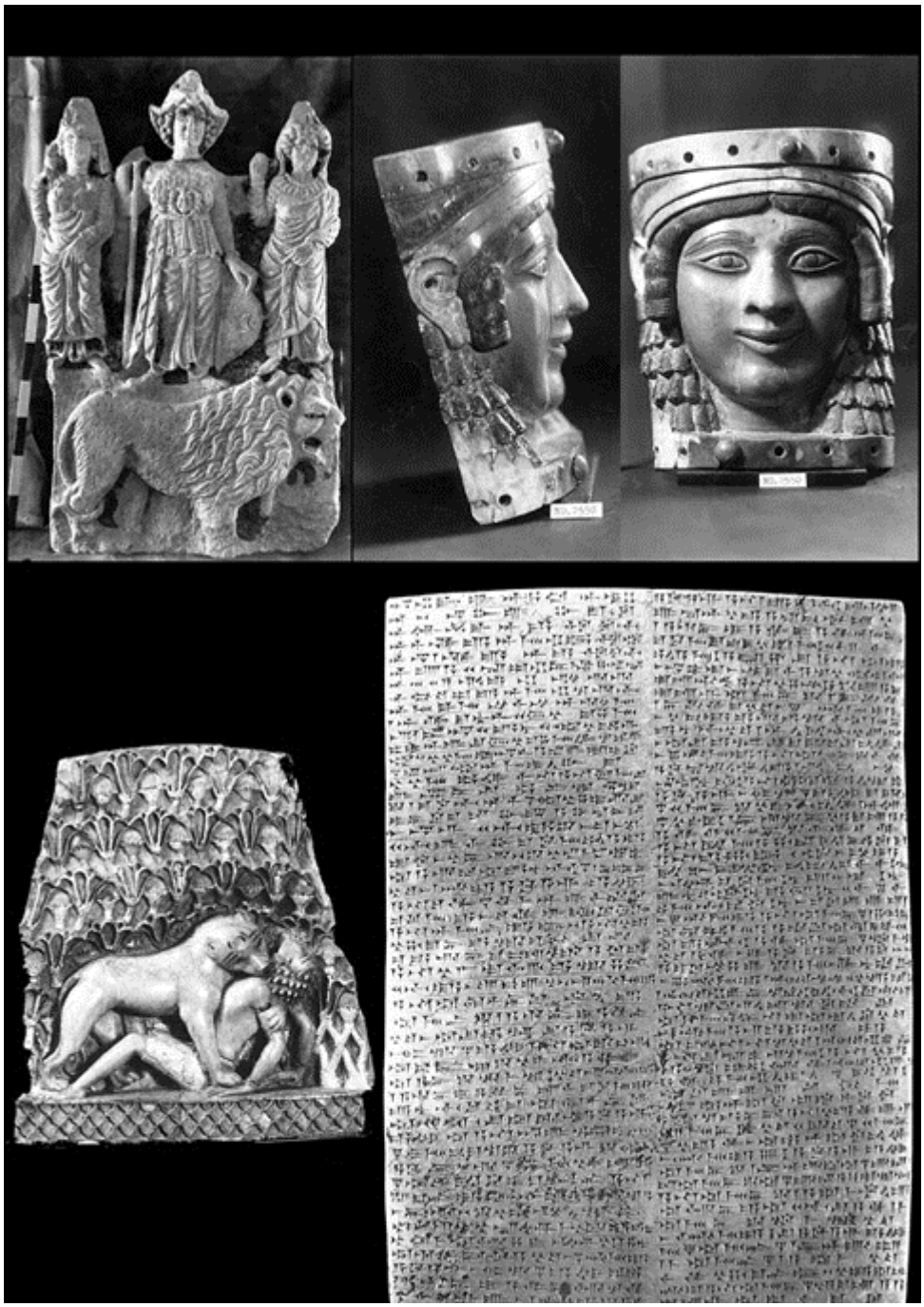
El 23 de mayo de 2003 el Consejo de Seguridad votó unánimemente a favor de la Resolución 1483 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, relativa al papel crucial que debían desempeñar las Naciones Unidas en la asistencia humanitaria, la reconstrucción de Iraq y la restauración y el establecimiento de instituciones de gobierno representativas a nivel nacional y local. El Director General de la UNESCO se felicitó de la adopción de la Resolución, y en particular de su párrafo 7, que hace referencia a la cuestión concreta del tráfico ilícito de bienes culturales robados en Iraq y reclama la acción de la UNESCO al respecto[1]. El Director General subrayó que dicho párrafo "constituye un avance significativo, en la medida en que impone a todos los Estados Miembros la responsabilidad de adoptar todas las medidas posibles para facilitar el retorno seguro de los bienes culturales sustraídos y prohíbe la compraventa y la transferencia de tales bienes. Este párrafo, al hacer extensivas a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas las obligaciones contenidas en la Convención de 1970, de la que no todos son partes, y al encomendar la aplicación de esta decisión a la UNESCO, facilita la acción de nuestra Organización en este terreno. Yo también lo interpreto como un reconocimiento de nuestros esfuerzos". Y añadía: "Dentro del sistema de las Naciones Unidas, la UNESCO está lista para asumir plenamente las

especiales responsabilidades que le asigna su mandato, particularmente en los ámbitos de la educación y la cultura".

Como ejemplo de ese compromiso temprano de desempeñar un papel activo en la reconstrucción, la UNESCO está profundamente implicada en el proceso de evaluación interinstitucional, liderado por el Grupo de Desarrollo de las Naciones Unidas (GDNU), que se entabló para hacer frente a las necesidades sectoriales de la reconstrucción en Iraq. La UNESCO participó en la reunión de trabajo del grupo de redacción GDNU/Banco Mundial para ultimar la *Evaluación de las Necesidades* en el Iraq, que se celebró en Dubai del 21 al 24 de septiembre de 2003 con miras a preparar el orden del día de la reunión de donantes del GDNU/Banco Mundial (Madrid, 23-24 de octubre de 2003). El Banco Mundial, encargado de coordinar el informe para el sector educativo, ha confiado a la UNESCO la evaluación de las necesidades en enseñanza secundaria, profesional, técnica y superior. A fin de diseñar una estrategia coordinada de asistencia a los medios de comunicación, la UNESCO, a petición del GDNU, ha emprendido también una evaluación de las necesidades de Iraq para el desarrollo de medios de comunicación y la libertad de prensa. Pero para Koïchiro Matsuura, el Director General de la UNESCO, la cultura es un fundamento esencial de la democracia y la identidad nacional, y debe ser tomada en cuenta en la elaboración de las políticas de asistencia humanitaria de emergencia que adopte la comunidad internacional para los países en situaciones de post-conflicto, de la misma manera que la seguridad, la educación o la sanidad. La cultura, y el patrimonio cultural, que es una de sus expresiones más poderosas, son factores esenciales en la reconstrucción de un país. Si hay una enseñanza que debamos extraer de los ataques repetidos al patrimonio cultural que ha presenciado la comunidad internacional en el último decenio, sin duda es ésta.

|Nota

1. El párrafo 7 de la Resolución 1483 dice así: "El Consejo de Seguridad (...) *decide* que todos los Estados Miembros adopten las medidas que corresponda para facilitar el retorno seguro a las instituciones iraquíes de los bienes y otros artículos de valor científico especial o importancia arqueológica, histórica, cultural o religiosa que fueron sustraídos ilícitamente del Museo Nacional, la Biblioteca Nacional y otros lugares del Iraq desde la aprobación de la resolución 661 (1990) de 6 de agosto de 1990, incluso prohibiendo el comercio o la transferencia de esos bienes o de aquellos respecto de los cuales haya sospechas razonables de que han sido sustraídos de manera ilícita, e *insta* a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la Interpol y otras organizaciones internacionales, según proceda, a que presten asistencia en la aplicación del presente párrafo".



Las siguientes imágenes proceden de los archivos de *MUSEUM Internacional* (todos los números de *MUSEUM Internacional* desde 1948 pueden consultarse en www.unesco.com/culture/museumjournal), que en 1954 dedicó un artículo al Museo Nacional del Iraq. Se ha comprobado que dos de las siguientes obras de arte han sido robadas. Descubrimientos arqueológicos de Hatra: relieve que representa la diosa Allat en forma de Atenea, con otras dos figuras que representan probablemente las diosas al-Uzza y Manat. © Museo Nacional del Iraq. Excavaciones en Nimrud: cabeza de mujer en marfil, aproximadamente de 720 a.C. Robada en el Museo Nacional del Iraq. © Museo Nacional del Iraq. Placa con incrustaciones de marfil y oro que representa una leona atacando a un nubio, 720 a.C., Nimrud. Robada en el Museo Nacional del Iraq. © Museo Nacional del Iraq. Tablilla cuneiforme. © Museo Nacional del Iraq.